

Lobsang Rampa

EL MANTO AMARILLO

TROQUEL

EL MANTO AMARILLO

LOBSANG RAMPA

EL MANTO AMARILLO

EDICIONES TROQUEL / BUENOS AIRES

Título del original en inglés:
THE SAFFRON ROBE

Traducción de:
LUIS ECHÁVARRI

Ilustró la tapa:
SILVIO BALDESSARI

PRIMERA EDICIÓN
Julio de 1965

SEGUNDA EDICIÓN
Agosto de 1965

TERCERA EDICIÓN
Setiembre de 1965

CUARTA EDICIÓN
Octubre de 1965

QUINTA EDICIÓN
Abril de 1966

SEXTA EDICIÓN
Mayo de 1966

SÉPTIMA EDICIÓN
Mayo de 1967

OCTAVA EDICIÓN
Febrero de 1968

NOVENA EDICIÓN
Agosto de 1968

DÉCIMA EDICIÓN
Mayo de 1969

Printed in Argentina
Impreso en la Argentina

A

SHEELAGH M. ROUSE

Honi soit qui mal y pense
Gaudet tentamine virtus

Capítulo Primero

Extrañas sombras se agitaban ante mi mirada distraída ondulando a través de mi visión como fantasmas pintorescos y provenientes de algún mundo remoto y agradable. El agua moteada por el sol se extendía tranquila a poca distancia de mi rostro.

Suavemente introduje mi brazo bajo la superficie, observando las onditas perezosas que causó el movimiento. Atisbé de reojo en la profundidad. Sí, en aquella gran piedra vieja era donde vivía, ¡y en aquel momento salía para saludarme! Dejé que mis dedos se deslizaran ociosamente por los costados del pez inmóvil; inmóvil salvo por el suave movimiento de las aletas mientras se "acomodaba" entre mis dedos.

Él y yo éramos viejos amigos y yo iba con frecuencia a arrojarle comida en el agua antes de acariciar su cuerpo. Existía entre nosotros la comprensión completa que sólo logran aquellos que no se temen mutuamente. ¡En aquel tiempo yo ni siquiera sabía que se pueden comer los peces! Los budistas no quitan la vida ni infligen sufrimientos a otros.

Respiré profundamente y hundí mi rostro bajo la superficie, ansioso por escudriñar más de cerca otro mundo. Me sentía como un dios que contempla abajo una forma de vida muy distinta. Altos follajes ondulaban

débilmente en alguna corriente invisible, fuertes vegetaciones acuáticas se alzaban como los árboles gigantes de algún bosque. Una banda arenisca zigzagueaba como una serpiente negligente y la bordeaba una extensión de color verde pálido que parecía exactamente un prado bien cuidado.

Minúsculos pececillos de múltiples colores y con grandes cabezas destellaban y nadaban a gran velocidad entre las plantas en su continua búsqueda de alimento y diversión. Un gran caracol de agua descendía trabajosamente por el costado de una gran roca gris para realizar su tarea de limpiar la arena.

Pero mis pulmones estallaban; el cálido sol del mediodía me chamuscaba el cogote y las ásperas piedras de la orilla se clavaban en mi carne. Después de lanzar una última mirada a mi alrededor me incorporé y quedé de rodillas y con satisfacción respiré profundamente el aire perfumado. Aquí, en MI mundo, las cosas eran muy diferentes de las del mundo plácido que había estado examinando. Aquí había bullicio, agitación y muchas corridas de un lado a otro. Tambaleando un poco a causa de una herida no bien curada en la pierna izquierda, me levanté, apoyé la espalda en un viejo árbol favorito y miré a mi alrededor.

El Norbu Linga era una llamarada de color; el verde vívido de los sauces, el escarlata y oro del Templo de la Isla y el azul intenso del cielo contrastaban con el blanco puro de las nubes aborregadas provenientes de la India que pasaban rápidamente sobre las montañas. Las aguas tranquilas del lago reflejaban y exageraban los colores y daban a todo un aspecto de irrealidad cuando una brisa vagabunda agitaba el agua y sacudía y empañaba la visión. Allí todo estaba tranquilo y silencioso, pero poco más allá de la pared, por lo que podía ver, la situación era muy distinta.

Monjes con hábitos de paño burdo iban de un lado a otro llevando montones de ropas para lavarlas. Otros se hallaban en cuclillas junto a la corriente chispeante y retorcían y daban vuelta a las ropas para que se remojasen bien. Cabezas rapadas brillaban a la luz del sol y, a medida que el día avanzaba, los rayos del astro las iban enrojeciendo poco a poco. Pequeños acólitos, recién llegados a la lamasería, saltaban de un lado a otro en un frenesí de excitación mientras golpeaban sus túnicas con grandes piedras lisas para que parecieran más viejas y raídas y dar así la impresión de que quienes las llevaban eran acólitos desde hacía más tiempo.

De vez en cuando el sol arrancaba brillantes dardos de luz de las túnicas doradas de algunos lamas augustos que caminaban entre el Potala y el Pargo Kaling. La mayoría de ellos eran hombres de aspecto grave, hombres que habían envejecido al servicio del Templo. Otros, muy pocos, eran ciertamente jóvenes, algunos de ellos Encarnaciones Reconocidas, en tanto que otros habían progresado y adelantado por sus propios méritos.

De un lado a otro iban a grandes pasos, en actitud muy alerta y severa, los celadores, hombrachones de la provincia de Kham, encargados de la tarea de mantener la disciplina. Erguidos y corpulentos, llevaban grandes garrotes como insignia de su oficio. No eran intelectuales, sino hombres musculosos e íntegros, elegidos solamente por eso. Uno se acercó y me miró inquisitivamente. Cuando me reconoció se alejó en busca de delincuentes dignos de su atención.

Detrás de mí se alzaba hacia el firmamento la alta mole del Potala —"La Morada del Dios"—, una de las obras más gloriosas del Hombre. La roca de mútiples matices brillaba suavemente y enviaba variados reflejos que se deslizaban por las tranquilas aguas. Por una treta de la luz cambiante, las figuras talladas y coloreadas de

la base parecían vivir y moverse como un grupo de personas en animada discusión. Grandes rayos de luz amarilla, reflejados en las Tumbas Doradas del techo del Potala, iban a formar vívidos chapoteos en los huecos más oscuros de la montaña.

Un ruido súbito y el crujido de una madera que se encorvaba hicieron que me volviera hacia esa nueva fuente de atención. Un ave vieja, gris y desplumada, más vieja que el acólito más viejo, se había posado en el árbol detrás de mí. Mirándome con ojos parecidos a abalorios, hizo "¡cruak!" y de pronto se dio vuelta dándome la espalda. Se estiró a todo lo largo y sacudió violentamente las alas mientras lanzaba en mi dirección un "regalo" no deseado con una fuerza y una precisión sorprendentes. Sólo gracias a un salto desesperado hacia un lado me libré de servir de blanco. El ave se volvió para hacerme frente otra vez y gritó "¡cruak, cruak!" antes de eliminarme de su atención en favor de algo que la interesaba más en otra parte.

En la suave brisa llegaban los primeros sonidos débiles de un grupo de mercaderes de la India que se acercaba. Eran los mugidos de los yacs que protestaban contra los intentos de sus conductores para hacer que se apresuraran; el crujido y el resuello asmáticos de viejos y secos arreos de cuero, el ajetreo y restregamiento de muchos pies y el tintineo musical de pequeños guijarros lanzados a un lado por la caravana. Pronto pude ver los animales que vanzaban pesadamente, muy cargados con fardos de mercaderías exóticas; los grandes cuernos que se alzaban sobre cejas velludas y subían y bajaban mientras los grandes animales acanzaban con su paso lento e incansable. Algunos mercaderes llevaban turbantes, otros viejos sombreros de piel y otros gorras de fieltro en mal estado.

—¡Una limosna, una limosna por amor de Dios! —gritaban los mendigos.

Y al ver que los mercaderes seguían adelante sin hacerles caso, exclamaban:

—¡Tu madre es una vaca que se apareó con un verraco, tu prole es la prole de Sheitan y tus hermanas se venden en la plaza del mercado!

Extraños olores me llegaban a la nariz y me hacían respirar profundamente y luego estornudar con fuerza. Eran olores provenientes del corazón de la India, del té prensado de China, del polvo viejo que despedían los fardos llevados por los yacs, y todos ellos venían hacia mí. La distancia apagaba el sonido de las campanillas de los yacs, la charla en voz alta de los mercaderes y las imprecaciones de los mendigos. Pronto las damas de Lasa tendrían ricos visitantes en las puertas de sus casas. Pronto lo tenderos estarían regateando los precios pedidos por los mercaderes, enarcando las cejas y elevando las voces ante esos precios inexplicablemente aumentados. Pronto yo tendría que volver al Potala.

Mi atención cambió de dirección. Me dediqué a contemplar a los monjes que hacían sus abluciones; dos de ellos estaban a punto de pelear porque uno había arrojado agua al otro. Los celadores acudieron rápidamente, con la velocidad de una ráfaga, y se llevaron castigados a los dos monjes, cada uno de ellos asido por el puño de hierro de los Guardianes de la Paz.

¿Pero qué era aquello? Dejé que mi mirada registrase los matorrales. Dos ojitos centelleantes me miraban ansiosamente casi desde el nivel de la tierra. Dos orejitas grises se inclinaban atentamente en mi dircción. Un cuerpo diminuto estaba agazapado y dispuesto a correr al menor movimiento que yo hiciera. Un ratoncito gris consideraba la posiblilidad de pasar entre mí y el lago para ir a su madriguera. Mientras yo le miraba corrió

hacia adelante, sin apartar la vista de mí. Pero su cautela estaba mal orientada; como no miraba por donde iba se dio de cabeza contra una rama caída y, lanzando un chillido de terror, saltó con una pata en el aire. Dio mal el salto y fue a parar demasiado lejos y al descender perdió pie y cayó en el lago. El pobre ratoncito no podía avanzar y corría el peligro de que lo apresase un pez cuando me metí hasta las rodillas en el agua y lo saqué.

Lo sequé cuidadosamente con el extremo de mi túnica, volví a la orilla y dejé en tierra el bultito tembloroso. Como una manchita borrosa desapareció en la pequeña madriguera, sin duda agradecido por haberse salvado. Sobre mí el ave vieja lanzó un "¡cruak!" burlón y se remontó laboriosamente al aire, sacudiendo ruidosamente las alas en la dirección de Lasa.

¿En la dirección de Lasa? Eso me recordó que yo debía ir en la dirección del Potala. Sobre la pared del Norbu Linga se inclinaban los monjes para examinar la ropa lavada que se secaba en la tierra. Todo tenía que ser examinado cuidadosamente antes de recogerlo; el Hermanito Escarabajo podía estar paseando por la ropa y al enrollarla se podía aplastar a ese hermanito, acto que hacía estremecerse y palidecer a un sacerdote budista.

Quizá un gusanito se había refugiado del sol bajo la ropa lavada de un gran lama, y en ese caso había que poner a salvo al gusanito para que su destino no fuese alterado por el Hombre. En todo el terreno los monjes se inclinaban y escudriñaban, y respiraban aliviados cuando un animalito tras otro era salvado de una muerte segura.

Poco a poco los montones de ropa lavada crecían a medida que se recogía todo para llevarlo al Potala. Los pequeños acólitos avanzaban tambaleando bajo las cargas de ropa recién lavada; algunos no podían ver por encima

de lo que trasportaban. De pronto se oía una exclamación cuando un pequeño tropezaba y dejaba caer las ropas en la tierra polvorienta o en el lodo de la orilla del río.

De lo alto del techo llegó la vibración y el estampido de las caracolas y el sonido de las trompetas. Esos sonidos hacían eco y repercutían en las montañas lejanas, de modo que a veces, cuando las condiciones eran apropiadas, las vibraciones resonaban alrededor de uno y le golpeaban el pecho durante minutos. Luego, de pronto, todo volvía a quedar tranquilo y en silencio, tan silencioso que uno podía oír los latidos de su corazón.

Dejé la sombra del árbol amigo y avancé renqueando a través de una brecha en el seto. Mis piernas estaban débiles, pues algún tiempo antes había sufrido una grave quemadura en la pierna izquierda, la que no se curó bien, y luego me quebré las dos piernas cuando una fuerte ráfaga de viento me levantó del techo del Potala y me arrojó por la ladera de la montaña. En consecuencia renqueaba y durante breve tiempo me eximieron de la parte que me correspondía en las tareas domésticas. Contrapesaba mi alegría por ello la obligación de estudiar más, pues me informaron que "había que compensar el trabajo". En ese día del lavado tenía libertad para vagar y descansar por el Norbu Linga.

No estaba dispuesto a volver por la entrada principal, con todos los grandes lamas y abades pisándome los talones. No estaba dispuesto a subir los duros escalones que solía contar: "noventa y ocho, noventa y nueve, cien, ciento uno...". Me detuve a un lado del camino mientras pasaban los lamas, los monjes y los peregrinos. Luego se produjo un momento de calma, crucé el camino y me introduje entre los matorrales. Arrastrándome a lo largo de la ladera escarpada, fui ascendiendo hasta más arriba

de la aldea de Shö y llegué al sendero lateral entre la Sala de Justicia y el Potala.

El camino era abrupto, pero bello con su profusión de pequeñas plantas de roca. El aire era frío y mis piernas maltrechas comenzaban a dolerme insoportablemente. Me envolví en mi vieja túnica andrajosa y me senté en un peñasco cómodo para poder recuperar mi fuerza y mi aliento. Arriba, en la dirección de Lasa, podía ver pequeñas fogatas chispeantes: los mercaderes acampaban al aire libre, como hacían con frecuencia los indios, con preferencia a alojarse en una de las hosterías. Más lejos, a la derecha, veía el río brillante cuando emprendía su largo viaje hasta la Bahía de Bengala.

"¡Ur-rorr, ur-rorr!", dijo una profunda voz de bajo, y una dura cabeza peluda me golpeó en las rodillas. "¡Ur-rorr, ur-rorr!", respondí amablemente. Se produjo un vago movimiento y un gran gato negro se posó en mis piernas y arrimó su cara a la mía.

—Honorable Minino —le dije a través de la piel espesa—, me sofocas con tus atenciones.

Le pasé suavemente las manos por el lomo y lo aparté un poco para poder mirarlo. Unos grandes ojos azules, ligeramente soslayados, me miraban a su vez. Tenía los dientes blancos como las nubes del cielo y sus orejas tensas estaban alertas al ruido más pequeño.

El honorable Minino era un viejo y valioso amigo mío. Con frecuencia nos juntábamos bajo algún arbusto protector y nos hablábamos de nuestros temores, nuestros contratiempos y todas las penalidades de nuestra vida muy dura. En aquel momento me mostraba su afecto "apegándose" a mí y abriendo y cerrando sus grandes zarpas mientras sus ronroneos se hacían cada vez más fuertes. Durante un rato permanecimos sentados juntos y luego, también juntos, decidimos que ya era tiempo de que nos moviéramos.

Mientras me esforzaba por seguir subiendo, tambaleando a causa del dolor que sentía en las piernas, el honorable Minino corría por delante, con el rabo inflexiblemente erecto. De pronto se metía en alguna maleza y cuando yo llegaba reaparecía de un salto y se asía juguetonamente a mi túnica aleteante.

—¡Vamos, vamos! —le dije en una de esas ocasiones—. Esa no es la manera como debe comportarse el jefe de la Guardia Escogida de los Gatos.

En respuesta, agachó las orejas, trepó por la parte delantera de mi túnica y cuando llegó al hombro saltó de lado a un matorral.

Me divertía ver a nuestros gatos. Los utilizábamos como guardianes, pues un gato "siamés" bien amaestrado es más feroz que cualquier perro. Descansaban, al parecer dormidos, junto a los objetos Sagrados. Si los peregrinos trataban de tocar o de robar algo, esos gatos siempre en parejas— los sujetaban y los retenían amenazándolos con desgarrarles la garganta. Eran feroces, pero yo podía hacer lo que quería con ellos y, como eran telepáticos, podíamos conversar sin dificultad.

Llegué a la entrada lateral. El Honorable Minino estaba ya allí, arrancando enérgicamente grandes astillas de un poste de madera situado junto a la puerta. Cuando levanté el picaporte abrió la puerta de un empujón con su fuerte cabeza y desapareció en la oscuridad humosa. Lo seguí mucho más lentamente.

Aquella era mi residencia temporaria. Las lesiones de mis piernas eran tales que me habían enviado desde el Chakpori al Potala. Ahora, cuando entraba en el corredor los olores familiares olían a "hogar": el siempre presente aroma del incienso, los diferentes perfumes de acuerdo con el momento y el propósito con que eran quemados, el olor acre, rancio y "punzante" de la manteca de yac que se utilizaba en nuestras lámparas, para

calentar pequeños objetos como las marmitas y para la entalladura durante los días más fríos. El "recuerdo persistía". Por muy fuertemente que restregáramos (¡y no restregábamos demasiado fuerte!) el olor estaba siempre presente, impregnándolo todo. Un olor menos agradable era el del estiércol de los yacs, el que, una vez seco, era utilizado para calentar las habitaciones de los ancianos y enfermos. Pero yo seguí dando traspiés a lo largo del corredor oscuro al que las lámparas de manteca vacilantes hacían más oscuro todavía.

Otro "perfume" se hallaba siempre presente en todas las lamaserías; un "perfume" tan familiar que no se lo percibía a menos que el hambre hubiese agudizado las percepciones de uno. ¡La tsampa! Mézclese el olor de la cebada tostada, el olor del té chino prensado, el olor de la manteca caliente, y el resultado es la inevitable, la eterna tsampa. Algunos tibetanos nunca han probado más alimento que la tsampa; nacen para saborearla y es el último alimento que comen. Es comida, bebida y consuelo. Los sostiene durante el trabajo manual más duro y les alimenta el cerebro. Pero yo he creído siempre que mata el instinto sexual, por lo que el Tibet es un Estado de célibes, un país de monjes, con un bajo porcentaje de natalidad.

El hambre había agudizado mi percepción y, en consecuencia podía apreciar el aroma de la cebada tostada, la manteca caliente y el té chino prensado. Avancé cansadamente por el corredor y me volví hacia la izquierda cuando el olor era más fuerte. Allí, en grandes calderas de cobre, los monjes cocineros arrojaban cebada tostada y picada en el té hirviente. Uno cortó varias libras de manteca de yac y las arrojó en la caldera; otro vació un saco de cuero lleno de sal que habían llevado los tribeños de los Lagos de las Montañas. Un cuarto monje, con un cucharón de tres metros de largo, remo-

vía y mezclaba todo. La caldera burbujeaba y espumeaba y trocitos de las ramitas del té se elevaban a la superficie y el monje los retiraba con el cucharón.

El excremento de yac que ardía bajo la caldera exhalaba un hedor acre y nubes y más nubes de hollín negro. Todo el lugar estaba cubierto por él y los rostros rayados por el sudor negro de los monjes cocineros podían haber sido seres surgidos de algún profundo Infierno. Con frecuencia el monje del cucharón raspaba la manteca que flotaba en la caldera y la arrojaba al fuego. Entonces se producía un chirrido, una llamarada y un nuevo hedor.

—¡Eh, Lobsang! —gritó un monje, haciéndose oír por encima del estruendo y la algarabía—. ¿Vienes de nuevo en busca de comida? Sírvete tú mismo, muchacho, sírvete.

Saqué del interior de mi túnica la bolsita de cuero en la que los monjes guardábamos la provisión de cebada de un día. Sacudí el polvo y llené la bolsita con cebada recién molida y tostada. De la parte delantera de la túnica saqué mi escudilla y la examiné cuidadosamente. Estaba un poco gusanienta, un poco "costrosa". Del gran barril situado junto a la pared más lejana tomé un puñado de arena muy fina y fregué concienzudamente la escudilla. ¡Me sirvió también para limpiarme las manos! Por fin quedé satisfecho con su estado. Pero había que hacer otra cosa: mi bolsa de té estaba vacía, o más bien lo único que contenía eran los palitos, los granos de arena y otros desperdicios que hay siempre en el té. Esta vez di vuelta a la bolsa y le quité todos los desechos. Volví a poner la bolsa en su estado natural, tomé un martillo y corté un trozo adecuado del ladrillo de té más cercano.

Ahora era MI turno; otra vez tomé mi escudilla —mi escudilla recién limpiada— y la tendí. Un monje tomó

un cucharón y me llenó la escudilla con tsampa hasta el borde. Agradecidamente, me retiré a un rincón, me senté en un saco y comí mi ración. Mientras comía miraba a mi alrededor. La cocina estaba llena con los gorrones habituales, haraganes que mataban el tiempo charlando, relatando el último escándalo, aumentando un poco los rumores ya conocidos.

—Sí, el lama Tenching va al Seto de Rosas. Se dice que tuvo un altercado con el señor Abad. Mi amigo oyó todo, según dice...

La gente tiene muchas ideas extrañas acerca de las lamaserías o monasterios. Se cree con frecuencia que los monjes pasan todo el día orando, contemplando o meditando, "en una actitud digna y diciendo solamente cosas buenas". Una lamasería es un lugar donde, oficialmente, los hombres de vocación religiosa se congregan con el propósito de dedicarse a la adoración y la contemplación para purificar su espíritu. ¡Oficialmente! Pero extraoficialmente el hábito no hace al monje. En una comunidad de varios miles de personas tiene que haber quienes se dedican a los quehaceres domésticos y a la reparación y el mantenimiento del edificio. Otros atienden a las cuentas, la vigilancia de las clases inferiores, la enseñanza, la predicación, etcétera. Una lamasería puede ser una gran ciudad con una población exclusivamente masculina. Los obreros pertenecerán a la clase inferior de monjes y no se interesarán por el aspecto "religioso" de la vida, al que sólo atenderán de labios afuera. ¡Algunos monjes nunca han estado en el templo sino para limpiar el piso!

Una gran lamasería cuenta con un lugar para el culto, escuelas, enfermería, almacenes, cocinas, hosterías, prisiones y casi todo lo que se encuentra en una ciudad "laica". La principal diferencia consiste en que en una lamasería todos y todo son masculinos y —en la super-

ficie— todos están dedicados a la "instrucción y la acción religiosas". Las lamaserías cuentan con trabajadores diligentes y con "zánganos" bien intencionados y zumbadores. Las lamaserías mayores son verdaderas ciudades con muchos edificios y parques que se extienden por una amplia zona y a veces toda la comunidad está rodeada por una alta muralla. Otras lamaserías son pequeñas, no cuentan más que con un centenar de monjes y todos ellos se alojan en un edificio. En algunas zonas remotas una lamasería muy pequeña puede no tener más de diez miembros. En consecuencia, varían entre diez y diez mil monjes, altos y bajos, gordos y flacos, buenos y malos, perezosos y activos, lo mismo que en cualquiera comunidad exterior, y no son peores, y con frecuencia no mucho mejores, excepto que la disciplina lamástica puede ser casi militar, lo que depende del abad en funciones. Éste puede ser un hombre bondadoso y considerado, o puede ser un tirano.

Ahogué un bostezo y salí al corredor. Un susurro en uno de los almacenes llamó mi atención. Llegué a tiempo para ver un rabo negro que desaparecía entre sacos de grano. Los gatos "guardaban" el grano y al mismo tiempo cazaban su cena de ratones. Sobre uno de los sacos vi a un gato de aspecto satisfecho que se limpiaba los bigotes y sonreía de satisfacción.

Las trompetas sonaban, su eco repercutía en los corredores y volvían a sonar. Me volví y me dirigí al Templo Interior al son de muchas pesadas sandalias y el restregar de pies desnudos.

Dentro reinaba la oscuridad en aumento de las primeras horas de la noche, con las sombras purpúreas deslizándose a través del piso y revistiendo con ébano las columnas. Los marcos de las ventanas tenían una orla de oro en el momento en que los dedos del sol llegaban a ellas y hacían una última y suave caricia a

nuestro templo. Nubes de incienso arremolinadas iban a la deriva y cuando un rayo de luz solar las atravesaba se convertían en una miríada de motitas de polvo de colores vivos y casi dotadas de vida.

Los monjes y lamas y los humildes acólitos fueron entrando y ocupando sus lugares en el piso, agregando cada uno de ellos su salpicadura de color que se reflejaba en el aire vibrante. Las túnicas doradas de los lamas del Potala, las azafranadas y rojas de otros, las pardas de los monjes, y las descoloradas por el sol de los que trabajan habitualmente al aire libre. Todos se sentaban en filas en la posición aprobada. Yo, porque las graves lesiones de mis piernas me impedían sentarme de la manera prescrita, quedé relegado a un puesto en el fondo, donde me ocultaba una columna rodeada de humo, de modo que no podía "destruir la norma".

Miré a mi alrededor y contemplé a todos los muchachos, los hombres y los sabios muy ancianos que atendían a sus devociones, cada uno de acuerdo con su comprensión. Pensaba en mi madre, la madre que ni siquiera me había dicho "adiós" cuando dejé el hogar —¡cuánto tiempo parecía haber pasado!— para ingresar en la lamasería de Chakpori. Hombres, todos eran hombres. Yo conocía solamente a los hombres. ¿Cómo eran las MUJERES? Sabía que en algunas partes del Tibet había monasterios en los que monjes y monjas vivían juntos, casados, y criaban a sus familias.

El incienso se arremolinaba, el servicio religioso continuaba y la luz crepuscular se convertía en oscuridad apenas disminuída por las vacilantes lámparas de manteca y el incienso que brillaba suavemente. ¡Hombres! ¿Estaba bien que los hombres vivieran solos, que no se asociaran con las mujeres? ¿Cómo eran las mujeres, de todos modos? ¿Pensaban lo mismo que nosotros? Por lo que yo sabía, no hacían más que charlar acerca de las

modas, el estilo del peinado y otras cosas tan tontas como esas. Además, parecían espantajos con todos los mejunjes que se ponían en la cara.

El servicio religioso terminó y yo me levanté penosasamente con las piernas temblorosas y me quedé apoyado en la columna para que los otros no me derribaran al salir. Por fin fui al corredor y me dirigí al dormitorio.

Un viento frío soplaba a través de las ventanas abiertas, un viento que llegaba directamente desde el Himalaya. Las estrellas tenían un brillo frío en el claro aire nocturno. Desde un ventana situada debajo de mí una voz temblorosa recitaba:

> *Ésta es la Noble Verdad respecto al origen del sufrimiento. Es el deseo vehemente el que causa la renovación de las transformaciones...*

Mañana, me recordé, y tal vez durante algunos días, tendremos conferencias especiales sobre el budismo a cargo de uno de los grandes maestros indios. Nuestro budismo —el lamaísmo— se ha apartado de las estrictas líneas ortodoxas del "budismo indio", de una manera muy parecida a como la doctrina cristiana ha tomado diversas formas como la cuáquera y la católica. Pero la noche había avanzado mucho y me aparté de la ventana helada.

A mi alrededor dormían los acólitos. Algunos roncaban y unos pocos se movían inquietos, pensando probablemente en su "hogar", como yo había estado pensando poco tiempo antes. Otros pocos, muy fuertes y resistentes, trataban de adoptar la postura lamaísta "correcta" para dormir: sentados con el busto erguido en la posición del Loto. No teníamos camas, por supuesto, ni colchones. El suelo era nuestra mesa y nuestra cama.

Me quité la túnica y me quedé desnudo y temblando en el helado aire nocturno; pero en seguida me envolví en la manta que todos los monjes tibetanos llevan enrollada sobre el hombro y llega hasta la cintura. Me tendí cautelosamente en el suelo por temor a que mis piernas me traicionasen, amontoné mi ropa bajo la cabeza como almohada y me dormí.

Capítulo II

—Tú, muchacho, tú; siéntate correctamente. ¡Siéntate de la manera prescrita!

La voz era como un trueno y luego dos manos pesadas me golpearon las orejas, la izquierda y la derecha. Durante un momento creí que todos los gongs del Templo habían comenzado a sonar al mismo tiempo; vi más estrellas que las que se podían ver en la noche más clara. Una mano asió el cuello de mi túnica, me hizo ponerme en pie y me sacudió como se sacude un plumero desde una ventana.

—¡Respóndeme, muchacho, respóndeme! —gritó la voz airada.

Pero no me dio oportunidad para responder, sino que siguió sacudiéndome hasta que me rechinaron los dientes y mi escudilla cayó y rodó por el suelo. Mi bolsa de cebada cayó también y la correa se desató, dejando caer una lluvia de granos. Satisfecho por fin, el Hombre Feroz me arrojó a un lado como un muñeco de trapo.

Se hizo un silencio súbito y un tenso ambiente de expectación. Cautelosamente me palpé la túnica detrás de mi pierna izquierda; un hilillo de sangre brotaba de la cicatriz abierta. ¿A qué se debía aquel silencio? Levanté la vista y vi que un abad se hallaba en la puerta frente al Hombre Feroz.

—El muchacho ha sufrido graves heridas —dijo— y tiene el permiso especial del Recóndito para sentarse de la manera más cómoda. También tiene permiso para responder a una pregunta sin levantarse.

El abad se acercó a mí, miró mis dedos enrojecidos por la sangre y añadió:

—El flujo de la sangre cesará pronto. Si no es así, ve a la enfermería.

Dicho eso, hizo una reverencia al Hombre Feroz y salió de la habitación.

—Yo —dijo el Hombre Feroz— he venido especialmente de la Madre India para enseñaros la verdad del budismo. En este país os habéis apartado de nuestros dogmas y formado vuestra propia rama llamada "lamaísmo". He venido para hablaros de las Verdades Originales.

Me miró como si yo fuera su enemigo mortal y luego le dijo a un muchacho que me diera mi escudilla y mi ahora vacía bolsa de cebada. Durante unos instantes, mientras se hacía eso y barrían mi cebada derramada, se puso a caminar alrededor de la habitación como si buscara otra víctima. Era un hombre alto y delgado, de piel muy morena y con un gran pico por nariz. Vestía las ropas de una antigua orden india y parecía despreciarnos.

El maestro indio se dirigió con paso majestuoso al extremo de la sala y subió a la pequeña plataforma. Cuidadosamente ajustó el atril a lo que necesitaba exactamente. Buscó en una bolsa de cuero que tenía los lados duros y los bordes cuadrados y sacó de ella unas notables hojas de papel. Era un papel delgado, del tamaño de un palmo por dos, muy distinto del de las hojas largas y gruesas que nosotros utilizábamos. Aquéllas eran hojas delgadas, transparentes y casi tan flexibles como el paño. Su extraña bolsa de cuero me fascinaba. Estaba muy bruñida y en el centro de uno de los lados estrechos

tenía una brillante pieza de metal que se abría cuando se apretaba un botón. Un trozo de cuero formaba un asa muy cómoda y yo decidí que algún día tendría una bolsa de cuero exactamente igual a aquélla.

El indio hizo crujir sus papeles, nos miró con el ceño severamente fruncido y nos dijo lo que sabíamos desde hacía mucho tiempo. Yo observaba con profundo interés la manera como la punta de su nariz se bamboleaba mientras hablaba y cómo su frente formaba una loma empinada mientras miraba de soslayo las páginas. ¿Cuál fue la historia que nos contó? ¡La vieja y muy conocida!

"Hace dos mil quinientos años los habitantes de la India estaban desilusionados con su religión; los sacerdotes hindúes habían degenerado y sólo pensaban en los placeres terrenales y en los beneficios personales. El pueblo al que debían haber ayudado se apartaba de sus antiguas creencias y se volvía hacia cualquier cosa que pudiera ofrecerle un poco de esperanza. Los profetas y adivinos recorrían el país prediciendo la condenación y la tortura. Los amantes de los animales decidieron que éstos eran mejores que los seres humanos y los adoraban como dioses.

"Los indios más cultos, los hombres reflexivos temían que su país abandonase la religión de sus antepasados y meditaban profundamente sobre el estado lamentable del alma humana. Uno de esos hombres era un gran rajá hindú, un rey guerrero enormemente rico. Le preocupaba e inquietaba el futuro de su único hijo, Gautama, quien había nacido poco antes en un mundo perturbado.

"El padre y la familia sentían el deseo más vehemente de que Gautama fuese educado como un príncipe guerrero y más tarde heredase el reino de su padre. Un viejo adivino, llamado para que profetizase, dijo que el joven llegaría a ser un profeta muy famoso. Para el padre angustiado ése era "un destino peor que la muerte".

A su alrededor tenía muchos ejemplos de jóvenes de la clase alta que renunciaban a la vida cómoda y se iban como peregrinos descalzos y harapientos, en busca de una nueva vida espiritual. El padre decidió hacer todo lo posible para impedir que se cumpliera la profecía del adivino, y trazó sus planes.

"Gautama era un joven artista y sensible, con una inteligencia muy viva capaz de descubrir los subterfugios y penetrar en la esencia de las cosas. Aunque autócrata por su nacimiento y su educación, tenía consideración con sus inferiores. Su percepción era tan aguda que se dio cuenta de que lo guiaban y lo resguardaban cuidadosamente y sólo le permitían reunirse con sus servidores personales o sus iguales en el castillo.

"Cuando el adivino hizo su profecía el padre impartió órdenes severas para que su hijo no se enterara de los males y las angustias que aquejaban a los que vivían más allá de los confines del palacio. No se le permitiría al niño que saliese solo, sus viajes serían vigilados y no podría reunirse con nadie que fuese pobre o sufriera. El lujo y solamente el lujo debía ser su destino. Todo lo que se podía comprar con dinero era suyo. Todo lo desagradable era excluido sin piedad.

"Pero la vida no podía continuar así. Gautama era un joven animoso y muy decidido. Un día, sin que lo supieran sus padres ni sus preceptores, salió a hurtadillas del palacio y con un criado cuidadosamente elegido se alejó de los terrenos del palacio. Por primera vez en su vida vio cómo vivían las otras castas. Cuatro incidentes le hicieron pensar profundamente, y eso cambió el curso de la historia religiosa.

"Al comienzo de su excursión vio a un hombre muy anciano que temblaba a causa de la edad y de la enfermedad y se apoyaba pesadamente en dos palos para poder caminar penosamente. Desdentado, ciego a causa de las

cataratas y senil, el anciano volvió hacia el joven príncipe un rostro sin expresión. Por primera vez en su vida comprendió Gautama que la vejez llega a todos, que con el peso creciente de los años uno deja de ser activo y ágil.

"Muy conmovido, el joven príncipe continuó su paseo, lleno de pensamientos extraños y morbosos. Pero le esperaba otra emoción: cuando los caballos aflojaron el paso para tomar una curva muy pronunciada la miraba horrorizada de Gautama se posó por casualidad en una figura miserable que se balanceaba y gemía a un lado del camino. Un hombre cubierto con llagas que supuraban, demacrado y agobiado por la enfermedad, se quejaba mientras se arrancaba costras amarillas del cuerpo.

"El joven Gautama quedó profundamente impresiodo. Angustiado —y quizá también sufriendo físicamente— se preguntó mientras seguía adelante: ¿DEBE uno sufrir? ¿Llega a todos el sufrimiento? ¿Es inevitable el sufrimiento? Miró a su criado que conducía el coche. El joven príncipe se preguntó por qué estaba tan tranquilo. Se mostraba impasible, como si esos espectáculos fuesen comunes. Sin duda era por eso por lo que su padre lo había aislado.

"Siguieron adelante, pues Gautama estaba demasiado aturdido para ordenar otra cosa. Pero el hado, o el destino, no había terminado. Ante una exclamación de Gautama los caballos acortaron el paso y se detuvieron. A un lado del camino se hallaba un cadáver desnudo, grotesco e hinchado por el calor del sol. El conductor restalló el látigo y una densa nube de moscas que se alimentaban con el cuerpo se elevó formando una masa pululante. El cadáver, descolorido y maloliente, quedó completamente a la vista del joven. Mientras lo miraba, una mosca salió de la boca del muerto, zumbó y volvió a posarse en ella.

"Por primera vez en su vida Gautama vio la muerte, supo que al final de la vida venía la muerte. El joven ordenó en silencio al conductor que volviera... y se quedó pensando en lo perecedero de la vida, en la belleza de un cuerpo que, no obstante, termina descomponiéndose. Se preguntaba por qué la belleza era tan pasajera.

"Las ruedas giraban y el polvo se levantaba en nubes detrás de ellos. El joven príncipe estaba pensativo, malhumorado, absorto en sus meditaciones. La casualidad o el destino hizo que levantara la vista a tiempo para ver a un monje bien vestido y sereno que caminaba por la carretera. Aquel monje, sereno y tranquilo irradiaba un aura de paz íntima, de bienestar, de amor por sus semejantes. El pensativo Gautama, impresionado hasta el fondo de su ser por las cosas que había visto, recibió otra sacudida. ¿La paz, la satisfacción, la tranquilidad y todas las virtudes sólo eran patrimonio de quien se retiraba de la vida cotidiana y se hacía religioso? ¿Un monje? ¿Un miembro de alguna orden mística? En consecencia decidió hacerse como aquel monje. Se alejaría de la vida del palacio, abandonaría la única vida que conocía.

"Su padre se enfureció y amenazó, su madre lloró y suplicó. El criado fue desterrado del reino. Gautama permaneció solo en su habitación, pensando y pensando. Pensaba continuamente en lo que había vivido. Pensaba que si había visto tanto en una breve excursión —su única excursión— tenía que haber mucha más miseria y sufrimiento. Rechazaba la comida, desfallecido, abatido, y se preguntaba qué podía hacer, cómo podía escapar del palacio, cómo podía hacerse monje.

"Su padre trataba por todos los medios que conocía de aliviar la angustia y la depresión que afligían al joven príncipe. Se ordenó a los mejores cómicos que tocaran constantemente con el fin de que el joven no tuviera silencio para pensar. Se contrató a malabaristas, acróba-

tas y artistas de todas clases. Se buscó en todo el reino las doncellas más bellas, muchachas versadas en las artes del amor más exóticas, para que Gautama se apasionase por ellas y saliese así de su abatimiento.

"Los músicos tocaban hasta que caían exhaustos. Las doncellas danzaban y realizaban ejercicios eróticos hasta que también se desmayaban agotadas por el cansancio. Sólo entonces Gautama fijaba la atención en lo que ocurría. Miraba horrorizado las desmañadas posturas de los músicos caídos. Contemplaba disgustado a las muchachas desnudas, pálidas con la palidez del desmayo, con los cosméticos destacándose vívida y feamente ahora que el brillo de la salud había desaparecido.

"Una vez más reflexionaba sobre lo perecedero de la belleza, lo pasajera que era, lo rápidamente que desaparecía. ¡Qué triste, qué fea era la vida! ¡Qué aspecto desagradable tenían las mujeres cuando terminaba su actividad inmediata! Resolvió marcharse, abandonar todo lo que había conocido y buscar la tranquilidad dondequiera que pudiera encontrarla.

"Su padre duplicó y luego triplicó la guardia del palacio. Su madre gritaba y se ponía histérica. Su esposa, pobre mujer, se desmayó y todas las damas del palacio lloraban al mismo tiempo. El hijo bebé de Gautama, demasiado joven para darse cuenta de lo que sucedía, gritaba y lloraba también contagiado por la angustia que lo rodeaba. Los consejeros del palacio movían las manos impotentemente y pronunciaban torrentes de palabras inútiles.

"Durante días Gautama estudió la manera de poder escaparse. Los guardias del palacio le conocían muy bien. Los habitantes del reino no lo conocían en absoluto, pues había salido muy raras veces de los confines del palacio. Por fin, cuando estaba casi desesperado, se le ocurrió que no tenía que hacer más que disfrazarse para

que no lo conocieran sus guardias inmediatos. De algún sirviente benévolo, que fue bien recompensado y abandonó el reino inmediatamente, obtuvo Gautama unas ropas viejas y raídas como las que llevan los mendigos. Y una noche, cuando oscureció y antes de que cerraran las puertas del palacio, se puso las ropas viejas y con el cabello desgreñado y las manos y el rostro bien cubiertos con mugre, salió con los mendigos que eran expulsados del palacio por la noche.

"Se introdujo en el bosque, lejos de los caminos principales y de la gente, por temor a que su ignorancia de las costumbres de la vida cotidiana lo descubriese. Vagó durante toda la noche, esforzándose por llegar a los límites del reino de su padre. No temía a los tigres ni a los otros animales salvajes que merodeaban por la noche; su vida había estado tan protegida que no conocía el peligro.

"Entretanto en el palacio habían descubierto su huida. Registraron todo el edificio, las dependencias y los parques. El rey corría de un lado a otro dando órdenes, y los soldados se mantenían alertas. Luego todos fueron a acostarse hasta que amaneciera, cuando se reanudaría la búsqueda. En los alojamientos de las mujeres se oían lloros y lamentos por la furia del rey.

"Gautama cruzó el bosque, eludiendo los encuentros cuando le era posible y guardando silencio ante todas las preguntas cuando no podía evitarlos. Se alimentaba con las mieses en desarrollo, vivía de cereales, bayas y frutos, bebía el agua fría y clara de los manantiales. Pero la noticia del extraño vagabundo que no se comportaba como tal llegó finalmente al palacio. Los soldados del rey salieron en su persecución en gran número, pero no podían capturar al fugitivo, que siempre se ocultaba en los matorrales donde no podían entrar los caballos.

"Por fin el rey decretó que todas las bailarinas fuesen llevadas al bosque para que buscaran a Gautama y trataran de atraerlo. Durante días danzaron y recorrieron los claros del bosque, siempre a la vista de Gautama, siempre bailando sus danzas más seductoras. Al final, cerca de los límites del dominio de su padre, Gautama se presentó y declaró que iba al mundo en busca de espiritualidad y que no volvería. Su esposa corrió hacia él, con el nene en los brazos. Gautama no escuchó sus súplicas, se volvió y siguió su camino."

El maestro indio, cuando llegó a este punto de un relato que nosotros conocíamos tan bien como él, dijo:

—De la entonces decadente religión hindú nació una nueva religión, una religión que llevaría el consuelo y la esperanza a muchos. Por esta mañana ha terminado nuestra reunión. Esta tarde continuaremos. Pueden irse.

Los otros se levantaron, se inclinaron respetuosamente ante el maestro y se fueron. A mí me fue difícil hacerlo, pues mi túnica se había pegado a la cicatriz de la pierna con la sangre seca. El maestro salió sin lanzarme una mirada. Me quedé sentado con un dolor considerable y me preguntaba qué debía hacer. En aquel momento un viejo monje encargado de la limpieza entró renqueando y me miró sorprendido.

—¡Oh! —exclamó— He visto que salía el maestro y he venido a limpiar. ¿Qué te pasa?

Se lo dije, le mostré cómo se había abierto la gran cicatriz, había brotado la sangre y yo había "cerrado el agujero" con mi túnica. El anciano murmuró "¡Tsk! ¡Tsk!" y salió con toda la velocidad que le permitían sus piernas deformes. Pronto vovió con el enfermero.

El dolor era sumamente intenso; tenía la sensación de que me arrancaban la carne de los huesos.

—¡Oh, hijo mío! —exclamó el enfermero—, parece que has nacido para sufrir tan seguramente como las chispas

vuelan hacia arriba —Suspiró y murmuró—. ¿Pero por qué son algunos de esos Grandes Maestros, que deberían saber lo que debe hacerse, tan duros y crueles? ¡Vamos! —añadió mientras me aplicaba una compresa de hierbas y me ayudaba a levantarme— Ahora te sentirás bien, te daré una túnica nueva y destruiré la otra.

—¡Oh, Reverendo Maestro! —exclamé algo asustado, y las rodillas me temblaban con la impresión— No podré ponerme una túnica nueva, pues todos creerán que soy un nuevo acólito recién llegado. ¡Prefiero quedarme con ésta!

El viejo enfermero se echó a reír y luego dijo:

—Vamos, muchacho, ven conmigo y juntos veremos lo que podemos hacer respecto a este asunto importante.

Juntos nos dirigimos lentamente por el corredor a la oficina del enfermero. Dentro, sobre mesas y en anaqueles y estanterías había vasijas con hierbas, unos pocos minerales pulverizados y otras cosas raras que yo no podía identificar entonces. Los tibetanos sólo solicitan la ayuda médica en los casos de extrema urgencia. No eran para nosotros los equipos de primeros auxilios del Occidente. Nos arreglábamos como lo disponía la naturaleza. A un hueso roto había que encasarlo, por supuesto, y era necesario coser una herida profunda. Para el cosido utilizábamos los largos pelos de la cola de un caballo, los que, después de hervirlos bien, eran muy adecuados. Para coser las capas más profundas empleábamos las largas fibras de bambú desmenuzado. El bambú era utilizado también como tubo de drenaje cuando había que extraer el pus de una herida interna. El musgo esfagnínea bien limpio y lavado era una esponja muy útil y se lo empleaba también para compresas, con o sin ungüentos herbarios.

El enfermero me llevó a una habitación lateral que yo no había advertido. De un montón de túnicas viejas y remendadas sacó una. Estaba limpia, bien remendada

y muy descolorada por el sol. Mis ojos se iluminaron al verla, pues aquella túnica demostraría que yo llevaba mucho tiempo en la lamasería. El enfermero me hizo seña para que me quitase mi túnica. Lo hice y me examinó las otras lesiones.

—¡Hum! —dijo— Estás flaco y tienes un tamaño menor que lo normal. A tu edad debías ser más alto. ¿Qué edad tienes, muchacho? —Se lo dije— ¿De veras? Creía que eras tres años mayor. ¡Hum! Todo un hombre, ¿no? Ahora pruébate esa túnica.

Saqué el pecho y traté de mantenerme erguido, para parecer más grueso y más alto, pero mis piernas no querían estirarse. La túnica era un poco demasiado grande para mí y procuré ocultar ese hecho.

—¡Ah! —dijo el enfermero— Pronto crecerás y te quedará ajustada. Quédate con ella. ¡Adiós!

Pero era ya la hora de comer, antes de las clases vespertinas. Yo había perdido ya mucho tiempo, por lo que fui arrastrando los pies a la cocina, donde expliqué mi situación.

—¡Come, come, muchacho, y que te aproveche! —dijo el amable cocinero tiznado con hollín, y me sirvió generosamente.

La luz del sol entraba por la ventana y me quedé con los codos apoyados en el marco, mirando afuera mientras comía. A veces la tentación era demasiado fuerte y lanzaba sobre el borde de la escudilla un poco de tsampa sobre algún pobre monje confiado que se hallaba muy abajo.

—¿Quieres más, muchacho? —preguntó el monje cocinero algo asombrado— ¿Más? Debes de estar hueco o... —me guiñó el ojo astutamente— ¿estás empastando las cabezas de los hermanos? —sin duda me ruboricé o parecí culpable, pues rió sonoramente y añadió— En ese caso pondremos un poco de hollín en esta ración.

Pero la diversión no podía durar eternamente. Mi escudilla estaba otra vez vacía. Abajo, un creciente grupo de monjes malhumorados se limpiaba las cabezas salpicadas de negro y miraba recelosamente a su alrededor. Uno de ellos comenzó a subir por el sendero... Me apresuré a retirarme de la cocina y me dirigí al corredor con todo el aire de indiferencia que podía. Al dar vuelta a la esquina apareció un monje con la mirada ceñuda y vaciló al verme.

—Déjame que vea tu escudilla —gruñó.

Asumiendo mi expresión más inocente, metí la mano en la túnica, saqué la escudilla y se la entregué para que la examinara.

—¿Anda algo mal? —le pregunté—. Ésta es realmente mi escudilla.

El monje la examinó cuidadosamente, buscando los rastros del hollín que yo había eliminado por completo. Se me quedó mirando con el más profundo recelo y luego, mientras me devolvía la escudilla, dijo:

—¡Oh!, tú eres el lisiado. No puedes haber subido al techo. Alguien nos ha estado arrojando hollín húmedo y está en el techo. Voy a atraparlo.

Dicho eso, se volvió y corrió hasta el techo. Respiré profundamente y seguí adelante.

A mi espalda oí una risita ahogada y la voz del monje cocinero que decía:

—¡Bien hecho, muchacho! Deberías ser actor. No te descubriré, porque podría ser la próxima víctima.

Pasó por mi lado corriendo, para cumplir alguna misión misteriosa relacionada con las provisiones de alimentos, y yo continué mi regreso de mala gana a la clase. Fuí el primero que llegué y me quedé apostado en la ventana mirando hacia afuera. Siempre me fascinaba contemplar el campo desde aquella altura. Podía pasar horas y días contemplando el espectáculo de los

mendigos en la Pargo Kaling (o Puerta Occidental), o el siempre emocionante de la eterna espuma de nieve que ascendía de las cumbres más altas de los Himalayas.

Alrededor del distrito de Lasa las montañas formaban una gran "U": era la gran cordillera del Himalaya que constituye la columna vertebral del continente. Como disponía de tiempo, miré bien, divirtiéndome con ello. Debajo de mí las blancas paredes encaladas del Potala se confundían imperceptiblemente con la roca viva de lo que había sido en otro tiempo, hacía miles de años, un volcán. El blanco de cal del edificio hecho por el hombre se unía con el gris y pardo de la montaña, y nadie podía decir dónde terminaba el uno y comenzaba el otro, tan bien se habían fundido. Las laderas inferiores de la montaña estaban cubiertas con los pequeños matorrales a través de los cuales nos arrastrábamos los muchachos cuando tratábamos de que no nos vieran. Más abajo todavía se hallaban los edificios que formaban la aldea de Shö, con la gran Sala de Justicia, las oficinas del gobierno, la imprenta del gobierno, las oficinas del registro civil y la prisión.

Había mucha actividad allí abajo: los peregrinos avanzaban por el Camino de los Peregrinos con la esperanza de adquirir la virtud tendiéndose en el suelo, arrastrándose unos pocos metros hacia adelante y volviendo a postrarse. El espectáculo parecía ciertamente más divertido desde la altura en que yo estaba. Unos monjes caminaban a largos pasos entre las casas —pensé que eran, sin duda, los celadores que perseguían a un malhechor— y los lamas realizaban su tarea majestuosa a caballo. Un abad y su séquito entraron en nuestro camino y comenzaron a subir lentamente por el ancho y empinado sendero que conducía a la entrada principal. Un grupo de echadores de la buenaventura hacían un buen

negocio elogiando las virtudes de sus horóscopos, "bendecidos por un señor Abad, tenedlo en cuenta, y que seguramente os darán buena suerte".

El verde de los sauces en el pantano que atravesaba el camino me atraía; su follaje ondeaba suavemente al impulso del viento. Los charcos de agua reflejaban las nubes que pasaban y cambiaban de color de acuerdo con el de los peatones que los cruzaban. Un adivino se había instalado en el borde de un charco grande y pretendía "leer el futuro" de sus clientes "en el agua sagrada al pie del Potala". ¡El negocio era ciertamente brillante!

La Pargo Kaling estaba llena de gente. Habían instalado pequeños puestos y los vendedores ambulantes estaban muy activos vendiendo alimentos y golosinas a los peregrinos. Una profusión de amuletos y cajas de talismanes colgaban en el extremo de un puesto y los ornamentos de color turquesa y dorados destellaban brillantemente a la luz del sol. Indios con turbantes airosos, largas barbas y ojos centelleantes iban de un lado a otro buscando precios ventajosos y tratando de que los vendedores les hicieran rebajas.

Enfrente se alzaba la Chakpori —la Montaña de Hierro— ligeramente más alta que el Potala, pero no tan adornada ni con tantos edificios. La Chakpori era austera, algo gris y torva, pero era la Morada de la Curación, en tanto que el Potala era la Morada del Dios. Más allá de la Chakpori el Río Feliz centelleaba y murmuraba en su rápido descenso hasta la Bahía de Bengala. Resguardándome los ojos y aguzando un poco la vista podía ver al barquero que a remo llevaba a los pasajeros a través del río. Su bote, hecho con una piel de yac hinchada, me fascinaba siempre y yo comenzaba a

preguntarme si no era mejor ser barquero que un pequeño acólito en una gran lamasería. Pero sabía muy bien que todavía no tenía la posibilidad de ser botero, pues antes debía proseguir mis estudios. ¿Y quién había oído hablar de un monje que se hubiera hecho barquero?

Muy lejos, a la izquierda, el techo dorado de la Jo Kang, o catedral de Lasa, deslumbraba los ojos al reflejar los rayos del sol. Contemplé el Río Feliz a su paso por los terrenos pantanosos, centelleando a través de los saucedales y con un pequeño tributario que corría bajo el bello Puente de Turquesa. Más lejos veía un brillante hilo de plata que disminuía a la distancia al seguir el río su camino hacia las tierras bajas.

Era un día de gran actividad, pues asomándome por la ventana —con algún peligro de caer a mucha profundidad— podía ver que venían más mercaderes por la carretera de Drepung, por los altos pasos de las montañas. Pero pasaría mucho tiempo antes de que estuvieran lo bastante cerca para que viera los detalles; las clases comenzarían antes.

En las laderas de las montañas había numerosas lamaserías, unas grandes que eran verdaderas ciudades, y otras pequeñas, adheridas precariamente a las laderas de las empinadas cimas rocosas. Algunas de las más pequeñas y que se hallaban en la posición más peligrosa eran las ermitas de los monjes que habían renunciado al mundo y permanecían encerrados en sus pequeñas celdas para pasar en ellas el resto de su vida. ¿Era realmente bueno, me preguntaba yo, estar tan completamente aislado? ¿Era útil para alguien que un hombre joven y sano decidiese encerrarse en una pequeña celda para pasar tal vez cuarenta años en una oscuridad total y un

silencio completo, meditando sobre la vida y tratando de liberarse de los lazos de la carne? Pensaba que tenía que hacerse extraño, nunca volver a ver, nunca volver a hablar, nunca volver a andar y alimentarse solamente un día sí y otro no.

Capítulo III

Pensaba en mi Guía, el lama Mingyar Dondup, quien había tenido que ir muy repentinamente a un Pari distante; pensaba en todas las preguntas que se formulaban en mi mente y a las que sólo él podía responder. Pero no importaba, pues al día siguiente volvería y yo tendría la alegría de regresar a la Chakpori. Aquí, en el Potala, había demasiada ceremonia, demasiado formalismo. ¡Sí! Yo tenía que hacer muchas preguntas que me preocupaban y sentía impaciencia por obtener las respuestas.

Un ruido cada vez mayor había estado durante unos instantes entrometiéndose en mi conciencia; ahora el volumen del sonido me recordó a un rebaño de yacs en plena carga. En la clase irrumpieron todos los muchachos, los que, en efecto, jugaban a ser un rebaño de yacs. Me retiré cuidadosamente al fondo de la sala y me senté junto a la pared, fuera del camino de los que llegaban corriendo.

Daban vueltas y más vueltas, saltando a la una la mula uno tras otro, con las túnicas flotantes y las voces agudizadas en gritos de alegría. Pero de pronto se oyó un fuerte "¡WHUUMPF!" y un jadeo de aire expelido violentamente. Se hizo en la sala un silencio completo, mientras los muchachos adoptaban una posición rígida

como la de las figuras talladas en el Templo. Mi mirada horrorizada vio al maestro indio sentado en el suelo, con los ojos estrábicos y desenfocados a causa del choque. Su escudilla con la cebada se le había caído de la túnica, lo que vi no sin cierta alegría. Se movió lentamente y se levantó vacilando, apoyándose en la pared y mirando a su alrededor. Yo era el único que estaba sentado, por lo que era evidente que no había intervenido en lo sucedido. ¡Oh, qué sensación extraña y maravillosa la de tener la conciencia completamente limpia! Me parecía que la virtud me hinchaba.

En el suelo, medio aturdido, o petrificado por el terror, se hallaba el muchacho que había topado directamente con el diafragma del maestro indio. La nariz del muchacho sangraba, pero el indio le dio un puntapié nada amable y le gritó:

—¡Levántate!

Se inclinó, asió al muchacho por las orejas y lo levantó.

—¡Ignominosa y horrible hez tibetana! —chilló, mientras golpeaba las orejas del muchacho— ¡Te enseñaré a comportarte como es debido con un caballero indio! ¡Te enseñaré el yoga que te mortificará la carne para que pueda liberarse el espíritu!

Yo pensaba que tenía que preguntar a mi guía por qué algunos de esos grandes maestros de otros países eran tan salvajes.

El maestro ceñudo dejó de golpear al muchacho y añadió:

—Tendremos un período de lecciones más extenso para enseñaros que debéis instruiros en vez de conservar vuestros malos modales. Ahora mismo comenzaremos.

Yo grité:

—¡Oh, Honorable Maestro!, yo no hacía nada absolutamente y no es justo que tenga que quedarme.

El indio volvió una cara feroz en mi dirección y replicó:

—Tú eres sin duda el peor de todos. El hecho de que estés lisiado y seas inútil no significa que puedas eludir el justo castigo por tus pensamientos. Te quedarás aquí, como los otros.

Recogió sus papeles diseminados y lamenté ver que la bella bolsa de cuero con el asa en la parte de arriba y el botón brillante que la abría se había estropeado al contacto con nuestro áspero piso de piedra. El indio lo advirtió y gruñó:

—Alguien pagará muy caro esto; reclamaré otra al Potala.

Abrió su estuche, barajó sus papeles y los ordenó. Una vez satisfecho, dijo:

—Esta mañana terminamos con la declaración de Gautama de que renunciaba a su vida en el palacio y se dedicaría a la búsqueda de la Verdad. Ahora continuemos.

"Cuando Gautama había abandonado el palacio de su padre, el Rey, tenía la mente agitada. Había pasado de pronto por la experiencia sumamente impresionante de ver la enfermedad cuando no conocía la enfermedad, de ver la muerte cuando no conocía la muerte, y de contemplar también la paz profunda y la tranquilidad y satisfacción completas. Pensaba que, puesto que la persona que parecía satisfecha vestía un hábito de monje, la satisfacción y la paz interior se debían encontrar en la vestimenta de un monje, y en consecuencia salió en busca de la tranquilidad interior y del significado de la vida.

"Caminó y caminó recorriendo reinos situados más allá de aquel en que gobernaba su padre, dirigiéndose a los lugares en los que se decía que había monjes instruidos y eremitas eruditos. Estudiaba con los mejores maestros que podía encontrar en dondequiera que hubiera algo

que aprender. Cuando un maestro le enseñaba todo lo que podía enseñarle, seguía adelante, siempre muy adelante, siempre en busca de conocimientos, siempre en busca de la cosa más elusiva de la Tierra: la tranquilidad de ánimo.

"Gautama era un discípulo muy capaz. La vida le había favorecido, le había dado un cerebro alerta y una comprensión rápida. Podía recoger la información y ordenarla en su mente, rechazando lo que era inútil para él y reteniendo solamente lo que era beneficioso y valía la pena. Uno de los Grandes Maestros, impresionado por la aptitud y la aguda inteligencia de Gautama, le dijo que debía quedarse y dedicarse a la enseñanza, le pidió que le acompañase en su tarea de impartir conocimientos a otros estudiantes, pero esto no estaba de acuerdo con lo que pensaba Gautama, pues, según él razonaba, ¿cómo podía enseñar a otros lo que él no comprendía plenamente? ¿Cómo podía enseñar a otros cuando él todavía seguía buscando la Verdad? Conocía las Sagradas Escrituras y los comentarios de las Escrituras, pero aunque éstas daban cierto grado de paz, había siempre preguntas y problemas que impedían la tranquilidad que él trataba de conseguir y, en consecuencia, siguió adelante.

"Era un hombre obseso, un hombre al que un impulso vehemente no le permitía descansar y le acicateaba constantemente a seguir buscando el conocimiento, a seguir buscando la Verdad. Un ermitaño le hizo creer que sólo la vida ascética podía llevarlo a la tranquilidad y, en consecuencia, como era un hombre un tanto impetuoso, Gautama probó la vida del asceta. Hacía mucho tiempo que se había desprendido de todas las cosas materiales, que vivía solamente para descubrir el significado de la vida. Pero ahora se obligó a comer cada vez

menos y, según dicen los antiguos relatos, al fin consiguió vivir con sólo un grano de arroz al día.

"Pasaba todo su tiempo en la más profunda meditación, inmóvil a la sombra de una higuera. Pero al fin su escasa dieta hizo sentir sus efectos; enfermó gravemente a causa del hambre, la mala alimentación y la falta de los cuidados más elementales. Durante largo tiempo estuvo al borde de la muerte, pero no alcanzaba la iluminación, todavía no había encontrado el secreto de la tranquilidad, todavía no había descubierto el significado de la vida.

"Algunos «amigos» se habían reunido a su alrededor durante los días de su inanición, pues pensaban que era caso extraordinario aquel monje que podía vivir con un grano de arroz al día. Creían que podía proporcionarles muchas ventajas la asociación con un hombre tan sensacional. Pero, como los «amigos» de todo el mundo, lo abandonaron en la hora de su necesidad. Cuando Gautama estaba a punto de morir de hambre sus amigos le fueron abandonando uno tras otro y se alejaron en busca de sensaciones en otras partes. Gautama volvió a quedarse solo, libre de la distracción de los amigos, libre de los seguidores, en libertad para seguir meditando acerca del significado de la vida.

"Este episodio fue el momento decisivo en la vida de Gautama. Durante años había estado practicando el yoga tanto que podía, mortificando la carne, liberando al espíritu de los lazos del cuerpo, pero ahora descubrió que el yoga era inútil para él, que el yoga no era más que un medio para disciplinar un poco al cuerpo recalcitrante y no contribuía mucho a aumentar la espiritualidad. También se convenció de que era inútil llevar una vida tan austera, porque la austeridad continuada tendría como único resultado su muerte sin que hallaran respuesta sus preguntas ni terminara su búsqueda. Meditó también

acerca de este problema y decidió que lo que había estado haciendo era como tratar de recoger el agua del Ganges con un cedazo o de hacer nudos en el aire.

"Una vez más Gautama se sumió en la meditación, sentado bajo un árbol, débil y tembloroso, con la debilidad de quien apenas había comido durante demasiado tiempo y había estado en los umbrales de la muerte. Sentado bajo el árbol meditaba profundamente sobre el problema de la infelicidad y el sufrimiento. Tomó la solemne resolución de que así como había pasado más de seis años buscando el conocimiento sin obtener la respuesta, permanecería sentado y sumido en la meditación y no se levantaría hasta que encontrara la solución de su problema.

"Gautama estaba sentado, y el sol se ponía, y la oscuridad descendía sobre la tierra, y las aves nocturnas comenzaban a cantar, y los animales iniciaban sus merodeos. Gautama seguía sentado y las largas horas de la noche pasaban y pronto las primeras débiles luces de la aurora aparecieron en el firmamento, el amanecer se aproximaba y Gautama seguía meditando.

"Todas las criaturas de la Naturaleza habían presenciado el día anterior los sufrimientos del cansado Gautama mientras permanecía sentado y solo bajo el gran árbol. Contaba con su simpatía y su comprensión y todas las criaturas de la Naturaleza consideraban cómo podían ayudar a la humanidad a salir de las dificultades en que se hallaba.

"Los tigres dejaron de rugir para no perturbar al meditabundo Gautama; los monos cesaron de parlotear y de saltar de rama en rama y se quedaron en silencio esperando y esperando; las aves dejaron de cantar y gorjear y en cambio se quedaron sacudiendo las alas con la esperanza de poder ayudar a Gautama enviándole oleadas de amor y oleadas de aire refrescante. Los perros,

que normalmente ladraban y se dedicaban a la caza, dejaron de hacer ruido y se alejaron para ocultarse bajo los arbustos, donde los rayos del sol no cayeran sobre ellos. El rey de los caracoles miró a su alrededor y vio que los perros desaparecían en la sombra, y entonces el rey de los caracoles pensó de qué manera él y los suyos podían ayudar a la humanidad por medio de Gautama. Reunió a su gente y el rey de los caracoles se puso al frente de ellos y los condujo hasta la espalda de Gautama, subieron por ella hasta el cuello y se amontonaron sobre su cabeza enrojecida por el sol, aquella cabeza tan sumida en la meditación, aquella cabeza tan quemada por los ardientes rayos del sol; los caracoles se amontonaron sobre ella y con sus cuerpos fríos portegieron a Gautama del calor del sol del mediodía y, ¿quién sabe?, aquellos caracoles, manteniendo fría la cabeza de Gautama, tal vez lo ayudaron en su búsqueda final. Los habitantes de la Naturaleza eran en un tiempo amigos del Hombre, no temían al Hombre, y hasta que el Hombre se comportó traicioneramente con ellos, éstos acudían en su ayuda.

"Avanzaba el día, avanzaba y Gautama seguía inmóvil, tan inmóvil como una estatua. Volvieron una vez más la noche y la oscuridad; y otra vez, al acercarse la aurora, aparecieron débiles rayos de luz en el firmamento y luego el sol asomó en el horizonte. Pero esta vez el sol le trajo al Buda la iluminación. Como si hubiese sido herido por un rayo, se le ocurrió a Gautama una idea, y encontró una respuesta, o al menos una solución parcial de los problemas que le obsedían. Lo había iluminado un nuevo conocimiento, se había convertido en "El Despierto", que en la India es "El Buda".

"Había iluminado su espíritu lo que había sucedido durante su meditación en el plano astral, poseía discernimiento v recordaba las cosas vistas en el plano astral.

Sabía que ahora quedaría exento de la infelicidad de la vida en la Tierra, exento de volver a la Tierra en el ciclo interminable del nacimiento, la muerte y el renacimiento. Había obtenido el conocimiento de por qué el Hombre debía sufrir, cuál era la causa de su sufrimiento, cuál era su naturaleza y cómo podía terminar.

"Desde aquel momento Gautama se convirtió en Gautama el Despierto o, para emplear la fraseología india, en Gautama el Buda. Se preguntaba otra vez qué era lo que debía hacer. Había sufrido y estudiado, y, en consecuencia, ¿debía limitarse a enseñar a otros o debía dejarles que descubriesen la verdad ellos solos por los medios con los que él la había descubierto? Le preocupaba si los demás creerían en las experiencias por las que él había pasado. Decidió que la única manera de obtener una respuesta a esa pregunta era conversar con los otros, darles la buena noticia de la iluminación de que él había sido objeto.

"Se levantó y, después de comer algo y beber un poco de agua, emprendió el viaje a Benarés, donde esperaba que podría encontrar a cinco de sus anteriores compañeros que lo habían abandonado cuando más necesitaba su ayuda, que lo habían abandonado cuando decidió volver a alimentarse.

"Tras un viaje que duró mucho tiempo, pues Gautama el Buda se hallaba todavía débil a causa de sus privaciones, llegó a Benarés y encontró a los cinco compañeros que buscaba. Habló con ellos y les predicó lo que es conocido en la historia como "El Sermón sobre el Girar de la Rueda de la Ley". Habló a sus oyentes de la causa del sufrimiento, de la naturaleza del sufrimiento, de cómo podía uno sobreponerse al sufrimiento; les habló de una nueva religión a la que nosotros llamamos Budismo. El Budismo es la religión de los que tratan de despertar de nuevo."

Así que Gautama conoció el hambre, pensaba yo. ¡Yo también conocía el hambre! Deseaba que aquel maestro fuera más comprensivo con nosotros, los muchachos, pues nunca teníamos demasiado que comer, nunca disponíamos de demasiado tiempo para nosotros, y mientras su voz seguía zumbando y zumbando durante mucho tiempo que el asignado para ello nos sentíamos hambrientos, cansados, hartos de todo aquello, apenas capaces de comprender la importancia de lo que decía.

El muchacho que había chocado con el maestro indio gangueaba, tenía la nariz evidentemente dañada, quizá rota, pero debía seguir sentado allí tratando de contener el flujo de la sangre, procurando no irritar todavía más al maestro. Y yo pensaba cuál era la finalidad de todo aquello, por qué tanto sufrimiento, por qué quienes podían mostrar misericordia, compasión y comprensión se comportaban, en cambio, de una manera sádica. Resolví que tan pronto como volviera mi guía ahondaría más profundamente en aquellos problemas que me perturbaban verdaderamente. Pero observé con bastante placer que el maestro indio parecía un poco cansado, un poco hambriento y sediento y que se apoyaba ora en un pie ora en otro. Los muchachos estábamos sentados en el suelo, todos con las piernas cruzadas, menos yo, y tenía que mantenerme lo más recatado posible. Los otros se hallaban sentados con las piernas cruzadas en filas ordenadas. El maestro normalmente se paseaba a nuestra espalda, de modo que no sabíamos dónde se hallaba en un momento determinado, pero aquel hombre, el maestro indio, no hacía más que cambiar el pie en que se apoyaba, mirando fuera de la ventana, observando las sombras que se movían a través de la tierra, observando cómo pasaban las horas. De pronto tomó una decisión; se irguió y dijo:

—¡Bueno! Tendremos un descanso, pues vuestra aten-

ción se extravía, no escucháis mis palabras, palabras que pueden influir en toda vuestra vida y vuestras vidas futuras durante toda la eternidad. Tendremos un descanso de media hora. Podéis tomar vuestra comida y luego volveréis aquí silenciosamente y yo reanudaré mi plática.

Rápidamente guardó sus papeles en su bolsa de cuero. Se cerró con un "¡click!" muy satisfactorio. Luego se fue haciendo ondear su túnica amarilla. Nos quedamos un tanto aturdidos con la rapidez de todo ello y luego los otros se levantaron con presteza, pero yo tuve que hacerlo penosamente. Mis piernas estaban duras y tenía que apoyarme en la pared y empujar más o menos una pierna delante de la otra. Pero cuando salió el último fui al dominio de mi amigo el monje cocinero y le expliqué la situación y cómo a mí, aunque era enocente, me castigaban también por los pecados de los otros.

Se rió de mí y dijo:

—¿Y qué me dices del joven que arrojaba bolitas de hollín? ¿No será que se está poniendo al día tu Karma? ¿Y no es posible que si tus piernas no hubiesen estado lisiadas habrías sido quizás el cabecilla?

Volvió a reírse, benévolamente. Era un viejo excelente. Y añadió:

—¡Vamos, sírvete! No necesitas que yo te ayude, pues te has servido durante bastante tiempo. Come bien y vuelve antes que ese hombre terrible pierda otra vez su sangre fría.

Tomé mi té, el mismo que había tomado en el desayuno, el mismo que en el almuerzo: tsampa. El mismo que tomaría durante años: tsampa.

Nosotros, los tibetanos, no tenemos relojes de bolsillo ni de pared. Cuando estaba en el Tibet no conocía la existencia de un reloj de pulsera, pero sabíamos qué hora era por algo que teníamos dentro. Las personas que tienen que depender de sí mismas más bien que de

artefactos mecánicos desarrollan algunas facultades diferentes. En consecuencia, yo y mis compañeros podíamos calcular el paso del tiempo tan exactamente como quienes utilizan relojes. Mucho antes de que hubiera terminado la media hora volvimos a nuestra clase, y lo hicimos con cautela, tan silenciosamente como los ratones que se alimentaban tan bien con nuestro cereal en los almacenes.

Entramos en orden, todos menos el muchacho cuya nariz sangraba. El pobre tipo había ido a la enfermería, donde se descubrió que tenía rota la nariz, y a mí me encomendaron la tarea de presentar al maestro indio un palo hendido en el que estaba acuñado un trozo de papel en el que se comunicaba el motivo por el que el muchacho —ahora enfermo— no podía estar presente.

Los otros se sentaron y yo me quedé esperando, con la espalda apoyada contra la pared y el palo en la mano, jugando nerviosamente con el papel que se agitaba en el extremo. De pronto apareció el maestro indio en el umbral, nos lanzó una mirada ceñuda y luego se volvió y me miró enfurruñado.

—¡Tú, muchacho! —me preguntó— ¿Qué haces ahí jugando con un palo?

—Señor, —contesté con algún azoramiento—, traigo un mensaje del enfermero.

Tendí el palo en su dirección. Durante un momento pareció que no tenía la menor idea de lo que debía hacer y luego, de pronto, me arrancó el palo con tal fuerza que casi caí de bruces. Dejó caer el palo, tomó el papel y lo leyó. Mientras lo hacía su ceño se fruncía cada vez más y luego estrujó el pedazo de papel y lo arrojó lejos de él, una grave ofensa para nosotros, los tibetanos, que consideramos al papel sagrado, pues por medio del papel podíamos leer la historia, y aquel hombre, aquel sabio indio, había arrojado el papel sagrado,

—¡Bueno! ¿Qué haces ahí con la boca abierta? —me preguntó.

Yo le miré con la boca más abierta todavía, pues no veía sentido en la manera como se comportaba. Si él era un Maestro, decidí que yo no quería ser un maestro. Rudamente me hizo seña para que me perdiera de vista y me sentara. Lo hice y él se colocó otra vez ante nosotros y comenzó a hablar.

"Gautama —según nos dijo— había descubierto un medio diferente de acercarse a la realidad, un modo llamado "El Camino Medio". Las experiencias de Gautama habían sido ciertamente dobles; nacido como príncipe con el máximo de lujos y de comodidades, con un amplio surtido de bailarinas (los ojos del maestro indio se iluminaron) y con todos los manjares que podía comer y todos los placeres que podía absorber, abandonó todo eso por la pobreza abyecta y el sufrimiento, y llegó casi a morir de hambre y privaciones. Pero, como comprendió rápidamente Gautama, ni las riquezas ni los harapos poseían la clave del problema eterno del hombre. En consecuencia, la solución tenía que estar entre ambos.

"Al budismo se lo considera con frecuencia como una religión, pero no es una religión en el sentido estricto de la palabra. El budismo es un sistema de vida, un código de vida con el cual, si se lo observa estrictamente, se pueden obtener ciertos resultados. Por conveniencia se puede llamar al budismo religión, aunque para aquellos que son verdaderos sacerdotes budistas la palabra "religión" no es la apropiada, sino solamente la expresión "El Camino Medio".

"El budismo se basa en las enseñanzas de la religión hindú. Los filósofos y los maestros religiosos hindúes han enseñado que el camino para el conocimiento del yo, el conocimiento del espíritu y los trabajos con que se enfronta la humanidad eran como el que camina por

el filo de una navaja en el que la más ligera inclinación a un lado o el otro haría que uno se cayera.

"Gautama conocía todas las enseñanzas hindúes porque era hindú al comienzo de su vida. Pero mediante su propia perseverancia descubrió el Camino Medio.

"La abnegación extremada es mala, pues lo lleva a uno a un punto de vista deformado; la indulgencia extremada es igualmente mala, pues también lleva a un punto de vista deformado. Uno puede considerar con provecho las condiciones como las que se dan al templar un instrumento de cuerda. Si uno pone demasiado tensas las cuerdas de un instrumento como la guitarra puede dar lugar a que el toque mas ligero rompa la cuerda y hay, por tanto, en esta tensión excesiva una falta de armonía. Si se quita toda la tensión a las cuerdas se vuelve a encontrar que hay falta de armonía, pues sólo se puede conseguir ésta cuando las cuerdas están correcta y rígidamente templadas. Lo mismo sucede con la humanidad, en la que la indulgencia o el sufrimiento excesivo causan la falta de armonía.

"Gautama formuló la creencia en el Camino Medio y dictó los preceptos con los cuales se puede alcanzar la felicidad, pues una de las sentencias es: "El que busca la felicidad puede lograrla si practica la búsqueda".

"Una de las primeras preguntas que hace una persona es: "¿Por qué soy desdichado?" Es la pregunta que se hace con más frecuencia. Gautama el Buda se preguntó por qué era desdichado; meditó y meditó y pensó en la cosa y pensó alrededor de la cosa. Llegó a la conclusión de que hasta un recién nacido sufre; el recién nacido llora a causa de la prueba que es el nacer, a causa del dolor y la falta de comodidad que siente al nacer y dejar el mundo cómodo que conocía. Cuando los niños están incómodos lloran, y cuando crecen quizá no lloran, pero encuentran el medio de hacer saber su desagrado,

su insatisfacción y su aflicción. Pero un bebé no piensa en por qué llora, se limita a llorar, reacciona simplemente como un autómata. Ciertos estímulos hacen que una persona llore, otros estímulos hacen que una persona ría, pero el sufrimiento —el dolor— se convierte en un problema sólo cuando una persona se pregunta: "¿Por qué sufro? ¿Por qué soy desdichado?"

"La investigación ha revelado que la mayoría de las personas ha sufrido en alguna medida antes de cumplir los diez años de edad y también se ha preguntado por qué tenía que sufrir. Pero en el caso de Gautama esta pregunta no surgió hasta que tenía treinta años de edad, pues los padres de Gautama habían hecho todo lo que podían para que no sufriera en forma alguna. Las personas que han estado demasiado protegidas o con las que se ha tenido una indulgencia excesiva no saben lo que es hacer frente a la desdicha, de modo que cuando de pronto cae sobre ellas la desdicha no se hallan en situación de habérselas con ella y con frecuencia sufren un trastorno mental o nervioso.

"Toda persona, en algún momento, tiene que hacer frente al sufrimiento y al motivo del sufrimiento. Toda persona tiene que soportar el dolor físico, mental o espiritual, pues sin dolor no puede haber en la Tierra instrucción, no puede haber purificación ni liberación de la escoria que al presente rodea al espíritu del Hombre.

"Gautama no fundó una nueva religión; toda la enseñanza de Gautama, toda la contribución de Gautama a la totalidad del conocimiento humano se concentra en o alrededor del problema del dolor o la felicidad. Durante su meditación mientras las criaturas de la naturaleza se mantuvieron en silencio para que él pudiera meditar sin molestias, y mientras los caracoles refrescaban su cabeza calentada por el sol, Gautama comprendió

el dolor, comprendió la razón del sufrimiento, y llegó a creer que sabía cómo se podía sobreponerse al sufrimiento. Enseñó estas cosas a sus cinco compañeros, y las cosas que enseñó se convirtieron en los cuatro principios en los que se basa toda la estructura del budismo. Son las Cuatro Nobles Verdades, de las que trataremos más adelante."

Las sombras de la noche descendían y la oscuridad aumentaba tan rápidamente que apenas podíamos vernos. El maestro indio se destacaba contra la ventana y la luz de las estrellas iluminaba su silueta. Seguía hablando, olvidándose, o sin que le importara, de que nosotros, los muchachos, teníamos que levantarnos para el servicio de medianoche, y para el de las cuatro de la madrugada, y que luego teníamos que estar en pie a las seis de la mañana.

Por fin pareció darse cuenta de que se estaba cansando, pareció darse cuenta de que permaneciendo allí en la oscuridad con la espalda a la luz de las estrellas, tal vez estaba perdiendo el tiempo porque no podía vernos, no podía saber si le prestábamos atención o si dormíamos sentados.

De pronto golpeó el atril con la mano haciéndolo resonar fuertemente. El ruido inesperado nos hizo saltar a todos asustados de tal modo que sin duda quedaron varios centímetros de aire entre nuestros cuerpos y el suelo. Todos volvimos a caer con un ruido sordo y gruñidos de sorpresa.

El maestro indio se quedó inmóvil durante unos pocos instantes; luego dijo: "Podéis iros" y salió de la habitación. Yo pensaba que era fácil para él, pues era sólo un visitante, gozaba de privilegios especiales y nadie podía hacerle trabajar. Podía ir a su celda y descansar durante toda la noche si lo deseaba. Pero nosotros teníamos que ir al servicio del Templo.

Nos levantamos con gran esfuerzo, y yo con mayor dificultad que todos los otros. Luego salimos dando traspiés de la oscura habitación al corredor todavía más oscuro. No era habitual que nuestras clases se realizasen a aquella hora y no había luces. Pero conocíamos bien los corredores y los recorrimos casi a tientas hasta que llegamos a uno de los principales, el que, por supuesto, estaba iluminado por las inevitables y vacilantes lámparas de manteca de yac. Esas lámparas se hallaban en los nichos de las paredes a la altura de la cabeza y dos monjes se dedicaban constantemente a llenarlas con manteca y cuidar la mecha que flotaba en la superficie de la manteca líquida.

Así llegamos a nuestro dormitorio, donde nos tendimos en el suelo sin más rodeos, tratando de dormir un poco antes de que las trompetas y las caracolas nos llamaran al servicio de medianoche.

Capítulo IV

Me agazapé detrás del gran muro, haciendo con mi cuerpo una pelota fuertemente enroscada, mientras trataba de atisbar a través de una pequeña abertura. Me dolían mucho las piernas, por las que parecían correr barras de fuego, y temía que en cualquier momento brotase la sangre. Pero TENÍA que quedarme allí, TENÍA que soportar la incomodidad de permanecer acalambrado y asustado mientras trataba de escrutar el lejano horizonte. ¡Allí, en mi presente situación, me hallaba casi en la cima del mundo! No podía ir más arriba sin tener alas o —y la idea me excitaba— si no me elevaba algún cometa poderoso. El viento se arremolinaba y ululaba a mi alrededor, azotaba con furia las Banderas de Oración, gemía bajo los techos de las Tumbas Doradas y de vez en cuando lanzaba una lluvia de fino polvo de la montaña sobre mi cabeza indefensa.

A primera hora de la mañana había salido a hurtadillas, y con temor y temblando seguido mi camino secreto a lo largo de corredores y pasajes poco utilizados. Deteniéndome con frecuencia para escuchar a cada pocos pasos, por fin había salido con extrema cautela al Techo Sagrado, el Techo al que sólo podían ir el Recóndito y sus amigos más íntimos. Allí había PELIGRO. El corazón me palpitaba al pensarlo. Si me sorprendían allí

sería expulsado de la Orden con la deshonra más horrible. ¿Qué haría entonces? El pánico crecía dentro de mí y durante un largo momento estuve a punto de descender corriendo a las regiones inferiores a las que pertenecía. El sentido común me impidió bajar en aquel momento, pues si no cumplía mi misión habría fracasado ciertamente.

¿Expulsado ignominiosamente? ¿Qué haría en ese caso? No tenía hogar, pues mi padre me había dicho que el "hogar" ya no era hogar para mí, que debía seguir mi camino en la vida. Mi mirada errante captó el centelleo del Río Feliz, buscó al negro barquero en su bote de cuero de yac, y mi mente se aclaró. ¡Eso era lo que haría, sería un barquero! Para mayor seguridad me escurrí a lo largo del Techo Dorado para que no me viese el Recóndito si se aventuraba a salir con aquel viento. Me temblaban las piernas a causa del esfuerzo y en mi interior rugía el hambre. Un chaparrón resolvió el problema, pues me incliné y me humedecí los labios en un charquito que se había formado.

¿No vendría él NUNCA? Escruté ansiosamente el lejano horizonte. ¡Oh, sí! Me froté los ojos con el dorso de las manos y volví a mirar. ¡Allí había una nubecita de polvo! ¡Venía de Pari! Olvidé por el momento el dolor de mis piernas y el peligro constante de que me vieran. Me levanté y miré. Muy a lo lejos un grupito de jinetes se acercaba por el valle de Lasa. La tormenta aumentaba y la nube de polvo que levantaban los cascos de los caballos era barrida por el viento tan pronto como se formaba. Atisbé y atisbé, tratando de defender mis ojos del viento cortante y de no perder nada de vista.

Los árboles se inclinaban ante el ventarrón, las hojas revoloteaban alocadamente, se desprendían e impulsadas por el viento desaparecían en lo desconocido. El lago situado junto al Templo de la Serpiente ya no te-

nía la placidez de un espejo; surgían en él olas hirvientes que iban a romperse contra la orilla más lejana. Las aves, que conocían bien nuestros cambios atmosféricos, se dirigían cautelosamente a sus refugios, siempre haciendo frente al viento. A través de las hileras de Banderas de la Oración, casi a punto de romperse a causa de la presión, llegó un sonido espantoso, en tanto que de las grandes trompetas sujetas al techo de abajo llegaban los roncos bramidos que producía el viento al arremolinarse alrededor de sus bocas. Allí en la parte más alta del Techo Dorado, sentía vibraciones, extrañas raspaduras y las súbitas rociadas de polvo antiguo arrancadas de las vigas de abajo.

Tuve un presentimiento horrible y me volví inquieto a tiempo para vislumbrar una negra figura espantosa que se lanzaba sobre mí. Rodeándome con sus brazos viscosos, casi ahogándome, comenzó a asestarme golpes violentos. Yo no podía gritar, pues me faltaba el aliento. Una negra nube hedionda me envolvió y el hedor me produjo náuseas. ¡No había luz, sino sólo aquella oscuridad chillona y el olor! ¡No había aire, sino sólo aquel gas nauseabundo!

Temblaba. Mis pecados me habían descubierto. Un Demonio me atacaba y estaba a punto de llevarme. "¡Oh! —murmuré— ¿Por qué he desobedecido la Ley y subido al Terreno Sagrado?" Luego se impuso mi mal humor. ¡No, no me dejaría llevar por los demonios! Lucharía contra cualquiera y contra todos. Frenéticamente, con un pánico ciego y ánimo furioso, me desembaracé de lo que me envolvía, arrancando grandes trozos del "Demonio". Sentí alivio y me eché a reír con la risa aguda de la casi histeria. Me había asustado un toldo de piel de cabra muy viejo, podrido por la edad, que el viento había arrojado contra mí. Ahora volaban sus fragmentos en dirección a Lasa.

Pero la tormenta tenía la última palabra. Con un aullido triunfante se levantó una gran ráfaga de viento que hizo que me deslizara a lo largo del techo resbaladizo. Mientras mis manos trataban en vano de encontrar un asidero procuré apegarme fuertemente al techo, pero sin conseguirlo. Llegué al borde mismo, me balanceé y caí como una pluma en los brazos asombrados de un viejo lama que se quedó con la boca abierta de par en par al verme aparecer, según le pareció, caído del cielo mismo en alas del viento.

Como sucede siempre con las tormentas de Lasa, todo el tumulto y la conmoción habían cesado. El viento se había calmado y ya no hacía más que suspirar ansiosamente alrededor de los aleros dorados y jugar suavemente con las grandes trompetas. Arriba las nubes seguían corriendo sobre las montañas y se desmenuzaban al pasar por ellas. Pero yo no estaba tan tranquilo, pues había mucha "tormenta" dentro de mí. ¡Atrapado —murmuraba para mí mismo—, atrapado como el mentecato más grande de la lamasería! Ahora tendría que ser barquero o cuidador de yacs. ¡Ahora me hallaba realmente en dificultades!

—Señor —dije con la voz temblorosa—, lama Custodio de las Tumbas, yo estaba...

—Sí, sí, muchacho —replicó el viejo lama con dulzura—, he visto todo, he visto cómo te levantaba el viento de la tierra. ¡Has sido bendecido por los dioses!

Le miré y él me miró a su vez. Se dio cuenta de que me tenía todavía en sus brazos, pues la sorpresa lo había aturdido demasiado para que lo advirtiese antes. Me dejó suavemente en el suelo. Lancé a hurtadillas una mirada en la dirección de Pari, pero no podía verlos en aquel momento. Sin duda se habían detenido.

—Honorable Custodio —gritó una voz a mi espalda—, ¿has visto a ese muchacho volando sobre la montaña?

Los dioses se lo han llevado. ¡Que la paz sea con su alma!

Me volví. Enmarcado en una pequeña escotilla se hallaba un viejo monje un tanto simple llamado Timón. Era uno de los que barrían los templos y hacían tareas sueltas. Él y yo éramos viejos amigos. Cuando me miró y me reconoció el asombro le ensanchó los ojos.

—¡La bendita Madre Dolma te proteje! —exclamó— ¡Así que eras tú! Hace pocos días la tormenta te lanzó de este techo y ahora otra tormenta te trae de vuelta. Esto es ciertamente un milagro.

—Pero yo estaba... comencé a decir, mas el viejo lama me interrumpió:

—¡Sí, sí¡ Lo sabemos, hemos visto todo. Yo vine cumpliendo mis deberes para ver si todo estaba bien, ¡y has volado sobre el techo delante de mí!

Me sentía un poco triste porque ellos creían que un toldo de piel de cabra viejo y podrido era yo. Pues bien, dejaría que lo creyesen. Luego recordé cómo me había asustado, cómo había creído que los diablos me atacaban. Miré cautelosamente a mi alrededor para ver si quedaba a la vista alguna parte del viejo toldo. No, con mis forcejeos lo había despedazado y todos sus trozos habían desaparecido.

—¡Mirad! ¡Mirad! —gritó Timón— ¡Aquí está la prueba! ¡Miradlo, miradlo!

Me miré a mí mismo y vi que tenía una cuerda de las Banderas de la Oración enrollada a mi alrededor. El viejo lama cloqueó, cloqueó y cloqueó y comenzó a descender, pero yo me volví bruscamente y corrí a la pared para atisbar otra vez sobre las murallas con la esperanza de ver a mi querido Guía, el lama Mingyar Dondup que se acercaba a lo lejos. Pero ocultaba por completo la lejanía la tormenta que nos había dejado y que en aquel momento cruzaba los valles dejando tras

sí nubes de polvo, hojas volantes y sin duda los restos del viejo toldo de piel de cabra.

El viejo Custodio de las Tumbas volvió y miró también por encima de las murallas.

—Sí, sí —dijo—, te he visto subir por el otro lado de la pared; revoloteabas delante de mí sostenido por el viento, y luego te he visto caer en la parte más alta del techo de las Tumbas Doradas. No podía soportar esa visión. Te vi esforzándote para mantener el equilibrio y me cubrí los ojos con la mano.

"Eso me conviene también —pensaba yo—, pues de otro modo me habrías visto luchando para librarme del viejo toldo de piel de cabra y te habrías dado cuenta de que yo estaba allí desde hacía tiempo. En ese caso yo me habría visto en dificultades."

Se oía una conversación en voz baja cuando nos desviamos y cruzamos la puerta que llevaba a los edificios de abajo, una conversación en voz muy baja. La mantenía un grupo de monjes y lamas, cada uno de los cuales atestiguaba que me había visto sacado como con un cucharón de la parte más baja del sendero de la montaña y levantado verticalmente sacudiendo los brazos. Habían creído que iba a aplastarme contra las murallas o a ser arrastrado sobre el Potala, y ninguno de ellos esperaba volver a verme vivo; ninguno de ellos había sido capaz de discernir a través del polvo y del viento punzante que no era yo el levantado, sino parte de la piel de cabra.

—Sí, sí—dijo uno—, yo mismo lo vi, con mis propios ojos. Él estaba allí, en tierra, refugiándose del viento, y de pronto ¡puf! pasó volando sobre mi cabeza y agitando los brazos. ¡Nunca creí que podría ver algo parecido!

—Sí, sí —dijo otro—, yo miraba por la ventana, pasmado ante aquella conmoción, y justamente en el momen-

to en que vi a ese muchacho lanzado hacia mí el polvo me llenó los ojos. Casi me golpeó la cara al pasar.

—Eso no es nada —dijo un tercero—. A mí no me golpeó, sino que casi me rompió la crisma. Yo estaba en el parapeto y él pasó volando por mi lado; traté de asirlo y casi me desgarró la túnica; me cubrió con ella la cabeza y quedé a ciegas, sin poder ver nada durante un tiempo. Cuando pude ver, había desaparecido. Pensé que su hora había llegado, pero ahora veo que sigue aquí todavía.

Pasé de mano en mano como si hubiese sido una estatua de manteca premiada. Los monjes me palpaban, los lamas me pinchaban y ninguno de ellos me dejaba explicar que yo no había sido levantado hasta el techo, sino casi arrojado de él.

—¡Un milagro! —exclamó un anciano que estaba en las cercanías. Y añadió —Aquí viene el señor Abad.

Todos abrieron paso respetuosamente al hombre de túnica dorada que apareció entre nosotros.

—¿Qué sucede? —preguntó— Por qué están congregados aquí? —Y dirigiéndose al lama más anciano de los presentes, ordenó —Explíquemelo.

Con alguna extensión, y con mucha ayuda del grupo que crecía constantemente, fue "explicado" el asunto. Yo estaba allí deseando que el suelo se abriera y me tragara... hasta la cocina. Tenía hambre, pues no había comido nada desde la noche anterior.

—¡Ven conmigo!— ordenó el señor Abad.

El lama más anciano me tomó de un brazo y me ayudó a caminar, pues yo estaba cansado, asustado, dolorido y hambriento. El abad se dirigió a una gran habitación que yo no había visto hasta entonces. Allí se sentó y guardó silencio como si pensara en lo que le habían dicho.

—Repítamelo, sin omitir nada —le dijo por fin al lama.

Volví a oír el relato de mi "vuelo maravilloso desde la tierra hasta la Tumba del Dios".

En aquel momento preciso mi estómago vacío advirtió sonoramente que necesitaba alimento. El señor Abad, esforzándose por no sonreír, dijo:

—Llévelo para que pueda comer. Me imagino que la prueba por que ha pasado lo ha sometido a un gran esfuerzo. Luego llame al honorable herbolario Lama Chin para que le examine por si ha sufrido daño. Pero que coma primeramente.

¡Comida! ¡Qué bien sabía!

—Tú tienes ciertamente una vida de altibajos, Lobsang —me dijo el cocinero amigo—. Primeramente te caíste del techo y rodaste por la montaña, y ahora me dicen que has volado desde el pie de la montaña hasta lo más alto del techo. ¡Es una vida de altibajos y el Diablo cuida de lo suyo!

Se fue, riendo entre dientes de su ingenio. No me importaba, pues era siempre bondadoso conmigo y me ayudaba de muchas pequeñas maneras. Otro amigo me saludó; un ronroneo ronco y ruidoso y un cordial cabezazo contra mis piernas me hizo mirar hacia abajo. Uno de los gatos había venido a reclamar su parte de mi atención. Le pasé suavemente los dedos por el lomo, lo que hizo que ronroneara cada vez con más fuerza. Se oyó un ligero crujido en la dirección de los sacos de cebada y el gato corrió hacia allá como un relámpago, pero silenciosamente.

Me dirigí a la ventana y miré hacia Lasa. No había señal alguna del pequeño grupo encabezado por mi guía el lama Mingyar Dondup. Me preguntaba si lo había sorprendido la tormenta. Me preguntaba también cuánto tiempo más tardaría en volver.

—...mañana, entonces, ¿eh?

Me volví. Uno de los habituales frecuentadores de la

cocina había estado diciendo algo y yo sólo había oído el final.

—Sí —dijo otro—, se quedan en el Seto de las Rosas esta noche y regresarán mañana.

—¡Oh! —exclamé yo—. ¿Hablan ustedes de mi guía, el lama Mingyar Dondup?

—Sí, parece que tendremos que aguantarte un día más, Lobsang —contestó uno de ellos—. Pero eso me recuerda que el honorable enfermero te espera. Será mejor que te apresures.

Me fui con tristeza, pensando que había demasiados engorros en el mundo. ¿Por qué tenía mi guía que detenerse en su viaje y quedarse durante quizás un día y una noche en la lamasería del Seto de Rosas? En aquel período de mi vida yo creía que sólo mis asuntos tenían importancia y no comprendía plenamente la gran obra que el lama Mingyar Dondup estaba haciendo para otros. Dando traspiés me dirigí por el corredor a la enfermería; en aquel momento el enfermero salía, pero en cuanto me vio me tomó por el brazo y me llevó de vuelta.

—¿Qué has estado haciendo ahora? —me preguntó—. Siempre se produce algún incidente o algo parecido cuando vienes al Potala.

Me quedé pensativo ante él y le dije únicamente lo que los testigos habían visto acerca del viento y la gran tormenta. No le dije que yo estaba ya en el Techo Dorado, pues sabía que lo primero que se le ocurriría sería informar de ello al Recóndito.

—Bueno, quítate la túnica; tengo que examinarte las lesiones y luego informar acerca de tu estado.

Me quité la túnica y la arrojé en un banco bajo. El enfermero se arrodilló y probó y apretó para ver si tenía algún hueso roto o algún músculo desgarrado. Se quedó un tanto sorprendido al ver que mis únicas lesiones, aparte de mis piernas dañadas, consistían en que estaba

cubierto con magulladuras de color azul oscuro, algunas con matices amarillos.

—Toma esto y frótate bien —dijo, se levantó y tomó de una alta repisa un tarro de cuero lleno de algún ungüento de hierbas que olía fuertemente—. No te frotes aquí, porque no quiero asfixiarme. Después de todo, las magulladuras son tuyas.

—Honorable enfermero —pregunté—, ¿es cierto que mi guía ha tenido que detenerse en la lamasería del Seto de Rosas?

—Sí, es huésped del abad de allí y no creo que regrese hasta mañana a una hora avanzada. En consecuencia, tendremos que aguantarte durante un poco más de tiempo. —Y añadió socarronamente— Así podrás disfrutar con las conferencias de nuestro respetado visitante el maestro indio.

Le miré y pensé que el viejo enfermero no quería al maestro indio más que yo. Pero no había tiempo para hablar de eso. El sol estaba directamente en el cenit y ya era hora de que volviera a nuestra sala de conferencias.

Primeramente fui al dormitorio, donde me quité la túnica y me froté con el ungüento maloliente. Luego me sequé las manos en la túnica, me puse otra vez ésta, fui a la sala de conferencias y ocupé mi lugar en el fondo, lo más lejos posible del maestro indio.

Entraron los otros muchachos, unos pequeños, otros de tamaño mediano y otros grandes, en gran número, porque aquel era un acontecimiento especial, una visita de un maestro indio muy notable, y se creía que a nosotros, los muchachos, nos sería muy útil conocer el budismo tal como lo enseñaba otra cultura.

Mientras esperábamos al maestro los muchachos olfateaban ruidosamente. Los que estaban cerca de mí se apartaron y para cuando llegó el maestro yo me hallaba

sentado en un esplendor solitario contra la pared, con un semicírculo de muchachos no más cerca que a tres metros de distancia.

El maestro indio entró con su encantadora bolsa de cuero, pero también olfateando; miró a su alrededor con recelo; las ventanillas de la nariz trabajaban y husmeaban visiblemente. A medio camino entre la puerta y el atril se detuvo, volvió a mirar a su alrededor y vio que yo estaba sentado solo. Se acercó a mí, pero pronto retrocedió. En la sala hacía mucho calor a causa de la gran concurrencia y con el calor el ungüento se hacía cada vez más punzante. El maestro se detuvo, se puso las manos en las caderas y me miró fijamente.

—Muchacho —me dijo—, creo que eres el alborotador más grande de todo este país. Has trastornado nuestras creencias volando hacia arriba y hacia abajo por la ladera de la montaña. Yo lo vi desde mi habitación, te vi ascendiendo a la distancia. Debes de tener diablos que te enseñan en tus momentos libres, o algo parecido. Y ahora, ¡oh, hiedes!

—Honorable maestro indio —contesté—, no puedo evitar el olor, pues me he puesto el ungüento prescrito por el honorable enfermero y —añadí con mucha temeridad— es mucho peor para mí, porque la pócima me está produciendo ampollas.

No cruzó por sus labios ni el asomo de una sonrisa, sino que se hizo a un lado desdeñosamente y se dirigió al atril.

—Tenemos que continuar nuestras conferencias —dijo—, pues tendré la gran alegría de dejaros y de seguir mi viaje hacia la India más culta.

Ordenó sus papeles, los barajó un poco, nos miró recelosamente a todos para ver si le prestábamos atención y continuó:

—En sus andanzas Gautama había pensado mucho.

Durante seis años había ido de un lado a otro y pasado la mayor parte de su tiempo investigando la Verdad, buscando la Verdad, buscando la finalidad de la vida. Mientras vagaba sufría penalidades, sufría privaciones y hambre, y una de sus primeras preguntas era: "¿Por qué soy desdichado?"

"Gautama se hacía la pregunta incesantemente, y obtuvo la respuesta cuando las criaturas de la Naturaleza le ayudaron, los caracoles refrescándole la cabeza, las aves abanicándole la frente y todos los demás guardando silencio para no perturbarlo. Decidió que había Cuatro Grandes Verdades, a las que llamó las Cuatro Nobles Verdades, que eran las leyes de la resistencia del hombre en la Tierra.

"El nacimiento es sufrimiento, dijo el Buda. Un niño nace causando dolor a la madre y dolor al niño; sólo mediante el dolor puede uno nacer en la Tierra, y el acto de nacer causa dolor y sufrimiento a otros. La decadencia es sufrimiento; a medida que un hombre va envejeciendo y las células de su cuerpo no pueden renovarse de acuerdo con la norma conocida se produce la decadencia, los órganos ya no funcionan bien, hay un cambio y viene el sufrimiento. No se puede envejecer sin sufrir. La enfermedad es sufrimiento; si un órgano no funciona debidamente hay dolor, sufrimiento, pues el órgano obliga al cuerpo a reajustarse al nuevo estado. Por eso la enfermedad causa dolor y sufrimiento. La muerte es el final de la enfermedad; la muerte causa sufrimiento, no el acto de morir mismo, sino que las condiciones que trae consigo la muerte son en sí mismas dolorosas. En consecuencia, somos desdichados.

"Causa también sufrimiento la presencia de objetos que aborrecemos. Nos mantiene en tensión la presencia de aquellos que aborrecemos. Nos hace desdichados la separación de los objetos que amamos; cuando nos sepa-

ramos de una persona querida, quizá sin saber cuándo nos vamos a ver de nuevo con esa persona, sufrimos dolor, sufrimos frustración y en consecuencia somos desdichados.

"Desear y no conseguir lo que se desea es causa de sufrimiento, es la causa de la pérdida de la felicidad, la causa de la aflicción. Por eso cuando deseamos algo y no lo obtenemos sufrimos y somos desdichados.

"Solamente la muerte trae la paz, solamente la muerte nos libera del sufrimiento. Por tanto es evidente que apegarse a la vida es apegarse al sufrimiento, que el apego a la vida es lo que nos hace desdichados."

El maestro indio nos miró y añadió:

—El Buda, nuestro bienaventurado Gautama, no era pesimista, sino realista. Gautama comprendió que hasta que uno pueda aceptar los hechos no puede desterrar el sufrimiento. Hasta que uno pueda comprender por qué existe el sufrimiento no puede avanzar por el Camino Medio.

Yo pensaba que las enseñanzas daban mucha importancia al sufrimiento, pero recordaba lo que me había dicho mi querido guía, el lama Mingyar Dondup: "Consideremos, Lobsang, lo que Gautama dijo realmente. No dijo que todo causa sufrimiento. Digan lo que digan las Sagradas Escrituras, digan lo que digan los grandes maestros. Gautama en ningún momento afirmó que todo es sufrimiento. En realidad dijo que todo contiene la *posibilidad* de sufrimiento, de lo que se deduce evidentemente que todo acontecimiento de la vida puede tener como resultado el dolor, el malestar o la falta de armonía. ¡PUEDE! Pero en ninguna parte se afirma que todo TIENE QUE causar dolor."

Existen muchas ideas falsas acerca de lo que los grandes hombres dijeron o no dijeron: Gautama creía que el sufrimiento, el dolor, iban mucho más allá que el mero

sufrimiento físico, el mero dolor físico. En todo momento hizo hincapié en que el sufrimiento de la mente a causa del mal funcionamiento de las emociones era un sufrimiento mayor, una desarmonía mayor que el que podía causar cualquier mero dolor físico o cualquiera infelicidad. Gautama enseñó: "Si soy desdichado es porque no vivo felizmente, porque no vivo en armonía con la naturaleza. Si no vivo armoniosamente es porque no he aprendido a aceptar el mundo tal como es, con todas sus desventajes y *posibilidades* de sufrimiento. Sólo puedo conseguir la felicidad comprendiendo las causas de la infelicidad y evitando esas causas".

Yo estaba ocupado pensando en eso y en el terrible hedor que producía el ungüento, cuando el maestro indio volvió a golpear su atril y dijo:

—Esta es la primera de las Nobles Verdades. Hablemos ahora de la segunda de las Nobles Verdades.

"Gautama predicó este sermón a sus discípulos, los que anteriormente lo habían abandonado cuando la enseñanza había perdido gran parte de su carácter sensacional, pero ahora volvían a ser discípulos de Gautama. Les dijo: "Yo enseño sólo dos cosas: el sufrimiento y la liberación del sufrimiento. Esta es la Noble Verdad acerca del origen del sufrimiento. Es el deseo vehemente el que causa mente va acompañado por los placeres sensuales y trata de satisfacerlos aquí o allá. Toma la forma del deseo vehemente de satisfacer los sentidos, o de la prosperidad y las posesiones mundanas."

"Según nos habían enseñado, el sufrimiento sigue a algo que hemos hecho mal, es el resultado de una actitud censurable con el resto del mundo. El mundo mismo no es un lugar malo. pero algunas de las personas que viven en él hacen que parezca malo, y son nuestra propia actitud, nuestros propios defectos, los que hacen que el mundo parezca tan malo. Todos tienen deseos, o anhelos, o

concupiscencias que le impulsan a uno a hacer cosas que en un estado de ánimo más equilibrado, cuando está libre de esos anhelos y concupiscencias, no haría.

"La gran enseñanza del Buda era que quien desea con vehemencia no puede ser libre, y una persona que no es libre no puede ser feliz. En consecuencia, dominar el deseo es dar un gran paso hacia la felicidad.

"Gautama enseñó que cada persona tiene que hallar la felicidad por sí sola. Dijo que hay una felicidad que no causa satisfacción, pues es algo meramente pasajero, y es el tipo de felicidad que obtiene una persona cuando desea cambiar constantemente, cuando quiere ir de un lado a otro viendo nuevos espectáculos, conociendo a nuevas personas. Esa es una felicidad pasajera. La verdadera felicidad es la que le da a uno una satisfacción profunda, la que libera al alma de uno del descontento. Gautama dijo: "Cuando en la búsqueda de la felicidad advierto que las malas cualidades se desarrollan y que las buenas cualidades disminuyen es que esa clase de felicidad debe ser evitada. Cuando en la búsqueda de la felicidad advierto que las malas cualidades disminuyen y las buenas cualidades se desarrollan es que se debe seguir esa felicidad.

"En consecuencia, debemos dejar de perseguir las cosas inútiles de la carne, las cosas que no perduran en el otro mundo; debemos dejar de tratar de satisfacer deseos que crecen cuanto más los alimentamos, y en cambio debemos pensar qué es lo que buscamos realmente, cómo lo encontraremos. Debemos pensar en la naturaleza de nuestros deseos, y una vez que conozcamos la causa de nuestros deseos podremos tratar de eliminar esa causa."

Nuestro maestro se enardecía hablando de ese tema. Además se sentía un poco molesto por el olor del ungüento, pues dijo.

—Ahora tendremos un pequeño descanso, pues no quie-

ro someter a un esfeurzo excesivo a vuestra mentalidad, que, según advierto, no es de modo alguno la mentalidad de mis discípulos indios.

Recogió sus papeles, los guardó en su valija, la cerró cuidadosamente y contuvo el aliento al pasar por mi lado. Durante unos instantes los otros muchachos se quedaron inmóviles esperando a que sus pasos se perdieran a lo lejos. Luego uno de ellos se volvió hacia mí y me dijo:

—¡Puá, cómo hueles, Lobsang! Debe de ser porque te has mezclado con los demonios y has volado hacia arriba y hacia abajo con ellos.

Repliqué muy razonablemente:

—Si me hubiera mezclado con los demonios no habría volado hacia el cielo con ellos, sino en sentido contrario, y todos saben que volé hacia arriba.

Nos dispersamos y seguimos nuestro camino. Yo fui a la ventana y miré afuera pensativamente, preguntándome qué hacía mi guía en la lamasería del Seto de Rosas, cómo emplearía el tiempo con aquel maestro indio al que aborrecía completamente. Pensaba que si era tan buen budista como él se imaginaba que era, debía mostrar más comprensión y tacto con los muchachos. Mientras yo me sumía en mis reflexiones un joven lama entró apresuradamente en la habitación.

—¡Lobsang! —me dijo—. Ven en seguida, pues el Recóndito quiere verte. De pronto se detuvo y exclamó —¡Puá! ¿Te has hecho algo?

Le expliqué lo del ungüento de hierbas y dijo:

—Corramos a la enfermería para ver qué se puede hacer para librarte de ese hedor antes que te presentes ante el Recóndito. ¡Vamos, rápidamente!

Capítulo V

Corrimos juntos por el corredor hacia la enfermería. ¿Juntos? No, no exactamente. El que corrió fue el joven lama y yo lo seguí con las piernas vacilantes. Lo seguí porque me asía de la parte delantera de mi túnica y me arrastraba. Yo murmuraba y gruñía por lo bajo en la medida en que me lo permitía la falta de aliento. Había volado desde la tierra hasta el techo y ahora todos me empujaban de un lado a otro. "¡Oh —pensaba—, ahora casi creo que volé! ¿Qué pensará... o sabrá el Recóndito?"

Nos deslizamos por el recodo y entramos en la oficina. El enfermero comía su tsampa. Al vernos se interrumpió y levantó la vista; abrió la boca al reconocerme y su mano revoloteó entre la escudilla y los labios.

—¿Tú aquí otra vez, tú? ¿Qué has hecho ahora?

El joven lama, jadeando a causa de la excitación, la ansiedad y la falta de aliento, soltó una cascada de palabras que casi tropezaban en su lengua a causa de la velocidad de su perorata.

—El Recóndito quiere ver a Lobsang ahora mismo. ¿Qué podemos hacer?

El enfermero suspiró, dejó la escudilla y se limpió los dedos en la túnica.

—No sólo lo verá, sino que además lo olerá si lo llevo

así —añadió el joven lama agitadamente—. ¡Ay, ay! ¿Qué podemos hacer para quitarle ese olor?

El enfermero se rió entre dientes, pero en seguida se puso serio al pensar en el Recóndito.

—¡Ah! —dijo—. Yo hice eso en broma, pues probaba un nuevo ungüento y tuve la oportunidad de utilizarlo con él. Es también un ungüento que se puede poner en los postes y las paredes para que su olor mantenga alejados a los perros, pero no deja de ser eficaz para las magulladuras. ¡Déjenme pensar!

El joven lama y yo nos miramos desalentados. Bueno, el repelente para los perros me había hecho a mí repelente, ¿pero qué podíamos hacer ahora? ¿Así que el viejo me había hecho una broma? Pues bien, pensaba yo, ahora la broma era para él. ¿Cómo iba a librarme del olor antes que el Dalai Lama se enterase? Se levantó de un salto y chasqueó los dedos satisfecho.

—Quítate la túnica —me ordenó.

Volví a quitarme la túnica. El enfermero entró en la habitación lateral para reaparecer unos minutos después con un cubo de cuero lleno con un líquido fragante. Me empujó hasta un desagüe que había en su consultorio y vació el contenido del cubo sobre mi cabeza.

Yo comencé a brincar, pues el líquido era astringente y creía que me iba a desollar. El enfermero se apresuró a tomar un trapo y me fregó el cuerpo, dejándolo muy rosado, muy picante, pero oliendo muy bien.

—¡Ya está! —exclamó con satisfacción—. Me has causado una gran molestia, pero quizás este tratamiento doloroso te desanimará para que vengas sólo cuando lo necesites perentoriamente.

Volvió a entrar en la otra habitación y regresó con una túnica limpia.

—Póntela —ordenó—. No podemos dejarte que vayas a ver al Recóndito como un espantapájaros.

Me vestí, con una gran picazón en todo el cuerpo. El áspero paño de la túnica empeoraba las cosas, pero al joven lama y el enfermero no parecía importarles.

—¡Vamos, vamos! —dijo el primero—. No debemos perder tiempo.

Me asió por el brazo y me arrastró hacia la puerta. Me moví de mala gana, dejando huellas perfumadas en el piso.

—¡Esperen! —gritó el enfermero—. ¡Debe llevar sandalias!

Desapareció como una ráfaga y volvió con un par de sandalias. Metí los pies en ellas y comprobé que eran lo bastante grandes para una persona del doble de mi tamaño.

—¡Oh! —exclamé presa del pánico—. Son demasiado grandes, tropezaré con ellas o las perderé. ¡Quiero las mías!

—¿No eres tú una? —gruñó el enfermero—. ¡Más dificultades, siempre dando quehacer! ¡Espera! Tengo que conseguirte unas que se ajusten bien, pues sino te caerás en presencia del Dalai Lama y eso me deshonrará.

Buscó por todas partes, revolviendo y revolviendo, y por fin encontró un par de sandalias que se ajustaban más satisfactoriamente.

—¡Ahora vete! —gritó—. ¡Y no vuelvas por aquí a menos que te estés muriendo!

Se alejó malhumorado y continuó su comida interrumpida.

El joven lama jadeaba con la ansiedad y la agitación.

—¿Cómo explicaré el retraso? —preguntó como si yo pudiera darle la respuesta. Corrimos a lo largo del corredor y pronto nos alcanzó otro lama joven.

—¿Dónde has estado? —preguntó con alguna exasperación—. El Recóndito te espera ¡y no le gusta esperar!

No era el momento para explicaciones.

Nos apresuramos a lo largo de los corredores, subiendo al piso de arriba, y al piso de más arriba y a otro piso más. Por fin llegamos a una gran puerta guardada por dos celadores inmensos. Reconociennndo a los dos lamas jóvenes se hicieron a un lado y entramos en el alojamiento del Dalai Lama. De pronto el primer lama se detuvo y me empujó contra la pared.

—¡No te muevas! —dijo—. Quiero ver si estás aseado.

Me miró de arriba abajo y se puso a estirar aquí un pliegue y a formar allá otro.

—¡Date vuelta! —ordenó, con la esperanza de que yo no estuviera más desaseado que el término medio de los acólitos. Me di vuelta, con la cara contra la pared. Otra vez se puso a tirar y arreglarme la túnica.

—Tú eres el muchacho con las piernas lisiadas y el Recóndito lo sabe. Si te dice que te sientes, siéntate lo más airosamente que puedas. Está bien, date vuelta.

Me volví y advertí que el otro lama se había ido. Nos quedamos esperando. Esperamos hasta que mis rodillas casi no me sostenían. Toda aquella corrida y teníamos que esperar, pensaba yo. ¿Por qué tengo que ser un moje?

La puerta interior se abrió y salió por ella un lama anciano. El lama joven se inclinó y se retiró. El alto funcionario, pues eso era el lama anciano, me miró, me miró de arriba abajo y preguntó:

—¿Puedes andar sin ayuda?

—Santo Maestro —contesté—, puedo andar con dificultad.

—Entonces ven —dijo.

Se volvió y me precedió lentamente a otra habitación, la cruzamos y llegamos a un corredor. Llamó a una puerta y entró, haciéndome seña para que esperara afuera.

—Vuestra Santidad —oí que decía su voz respetuosa—, aquí está el muchacho Lobsang. No camina bien. El en-

fermero dice que tiene serias magulladuras y que sus piernas no están curadas todavía.

No pude oír la respuesta, pero el anciano lama salió y me dijo en voz baja:

—Entra, quédate parado e inclínate tres veces, y luego avanza cuando te lo ordenen. Camina lentamente, para no caer. ¡Ahora entra!

Me tomó suavemente del brazo y me condujo a través de la puerta mientras decía:

—¡Vuestra Santidad, el muchacho Lobsang!

Luego se fue y cerró la puerta a mi espalda. Cegado por la emoción y el temor, me incliné vacilante tres veces en la que esperaba fuese la buena dirección.

—Ven, hijo mío, ven y siéntate aquí —dijo una voz profunda y afectuosa, una voz que había oído una vez durante una visita anterior.

Levanté la vista y lo primero que ví fue la Túnica Azafranada que resplandecía suavemente en un brillante rayo de sol que entraba por la ventana. ¡La Túnica Azafranada! Y sobre ella un rostro bondadoso pero firme, el rostro de quien estaba acostumbrado a tomar decisiones, el rostro de un hombre bueno, nuestro Dios en la Tierra.

Estaba sentado en una pequeña plataforma que se elevaba del suelo. Los cojines rojos en los que se apoyaba contrastaban con el azafrán de su túnica. Se hallaba en la posición del loto, con las manos entrelazadas delante de él y las rodillas y pies cubiertos con un paño dorado. Frente a él había una mesa baja que contenía unos pocos objetos: una campanilla, una caja de talismanes, una rueda de oración y documentos de estado. Tenía bigote y sus puntas colgaban ligeramente bajo su mentón. Su rostro sonreía benignamente, pero había también en él señales de sufrimiento. Delante de él, junto a la mesita,

había en el suelo dos almohadones para sentarse. Me los indicó mientras decía:

—Sé que estás lisiado; siéntate de una manera cómoda.

Me senté agradecido, pues todas las corridas y toda la excitación había ejercido su efecto y el cansancio hacía que temblase ligeramente.

—¿Así que has tenido algunas aventuras? —preguntó Su Santidad—. He oído hablar mucho de ello y ha tenido que ser espantoso.

Le miré, miré a aquel gran hombre tan lleno de bondad y sabiduría. Sabía que tenía que decirle lo que había sucedido, pues no podía engañarle. Muy bien, me expulsarían, me echarían por haber violado la ley y subido a demasiada altura. No importaba, sería barquero o constructor de cometas o —mi pensamiento vaciló ante la idea— inclusive podía ir a la India y hacerme comerciante.

El Dalai Lama me miraba severamente y sentí alguna confusión al darme cuenta de que me había estado hablando.

—Vuestra Santidad —dije—, mi guía, el lama Mingyar Dondup, me ha dicho que sois el hombre más grande del mundo y que no puedo ocultaros la verdad. —Hice una pausa y tragué una bolita que se me había formado en la garganta—. Vuestra Santidad —añadí con voz débil—, me levanté temprano esta mañana y subí...

—¡Lobsang! —me interrumpió el Recóndito con el rostro resplandeciente de satisfacción—, no digas más, no me digas más, pues ya lo sé, porque yo también fui muchacho, ¡oh, hace mucho tiempo! —Me miró pensativamente y añadió— Te ordeno esto: en ninguna ocasión vas a hablar de eso con los otros, guardarás silencio acerca de lo que ha sucedido realmente. De otro modo serás expulsado como lo exige la ley. —Durante un momento permaneció sumido en sus reflexiones y luego dijo—.

A veces conviene tener un "milagro", pues eso fortalece la fe de los hermanos más humildes y débiles. Necesitan lo que se imaginan que es una prueba, pero la "prueba", examinada atentamente, demuestra con frecuencia que no es más que ilusión, en tanto que la "ilusión" para la que se buscaba la "prueba" es verdaderamente la realidad.

El sol de la media mañana inundaba la habitación con una luz dorada. La túnica azafranada del Recóndito brillaba y parecía una media llama cuando un susurro de viento osaba rozar sus pliegues. Los almohadones rojos tenían un halo y arrojaban reflejos rojizos en el piso bruñido. Una pequeña rueda de oración giraba suavemente al impulso de la brisa vagabunda y sus incrustaciones de turquesa lanzaban rayitos azules en el aire dorado. Casi sin darse cuenta el Dalai Lama tendió la mano y tomó la rueda de oración, la miró especulativamente y volvió a dejarla.

—Tu guía, mi hermano en santidad, Mingyar Dondup, habla muy elogiosamente de ti —dijo Su Santidad—. Y lo mismo hacen quienes te conocen bien. Tienes una gran tarea que realizar en la vida y estarás cada vez más al cuidado de tu guía y de hombres como él, por lo que te apartarás cada vez más de los estudios en las clases y tendrás una instrucción privada de un tipo mucho más elevado. —Hizo una pausa y me miró con una sonrisa que acechaba en las comisuras de sus ojos—. Pero tendrás que continuar asistiendo a ese curso de conferencias de nuestro visitante indio.

Eso me desalentó. Yo esperaba evitar a aquel hombre terrible y librarme de la asistencia a la conferencia de la tarde a causa de mi gran experiencia. El Recóndito continuó:

—Tu guía volverá a una hora avanzada de esta noche o mañana a primera hora, me informará y luego tú vol-

verás con él a la Montaña de Hierro para que sigas estudios especializados. Los Hombres Sabios han decidido tu porvenir; será duro siempre, pero cuanto más estudies ahora tanto mejores serán tus oportunidades posteriormente.

Movió la cabeza bondadosamente y tomó la campanilla. La sacudió produciendo un sonido musical para llamar al lama anciano, quien entró apresuradamente. Me levanté con alguna dificultad, me incliné tres veces con una torpeza vergonzosa, sujetándome el pecho para que mi escudilla y los otros objetos no cayeran como anteriormente, y me retiré hacia atrás rogando que no tropezara y me derrumbara.

Afuera, mientras me secaba el sudor de la frente y me sostenía contra la pared, me preguntaba: ¿Y ahora qué? El anciano lama me sonrió (pues me había bendecido el Recóndito) y dijo amablemente:

—Bueno, muchacho, esta ha sido una entrevista muy larga para un muchacho tan joven, Su Santidad parecía complacido contigo. Ahora —y miró a las sombras de afuera— ya es hora de que comas y vayas a tu clase para la conferencia sobre el budismo indio. Muy bien, muchacho, puedes irte. Este funcionario hará que te dejen pasar los guardias.

Volvió a sonreírme y se retiró. El joven lama al que había conocido en primer lugar salió detrás de un biombo y me dijo:

—¡Vamos por aquí!

Lo seguí, casi tambaleando; pensaba que aquel día, que ni siquiera llegaba todavía a su mitad, parecía ya haber durado una semana.

En consecuencia, una vez más fui a la cocina y pedí tsampa. En esta ocasión me trataron con respeto, pues había estado en presencia del Recóndito y circulaba ya la noticia de que se sentía satisfecho conmigo. Comí

apresuradamente, y conservando todavía mi buen olor, fui a la clase.

Nuestro maestro se hallaba otra vez ante su atril y decía:

—Ahora hablaremos de la Tercera Noble Verdad, una de las más breves y sencillas de las verdades.

"Como enseñó Gautama, cuando uno deja de anhelar una cosa deja de sufrir en relación con esa cosa; el sufrimiento cesa con la completa cesación de los anhelos.

"Una persona que siente deseos vehementes habitualmente los siente por los bienes de otra persona, se hace codiciosa, pues codicia lo que posee otro, se apasiona por las posesiones de otro, y cuando no puede conseguir esas cosas se resiente y aborrece al propietario de las cosas codiciadas. Eso da origen a la frustración, la ira y el dolor.

"Si uno codicia una cosa que no puede conseguir hay infelicidad. Los actos que nacen de los deseos llevan a la infelicidad. La felicidad se obtiene cuando uno deja de desear, cuando toma la vida tal como viene, tanto lo bueno como lo malo.

El maestro indio miró sus páginas, las barajó un poco y añadió:

—Ahora llegamos a la cuarta de las Cuatro Nobles Verdades, pero la cuarta de las Cuatro Nobles Verdades ha sido dividida en ocho partes llamadas el Santo Camino Óctuple. Son ocho los pasos que uno tiene que dar para conseguir la liberación de los deseos de la carne, para librarse de los deseos. Los examinaremos. El primero es:

I. El punto de vista justo: como enseñó Gautama, uno debe tener el punto de vista justo acerca de la infelicidad. Una persona que se siente desdichada o infeliz debe averiguar exactamente por qué es desdichada o infeliz, debe investigarse a sí misma y descubrir cuál es la causa de su infelicidad. Cuando una persona ha descu-

bierto por sí misma cuál es la causa de su infelicidad, esa persona puede hacer algo al respecto para obtener la cuarta de las Cuatro Nobles Verdades, que es: ¿cómo puedo encotrar la felicidad?

"Antes de que podamos proseguir nuestro camino por la vida con la mente tranquila y con la esperanza de que llevaremos la vida como la vida está destinada a ser llevada debemos saber cuáles son nuestros objetivos. Esto nos lleva al segundo paso en el Santo Camino Óctuple:

II. La aspiración justa: Todos "aspiran" a algo, que puede ser un beneficio mental, físico o espiritual. Puede consistir en ayudar a otros, o puede consistir únicamente en ayudarnos a nosotros mismos. Pero, por desgracia, los seres humanos se hallan en una gran confusión, carecen de dirección, no pueden advertir lo que deberían advertir. Tenemos que despojarnos de todos los valores falsos, de todas las palabras falsas, y ver claramente lo que somos y lo que deberíamos ser, así como lo que deseamos. Debemos renunciar a los falsos valores que evidentemente nos llevan a la infelicidad. La mayoría de las personas piensan solamente en "yo", "mi" y "mío". La mayoría de las personas se concentran demasiado en sí mismas, no se preocupan en absoluto por los derechos de los demás. Es esencial que nos contemplemos a nosotros mismos como un objeto que hay que estudiar, que nos contemplemos como contemplamos a alguien desconocido. ¿Os gusta el desconocido? ¿Os agradaría que fuera vuestro amigo íntimo? ¿Os gustaría vivir con él durante toda la vida, comer con él, respirar con él, dormir con él? Debéis tener aspiraciones justas antes de que podáis tener buen éxito en la vida, y de esta aspiración justa se deduce que debéis tener:

III. Un lenguaje justo: Esto significa que una persona debe dominar su lenguaje, no debe calumniar, no debe difundir rumores como si los rumores fueran he-

chos. Con el lenguaje uno debe conceder siempre a la otra persona el beneficio de la duda, no debe hablar cuando lo que dice puede perjudicar a otro, y debe hablar cuando lo que dice es bueno, cuando puede ayudar. El lenguaje puede ser más mortífero que la espada, puede ser más venenoso que el veneno más ponzoñoso. El lenguaje puede destruir a una nación. En consecuencia uno debe tener un lenguaje justo, y el lenguaje justo nace de:

IV. El comportamiento justo: Si uno se comporta de manera correcta no habla de una manera incorrecta. En consecuencia, el comportamiento justo ocntribuye materialmente al lenguaje justo y las aspiraciones justas.

El comportamiento justo significa que una persona no dice mentiras, no bebe bebidas alcohólicas, no roba.

Gautama enseñó que somos el resultado de nuestros pensamientos. Lo que somos ahora es lo que nuestros pensamientos nos han hecho ser en el pasado. Por tanto, si ahora pensamos bien, si ahora nos comportamos bien, seremos "justos" en alguna futura ocasión cercana.

Gautama declaró: "El odio no cesa mediante el odio en ningún momento; el odio sólo puede ser conquistado por el amor". También dijo: "Que un hombre domine la ira de otro con el amor, que domine la maldad de otro con su propia bondad".

Como me enseñaron tantas veces, uno no debe dar pruebas de facultades extra-sensorias, uno no debe atacar a quienes le atacan, pues según las palabras de Gautama, uno no debe atacar a quienes le atacan con un lenguaje insultante o con palos o piedras. Gautama dijo: "Si alguien te maldice debes reprimir todo resentimiento y tomar la firme determinación de que tu mente no se perturbará y ninguna palabra airada cruzará por tus labios. Seguirás mostrándote bondadoso y amistoso y sin rencor".

Nuestro credo budista es el del Camino Medio, un código de vida, un código que ordena hacer a los otros lo que uno se habría hecho a sí mismo. El Santo Camino Óctuple sigue así:

V. El modo de ganarse la vida justo: Según las enseñanzas del Buda, hay ciertas ocupaciones que son nocivas para el hombre, ciertas ocupaciones a las que no debe dedicarse un verdadero budista. Por ejemplo, un buen budista no puede ser carnicero o vendedor de venenos, no puede ser comerciante de esclavos ni propietario de esclavos. Un budista no puede beber ni distribuir licores. El buen budista, en la época de Gautama, era necesariamente un hombre que viajaba solo o vivía en un monasterio.

VI. El esfuerzo justo: El esfuerzo justo tiene un significado especial; significa que uno debe avanzar a la velocidad más adecuada para él por el Camino Óctuple. Una persona que trata de progresar no debe sentirse impaciente y tratar de moverse demasiado rápidamente antes de haber aprendido las lecciones que se debe aprender. Pero tampoco debe tratar de retrasarse con falsa modestia, con falsa humildad. Una persona sólo puede progresar a la velocidad que le está destinada.

VII. La atención justa: Es la mente del hombre la que rige las acciones del hombre. El pensamiento es el padre del acto; si pensáis en una cosa ese es el primer paso para hacer la cosa, y algunos pensamientos son muy incongruentes. Los deseos físicos pueden perturbarle a uno y causarle daño. Uno puede desear demasiado alimento o demasiado bueno; el deseo no causa dolor, pero la comida excesiva lo causa. La infelicidad y el dolor son consecuencia de comer con exceso y siguen al excesivo deseo de comer.

El budista debe recordar que los sentimientos son

efímeros, que vienen y se van como el viento que cambia constantemente. Las emociones son inestables y no se puede confiar en ellas. Uno debe educarse a sí mismo para mantener en todos los momentos la atención justa con independencia de sus deseos pasajeros.

VIII. LA CONTEMPLACIÓN JUSTA: Como sabía muy bien Gautama, el yoga no era de modo alguno el medio para conseguir la espiritualidad. El yoga no es más que una serie de ejercicios destinados a capacitar a la mente para dominar al cuerpo físico, para someter al cuerpo a la dirección de la mente. No están destinados a darle a uno la elevación espiritual.

En la contemplación justa uno tiene que dominar los pensamientos de la mente que no vienen al caso, uno tiene que conocer sus verdaderas necesidades. Mediante la contemplación justa uno puede meditar —contemplar— de modo que sin razonar puede llegar, mediante la intuición, a la conclusión de qué es lo conveniente para uno y lo que no es conveniente para uno.

Dejó de oírse la voz del maestro indio y pareció que él volvía de un salto al presente. Su mirada vagó sobre nosotros y se detuvo en mí.

—Tú —dijo, señalándome con el dedo estirado—. Tengo que hablar contigo; sal al corredor.

Me levanté lentamente y me dirigí a la puerta. El maestro indio me siguió y cerró la puerta a su espalda; luego la volvió a abrir, asomó la cabeza por la abertura y dijo:

—Vosotros, muchachos, guardad silencio, no hagáis el menor ruido, pues yo estaré aquí afuera.

Volvió a cerrar la puerta y se quedó con la espalda apoyada en ella.

—Muchacho —me dijo—, has ido a ver al Dalai Lama. ¿Qué te ha dicho?

—Honorable maestro —contesté—, se me ha ordenado

que no repita nada de lo que ha sucedido, que no diga una palabra de lo que ha sucedido.

Se volvió contra mí furioso y gritó:

—¡Soy tu maestro y te ordeno que me lo digas! ¿Me mencionaste a mí?

—No puedo decírselo, señor. Sólo puedo repetir que me han prohibido comentar lo que ha sucedido.

—Te acusaré de insolencia y de desobediencia y de que en general eres un discípulo muy poco satisfactorio.

Dicho eso, se inclinó hacia adelante y me golpeó con violencia en el lado izquierdo y en el lado derecho de la cabeza. Se volvió y entró en la clase, con el rostro enrojecido por la ira. Yo lo seguí y volví a ocupar mi lugar.

El maestro indio se dirigió a su atril y recogió sus papeles. Abrió la boca en el mismo instante en que entró un lama.

—Honorable señor —le dijo el lama al maestro indio—, tengo que pedirle que vaya a ver al señor Abad y me han ordenado que continúe esta conferencia. Si tiene la bondad de indicarme el punto a que ha llegado tendré el gusto de continuar.

De mal humor, el maestro indio hizo un breve resumen de lo que había expuesto y dijo que estaba a punto de referirse al Nirvana. Y añadió:

—Me causa mucho placer el dejar vuestra clase y espero que mi placer aumentará si no vuelvo a ella.

Dicho eso, metió todos sus papeles en su bolsa de cuero, la cerró con violencia y salió de la habitación dejando al lama un tanto asombrado por esa exhibición de mal humor. Nosotros sonreíamos porque sabíamos que las cosas irían mejor en adelante, pues aquel lama era todavía lo bastante joven para comprender los sentimientos de los muchachos.

—Amigos, ¿cuánto tiempo ha durado esta conferencia?

—preguntó— ¿Alguno de vosotros desea salir unos instantes?

Todos le sonreímos y le aseguramos que no deseábamos salir todavía. Él movió la cabeza satisfecho mientras se dirigía a la ventana y se quedó mirando afuera unos segundos.

CAPÍTULO VI

El lama que era nuestro nuevo maestro empujó a un lado el atril y se sentó en la posición del loto frente a nosotros, en la plataforma ligeramente elevada existente en todas las salas de conferencia tibetanas. Durante las comidas en nuestros comedores teníamos altos atriles para que un lector, sentado o de pie, nos leyese algo mientras comíamos, con el fin de que nuestras mentes se llenasen con pensamientos espirituales al mismo tiempo que nuestros estómagos se llenaban con tsampa. No se consideraba correcto comer y pensar en la comida. Era costumbre que las conferencias oficiales se diesen con el conferenciante en pie tras el atril, y como pudimos apreciar rápidamente, el hecho de que nuestro nuevo maestro se sentase frente a nosotros nos demostraba que era una clase diferente de hombre.

—Bueno —dijo—, os acaban de hablar de la atención justa y espero que os halléis en el estado de ánimo debido, porque la mente es la causa de la mayoría de las desgracias del hombre. Los deseos físicos pueden ser muy perturbadores, sobre todo en una comunidad monástica, sobre todo cuando los residentes son todos célibes. En consecuencia, es necesario dominar la mente, crear la atención justa, porque creando la atención justa podemos evitar la infelicidad que se produce cuando deseamos

todas las cosas que, según sabemos muy bien, no podemos conseguir.

"Sabéis que el Buda enseñó siempre que a los hombres los extravía con frecuencia lo que se podría llamar la impresión visual. Los hombres, los hombres comunes, tienden a idealizar a las mujeres —Miró a un muchacho bastante grande y sonrió mientras decía—. Yo sé que un joven caballero como tú, que a veces acompaña a un monje mayor al mercado, puede merecer a veces que se lo llame «Ojos Giratorios», pero el Buda enseñó que esas cosas no son buenas para el monje, porque el deseo es padre de la acción. El pensamiento le hace a uno hacer cosas que uno sabe que están mal.

Nos miró a cada uno de nosotros y sonrió mientras continuaba:

—Sin embargo, debemos tomar el Camino Medio y no ser demasiado buenos ni demasiado malos. Hay una anécdota de cierto viajero que iba por una carretera; algún tiempo antes había visto al pasar a una mujer joven y muy bella y estaba ansioso por conocerla. Por desgracia, tuvo que retirarse a un lado entre los matorrales con un propósito que no necesitamos mencionar y temía que en el intervalo la joven pasase adelante. Vio llegar a un viejo monte budista, y lo detuvo para preguntarle: "¿Quieres decirme, honorable maestro, si has visto a una joven muy bella que venía por este camino?". El viejo monje lo miró fijamente y contestó: "¿Una joven bella? No puedo decírselo. Me han educado en la atención justa y en consecuencia sólo puedo decirle que un conjunto de huesos pasó por mi lado hace algún tiempo, pero no sé si era un hombre o una mujer, pues no me interesaba".

El lama reía entre dientes mientras decía:

—Esto es la atención justa llevada más allá de los límites razonables, llevada en realidad al absurdo. Pero

sigamos tratando el tema, que ha sido muy mal entendido.

Siguió diciéndonos que el Camino Óctuple tenía un propósito, y ese propósito era que quienes siguen el Camino lleguen a un final muy deseado, lleguen al Nirvana. Nirvana significa en realidad la cesación del deseo, el final del resentimiento y la codicia. La terminación de la codicia y de los otros deseos del cuerpo permite que un hombre o una mujer alcance el estado de bienaventuranza.

El Nirvana es la liberación del cuerpo, la liberación de las concupiscencias y las glotonerías de la carne. De ningún modo implica la cesación de toda la experiencia, ni la cesación de todo conocimiento, ni la cesación de toda la vida. Es inexacto decir que el Nirvana significa existir en estado de la nada absoluta; es un error que cometen personas ignorantes que hablan de cosas que no comprenden.

El Nirvana es la liberación de la lujuria, liberación de los diversos deseos de la carne. El Nirvana no es la contemplación bienaventurada, sino, en cambio, el cumplimiento del conocimiento espiritual y la liberación de todos los deseos corporales. El estado de Nirvana es hallarse en un estado puro, puro en lo que concierne a la falta de deseos de cosas físicas. Pero inclusive cuando uno ha alcanzado el Nirvana, es decir, la liberación de los deseos carnales, uno sigue aprendiendo las cosas espirituales y avanzando en otros planos de la existencia.

Los budistas creen en el Eterno Retorno, creen que el hombre nace en la Tierra, vive en la Tierra, muere y luego vuelve a la Tierra en un cuerpo diferente, es decir que renace en la Tierra para que pueda asimilar las lecciones aprendidas durante una vida anterior.

El Nirvana no es un lugar que se puede señalar en un mapa. Es un estado mental, una disposición de la

mente. Es estar meditando; la meditación es una de las principales virtudes del buen budista, en tanto que aborrece la irreflexión.

Nirvana no significa la pérdida de la conciencia personal cuando cesa la vida en la Tierra, sino todo lo contrario. Hay también otro Nirvana al que en el lenguaje indio llaman Parinirvana.

—Un buen budista —dijo nuestro maestro lama— es una persona verdaderamente feliz, una persona que se preocupa por ayudar a los demás, una persona que piensa en los demás. El buen budista no respeta ni reconoce los títulos, o castas que existen en algunos países como la India, pues un hombre no llega a un estado de felicidad por la situación de sus padres. Un príncipe puede ser desdichado, en tanto que un mendigo puede ser feliz. El nacimiento no le capacita a uno para descubrir cómo puede vencer el sufrimiento; el estado de la bolsa de sus padres nada tiene que ver con ello. El único modo de conseguir la liberación de los deseos nocivos es seguir el práctico Camino Óctuple que lleva al conocimiento de sí mismo, y cuando uno posee el conocimiento de sí mismo puede alcanzar una felicidad perdurable.

El lama nos miró a cada uno de nosotros y añadió:

—Supongamos que pensáis que nosotros, los budistas, contamos con el mayor número de adherentes de todas las religiones del mundo, creéis que somos los más importantes. Pues bien, eso no es exacto, porque en la actualidad sólo la quinta parte de la población del mundo es budista. Hay budistas en Thailandia, Ceilán, Birmania, China, Japón, Corea y el Tibet, y cierto número en la India. Hay muchas diferentes formas de budismo y todas se derivan de la misma fuente, por lo que es evidente que no debe haber fricciones entre nosotros, pues descendemos del mismo padre. Cada uno

podemos pensar a nuestro modo. Más adelante, en nuestras conferencias, trataremos de los usos de la religión, pero por el momento quiero que recitéis los "Refugios".

LOS TRES REFUGIOS

Me refugio en el Buda.
Me refugio en la Doctrina.
Me refugio en la Orden.

El lama dijo:

—Vosotros, muchachos, debéis recitar esto por la mañana y antes de acostaros por la noche. Debéis grabarlo en vuestro subconsciente. Podéis llamarlo una simbolización del Gran Renunciamiento que el fundador del budismo hizo cuando abandonó el palacio de su familia y se puso la túnica de monje.

"Vosotros, muchachos, debéis renunciar a las tentaciones de la carne, debéis prepararos para ser jóvenes de buen carácter, de buena conducta, jóvenes de pensamiento puro, pues en los días que vivirá nuestro país, días de aflicción, días de perversidad dominante, días en que sucederán cosas terribles en nuestro amado país, será necesario que los jóvenes de buen carácter intervengan en lo que para nosotros es lo desconocido y mantengan viva nuestra cultura. Por consiguiente, vosotros, los de esta generación, debéis estudiar y purificaros, pues nosotros, los de la vieja generación, no podremos seguiros.

"En vuestros viajes encontraréis a muchos budistas del Zen. Os preguntaréis si sus austeridades son necesarias, pues para el budista del Zen todos los que enseñan y todo lo que enseña, —como los libros o escrituras— son sólo indicadores como un dedo estirado, y señalan el camino que uno debe tomar. Recordad a las personas que habéis visto, recordad a nuestros peregrinos que ca-

minan alrededor del Camino Circular; observad cómo cuando algún guía o pícaro les señala una cosa, como uno de nosotros en nuestras ventanas, los ojos del peregrino siguen invariablemente al dedo indicador más bien que al objeto indicado. Es un hecho que el ignorante mira siempre al dedo indicador más bien que en la dirección de lo que indica el dedo. Es un hecho que conocía la secta del budismo que llegó a ser conocida como el budismo Zen. Ellos creen que uno solamente puede conocer la verdad mediante la experiencia personal de la verdad. La verdad no puede ser conocida con sólo escuchar la palabra hablada o leer las páginas impresas. Uno sólo puede beneficiarse con la experiencia personal propiamente dicha.

"Uno está obligado a leer, a estudiar las Escrituras y a escuchar con atención las doctas conferencias de los sabios. Pero todas las palabras impresas y todas las palabras escritas sólo deben servir como aliciente para el trabajo de la mente de uno, de modo que cuando uno tiene una experiencia pueda relacionar esa experiencia con las Grandes Verdades expuestas por otros. —Sonrió y añadió— Todo esto significa que no se puede ir muy lejos siendo un mero teórico, que hay que ser un hombre práctico así como un estudioso de la palabra escrita. Se ha dicho que un grabado vale más que un millar de palabras, pero yo digo que la experiencia propia vale más que un millar de grabados.

Vaciló durante un instante y luego se volvió y miró por la ventana. Me latió el corazón porque pensé que tal vez vería a mi guía, el lama Mingyar Dondup, que regresaba de la lamasería del Seto de Rosas. Pero no, se volvió de nuevo hacia nosotros y añadió:

—Voy a deciros algo que indudablemente os chocará y os hará pensar que los budistas del Zen son salvajes incultos y además salvajes sacrílegos. Hace algún tiempo

había en el Japón un maestro muy famoso, un hombre venerado por sus elevados ideales, por sus profundos conocimientos y por su vida austera. Los estudiantes acudían de todo el mundo oriental para inclinarse a los pies de aquel maestro y estudiar bajo su dirección. Un día daba una conferencia muy especial en uno de los templos ceremoniales, un templo adornado con muchas estatuas de los Mil Budas, estatuas hábilmente talladas con maderas exóticas. El maestro acaparaba la atención de sus discípulos, pero de pronto se interrumpió en medio de su conferencia y sus discípulos contuvieron el aliento preguntándose qué iba a decirles, pues poseía, merecidamente, la reputación de ser muy excéntrico. Cuando el sabio se volvió hacia un lado, se apoderó del Buda de madera más cercano y lo arrojó al fuego, los discípulos se levantaron horrorizados. Durante un momento hubo murmullos, protestas, manos que se agitaban y pies que pateaban. Pero el sabio permanecía en calma dando la espalda al fuego, dando la espalda a la estatua ardiente del Buda. Cuando terminó la conmoción dijo que todos tienen estatuas en su mente, todos erigen monumentos, ídolos y cosas inútiles que ocupaban espacio en la mente así como los ídolos de madera inútiles ocupan espacio en el templo. Añadió que el único modo de progresar es quemar la confusión en la mente de uno, destruir lo que impide el progreso. El gran maestro se volvió y pasó un dedo por uno de los Budas más altos; se volvió otra vez hacia la clase y añadió: "Aquí hay polvo, polvo sobre un Buda, pero no es tan malo como el polvo sobre la mente. Destruyamos las imágenes talladas, destruyamos las ideas falsas que viven dentro de nosotros, pues a menos que limpiemos nuestra mente desaseada como se limpia un desván sucio, no podemos progresar y llegar a las partes más altas del Camino".

Nuestro maestro lama se echó a reír al ver nuestras expresiones de asombro y añadió:

—¡Oh, sois conservadores! Esperad hasta que vayáis a alguna de las otras lamaserías, esperad que andéis entre la gente. Descubriréis que algunos no tienen en cuenta las enseñanzas de la religión y que otros se lavan la boca antes de pronunciar el nombre del Buda, se la lavan para que esté limpia antes de pronunciar un nombre sagrado. Pero exageran tanto los que hacen de ello un fetiche como los que no tienen en cuenta la religión. La religión es una disciplina que solamente es útil si se utiliza el sentido común, la moderación y el Camino Medio; en ese caso la religión puede resolver todos los problemas.

No lo sé, pero supongo que refunfuñé o hice alguna señal que atrajo su atención, pues el maestro vaciló un momento y luego se acercó lentamente, se colocó frente a mí y miró hacia abajo.

—Lobsang —dijo—, pareces estar muy preocupado, pues has pasado hoy por una experiencia muy penosa, sumamente penosa. Pero a juzgar por tu expresión estoy seguro de que hay algo más que te preocupa, y estoy también seguro de que es algo más serio que el hecho de que tu guía no haya vuelto ni volverá hoy. Dime de qué se trata.

Yo deseaba que el suelo se abriera y me tragara hasta uno de los abismos volcánicos, porque tenía que confesarme a mí mismo que había estado pensando en cosas poco habituales. Para ser completamente sincero, estaba harto de la manera como tenía que vivir y pensé que quizás aquel era el momento de decirlo.

—Honorable maestro —contesté con algún azoramiento—, es cierto que estoy descontento. Mi mente está en conflicto, mis pensamientos alborotados, pues me veo obligado a seguir un curso de acción que no está de modo

alguno de acuerdo con mis deseos. Me sentí penosamente afligido cuando me hallaba en el Techo Dorado luchando con el viento, pensando que la muerte me esperaba, y me alegraba de ello porque pensaba que la muerte pondría fin a mis problemas.

El maestro lama me miró con simpatía. Se recogió la túnica y se sentó en el suelo a mi lado, cruzando las piernas y en la posición del loto.

—¡Lobsang! —dijo—. Tratemos este problema, y sugiero que lo tratemos en esta clase, porque no me cabe duda de que muchos de los jóvenes aquí presentes sienten las mismas preocupaciones en un momento u otro. Estoy en el Potala desde hace mucho tiempo y tal vez tus problemas de ahora pueden ser los problemas que ya tenía en otro tiempo.

—Honorable maestro —repliqué—, yo no pude elegir y me vi obligado a abandonar mi hogar rico. Me echaron de él mis padres, que eran en verdad personas muy poderosas, y me dijeron que me iban a preparar para el sacerdocio. Porque yo provenía de una familia encumbrada tuve que soportar más pruebas y tribulaciones que si hubiera provenido de una familia humilde. Tuve que aprender más y sufrir más. Mi pierna izquierda se quemó hasta el hueso, pero no por mi culpa. Las dos piernas se me quebraron cuando el viento me arrojó por la ladera de la montaña, pero aunque apenas puedo andar renqueando, aunque sufro un dolor constante, tengo que asistir a las clases. Ahora bien, honorable maestro, yo nunca he deseado ser monje, pero no he podido elegir lo que deseaba, me han obligado a hacerlo. La religión no me ofrece nada.

El lama me miró con una gran comprensión y dijo:

—Pero Lobsang, estos son los primeros días. La religión te ofrecerá mucho cuando comprendas el funcionamiento del Camino Medio y las reglas de esta vida y

de la vida en el más allá. Entonces te tranquilizarás y comprenderás mucho mejor lo que la vida es realmente. Pero en tu etapa actual, ¿qué deseas ser?

—Miré desde el Techo Dorado y vi al barquero en el Río Feliz, y pensé lo libre que es su vida, lo agradable que es remar de un lado a otro del río al que todos aman, y conocer personas interesantes, personas que vienen de la India, personas que van a China, personas que van más allá de las montañas para volver en algún momento con conocimientos y artefactos desconocidos. Pero yo... yo sólo soy un muchacho que tengo que permanecer aquí sometido a la disciplina, sin poder hacer nada de lo que deseo hacer, siempre teniendo que obedecer órdenes, siempre teniendo que aprender cosas que no me interesan, siempre oyendo que mi vida será dura, pero que me preparo para un propósito especial, que voy a realizar una tarea especial — Me interrumpí y me sequé la frente con la manga; luego pregunté — ¿Por qué tengo que sufrir siempre tales penalidades?

El maestro me puso una mano en el hombro y dijo:

—Toda la vida es como esta clase; algunos venís aquí de mala gana y otros con alegría, pero todos venís para aprender cosas, y cada uno de vosotros tiene que aprender a su manera, porque nadie, ningún maestro, puede forzar vuestro desarrollo, pues hacer eso significaría que tendríais un conocimiento imperfecto del tema. Tenéis que progresar a vuestro modo, rápida o lentamente de acuerdo con vuestras aptitudes, de acuerdo con vuestro deseo de conocimiento. Toda vida es como una clase; venís a esta vida como venís a esta clase. Pero cuando salgáis de esta clase dentro de unos minutos será como si muriérais para esta vida, como si muriérais para esta clase. Quizá mañana iréis a una clase diferente, que es algo muy parecido a renacer, a renacer en cuerpo distinto, en condiciones diferentes, con diferentes circuns-

tancias. No sabéis qué os va a enseñar el maestro, no sabéis por qué os va a enseñar el maestro, pero cuando dentro de unos años salgáis al gran mundo, más allá de nuestra cordillera de montañas, descubriréis que las cosas que habéis aprendido en esta clase y en otras clases os ayudan enormemente de modos que no podéis comprender ahora.

—Eso es lo que mi guía, el lama Mingyar Dondup, me dice siempre —repliqué—, pero todavía no sé cómo puedo resignarme a realizar algo que me hace desdichado.

El maestro miró alrededor para ver qué hacían los otros niños, pero todos estaban atentos e interesados, pues al parecer todos tenían problemas análogos a los míos. A todos nos habían puesto en la lamasería sin consultar nuestro deseo; en mi caso había ingresado cuando tenía siete años. Los muchachos que escuchaban en aquel momento, todos nosotros en realidad, éramos como personas que andan a tientas en la oscuridad total con la esperanza de que un rayo de luz las guíe.

Nuestro maestro continuó:

—Tú tienes que decidir el camino que has de seguir. Tú, Lobsang, puedes quedarte aquí y ser un monje, o puedes irte y ser un barquero, o un constructor de cometas, o un viajero por tierras situadas más allá de las montañas. Pero no puedes ser todas esas cosas al mismo tiempo. Tienes que decidir lo que vas a ser. Si vas a ser barquero, deja esta lamasería ahora mismo y no pienses más en ella, no pienses más en ser un monje, piensa sólo en ser un barquero. Pero si vas a ser un monje —y ese es en verdad tu destino— olvídate de ser un barquero, dedica todos tus pensamientos a ser un monje, dedica todos tus pensamientos a estudiar cómo puedes ser un buen monje. Y cuanto más pienses en ser un buen monje tanto más fácil te será llegar a serlo.

Uno de los otros muchachos intervino y dijo excitadamente:

—Pero, honorable maestro, yo también tuve que ingresar en la lamasería contra mis deseos. Deseaba ir a vivir en Nepal, porque creo que sería más feliz en Nepal.

Nuestro maestro lama parecía muy serio, parecía que consideraba aquello como un asunto de extrema importancia y no las fantasías vanas de muchachos que no sabían de qué hablaban. Contestó gravemente:

—¿Pero conoces bien a los nepaleses? ¿Has tenido una verdadera experiencia de ellos además de los muy pocos que has conocido? ¿Sabes algo de las personas inferiores de la población nepalesa? Si no es así, si no has estado con frecuencia en sus hogares, no puedes saber si te gustarían. Yo digo que si quieres quedarte aquí, en el Tibet, debes dedicar todos tus pensamientos al Tibet. Pero si deseas ir a Nepal, debes abandonar el Tibet ahora y no volver a pensar en el Tibet, pues si uno divide sus pensamientos divide sus fuerzas. Nosotros podemos tener una buena corriente de pensamiento o de fuerza, o podemos tener las gotas de lluvia diseminadas que cubren una amplia zona pero carecen de fuerza. Cada uno de vosotros debe decidir lo que desea hacer, lo que desea ser, y una vez que lo haya decidido debe concentrarse de todo corazón y con el pensamiento no dividido en la consecución de lo que desea ser, pues si tú decides ir a Nepal con la mitad de tu pensamiento y con la otra mitad decides quedarte en el Tibet, estarás en un estado de indecisión durante todo el tiempo, estarás constantemente preocupado y en ningún momento obtendrás la paz mental o la tranquilidad. Esa es una de las grandes fuerzas del mundo, una de las grandes Leyes que debéis recordar: Divide al enemigo y podrás vencerlo, mantente unido y podrás derrotar a un enemigo dividido. El

enemigo puede ser muy bien la indecisión, el temor y la incertidumbre.

Todos nos miramos unos a otros y pensamos lo bien que nos comprendía este maestro particular. Era mucho mejor contar con un hombre que era un hombre, un hombre con quien podíamos hablar y que hablaba con nosotros y no sólo a nosotros. Pensábamos en lo altanero que era nuestro maestro indio. Yo dije:

—Honorable maestro: tengo que hacerle una pregunta: ¿por qué algunos lamas son tan crueles y otros tan comprensivos y bondadosos?

El maestro sonrió un poco y contestó:

—Es un poco tarde, Lobsang, para que tratemos de asuntos tan importantes, pero yo os prometo que hablaremos de esas cosas y también de los usos y abusos de las religiones. Pero creo que hoy ya hemos trabajado bastante, por lo que cada uno de nosotros debemos ir a nuestras tareas.

Se levantó y todos los muchachos se levantaron también. El lama vio que yo lo hacía con dificultad, por lo que se inclinó, me rodeó con un brazo y me ayudó a levantarme tan fácil, tan tranquilamente como si estuviera acostumbrado a hacerlo todos los días de su vida.

—Idos ahora, muchachos —dijo—, pues si no podéis tropezar y caeros en la oscuridad de los corredores y no queremos tener más personas con lesiones temporarias en las piernas.

Todos los muchachos se alejaron corriendo, rebosantes de felicidad porque habíamos terminado más temprano que de costumbre. El maestro lama se volvió hacia mí antes de salir y dijo:

—Lobsang, tu guía volverá por la mañana; dudo de que lo puedas ver hasta la tarde, o hasta la noche, pues tiene que presentar un informe especial al Recóndito y a los miembros del Consejo Supremo. Pero ha enviado

un mensaje diciendo que piensa en ti, y el Recóndito le ha enviado a él otro diciendo lo complacido que está Su Santidad contigo. ¡Y, Lobsang, tu guía tiene algo para ti!

Dicho eso, me sonrió, me dio una palmadita en el hombro, se volvió y salió. Me quedé unos instantes preguntándome por qué el Recóndito estaba complacido conmigo cuando yo estaba tan andrajoso y estropeado, y cuando en opinión de los otros había causado tantas molestias; y también me preguntaba qué tendría para mí mi querido guía. No podía imaginarme qué sería porque en mi vida nunca me habían hecho un regalo. Me volví y salí renqueando de la sala en el momento en que entraba el viejo monje encargado de la limpieza. Me saludó de una manera amistosa y me preguntó muy bondadosamente por el estado de mis piernas. Le dije que mejoraba lentamente y él me comunicó:

—Hoy he estado limpiando los alojamiento de los lamas y les he oído decir que estás destinado para grandes cosas, que Su Santidad se siente muy complacido contigo.

Cambiamos unas pocas palabras más, ayudé al anciano a encender las lámparas y luego seguí bajando y bajando, recorrí de mala gana el corredor que llevaba a las cocinas y fui, en cambio, a uno de los templos menores. Deseaba estar solo, deseaba pensar, deseaba meditar sobre el pasado y contemplar el futuro.

En una lamasería tiene pocas ocasiones de estar solo un acólito —o más exactamente un *chela* [1], pues ese es el nombre que le dan los budistas—, y si nos abrumaban la aflicción o los problemas, el único lugar donde podíamos estar solos era uno de los templos secundarios, en los que, detrás de una de las figuras sagradas mayores nadie nos molestaba. Entré, pues, en un templo mal iluminado en el que las lámparas de manteca chispo-

[1] En la India, semiesclavo; discípulo o novicio. (*N. del T.*)

rroteaban porque alguien había puesto agua en la manteca y lanzaban un humo negro que dejaba marcas en las paredes.

Seguí adelante, más allá de los quemadores de incienso, me dirigí a mi estatua favorita y me senté a su sombra. Al sentarme oí un ronroneo y una negra cabeza amistosa me golpeó en la espalda y luego unas grandes patas peludas se abrieron paso hasta mi regazo y se entrelazaron mientras el gato seguía ronroneando cada vez con más fuerza.

Durante unos instantes jugué con el viejo gato, frotándole el lomo, tirándole del rabo y retorciéndole las orejas, y durante todo el tiempo él ronroneaba cada vez más sonoramente. De pronto, como una lámpara que se apaga, bajó la cabeza y se quedó dormido en mi regazo. Entrelacé las manos y pensé en todos los incidentes de mi vida, en todas las dificultades. Meditaba sobre el presente y pensaba lo fácil que era para la gente decir trivialidades acerca de la religión, lo fácil que era hablar de las reglas de la buena conducta. Pero no era tan fácil cuando uno era muchacho y había sido obligado a seguir una carrera o vocación sin la menor inclinación o deseo por esa carrera o vocación. Mientras meditaba debí quedarme dormido, en posición vertical, tal como nos quedábamos con frecuencia cuando dormíamos. El gato dormía, yo también dormía y el tiempo pasaba. Afuera las sombras se hacían cada vez más densas, el sol seguía su curso y desapareció. Pronto asomó por el borde de las montañas la cara de la luna de plata y en todas las casas de Lasa fluctuaban las pequeñas lámparas de manteca detrás de las ventanas. Y yo y el viejo gato dormíamos a la sombra de la Imagen Sagrada.

Capítulo VII

Un fuerte zumbido sordo penetró en mi mente dormida. En alguna parte cercana una gran fuerza de pensamiento se derramaba en el aire receptivo. Mis facultades telepáticas estaban excitadas. Levanté la cabeza vacilante y abrí cansadamente los párpados caídos. ¡Qué cansado estaba! Sentí un ligero movimiento en mi regazo y una boca cariñosa asió suavemente mi mano y la apretó con afecto. "¡Aurragh! ¡Mmmrrno!", dijo el viejo gato guardián. Me miró con una profunda comprensión. El débil parpadeo de una lámpara ponía un reflejo rojo en los ojos que eran de un color azul celeste a la luz del día. Suavemente, tan suavemente que no me di cuenta de ello hasta después de que se fue, el gato se deslizó de mi regazo y se perdió entre las sombras palpables.

¡Oh, qué duras estaban mis piernas! Los huesos apenas curados parecían rechinar, la cicatriz profunda y cerrada producía la impresión de que en cualquier momento se iba a desprender de la carne para dejar de nuevo una herida abierta y descarnada. Oleadas de dolor subían por mis miembros y clavaban garras dolorosas a lo largo de mi espina dorsal, amenazando con desgarrarme las costillas. Me quedé inmóvil, jadeando. Cuando disminuyó lentamente el espasmo miré con cautela a mi alrededor. Allí, en la densa sombra purpúrea de la gran imagen sagrada, podía ver sin que me vieran.

Las ventanas se bosquejaban como rectángulos oscuros en una pared de sombras danzantes. A través de los marcos sin vidrios podía ver el cielo nocturno como un negro palio del terciopelo más suave salpicado con brillantes joyas de luz. Puntitos de diamantes, rubíes y turquesas centelleaban y se arremolinaban arriba. Allí, en la atmósfera alta y diáfana del Tibet, se veían las estrellas en color, y no como blancas manchas de luz como en las partes más bajas del mundo. Allí no había ondulantes nubes de humo que manchasen la pureza del firmamento y oscureciesen la grandiosidad del cielo. Marte era rojo, como un rubí pálido; Venus era verde, en tanto que la manchita de Mercurio era una astilla de turquesa. Tenues impresiones digitales como de polvo de diamante finamente molido se extendían formando una franja hasta donde alcanzaba la vista. Esa noche no había luna que compitiera, ocultándola, con la débil luz de las estrellas.

En las paredes las sombras saltaban y adoptaban posturas, y ora eran de figuras gigantescas que se extendían hasta el techo, ora de enanos rechonchos que se arrastraban por el suelo. A un lado cerca de mí había una lámpara en mal estado. De su fondo magullado salía un "gluc-gluc" al escurrirse la manteca fundida, y luego se oía un chapoteo cuando el líquido congelado caía en el suelo. Contra una pared lejana, a un lado de una ventana un tanka revoloteaba casi como si fuera una mariposa que se esforzaba por llegar a las llamas ondulantes. Resonaba débilmente al apartarse de la pared, vibraba y volvía a caer como agotado, sólo para repetir una y otra vez el movimiento. Durante un momento sentí lo que casi era un ataque de vértigo; me había despertado súbitamente y, al mirar a mi alrededor, las sombras que se movían y retorcían y las diferentes cadencias de las voces en el otro lado de la imagen sagrada me aturdían.

Levanté la vista para mirar la parte trasera de la cabeza de la gran imagen tras la cual estaba agazapado. Durante un instante sentí pánico, pues la imagen se tambaleaba, se tambaleaba e iba a caer sobre mí y aplastarme. Los contornos ondulaban y me dispuse a arrojarme a un lado a pesar del impedimento de mis piernas lisiadas. Pero de pronto —y casi solté una carcajada— me di cuenta de que se trataba de una ilusión de vida causada por el movimiento de las sombras.

Para entonces el dolor había disminuído un poco. Me puse a gatas y poco a poco me arrastré alrededor de la imagen para atisbar en el interior del templo. Nunca había visto hasta entonces un servicio religioso en aquel templo, pues a los muchachos nos excluían de él severamente; para nosotros estaba destinado el templo principal o uno de los más comunes de los templos secundarios, pero aquel, excavado en la roca muy debajo de la construcción hecha por el hombre, no sabía cómo era y me preguntaba qué hacían allí. Cautelosamente, recogiéndome la túnica alrededor de la cintura para no tropezar, avancé y atisbé.

Pensé que aquello era interesante. Frente a mí, formando círculo, se hallaban nueve lamas, todos ellos con túnicas azafranadas, todos ellos con la cabeza vuelta hacia el centro del círculo, y en el centro, en una plataforma bellamente tallada, había Algo, Algo que no podía distinguir claramente. Parecía haber algo y, no obstante, parecía no haber nada allí. Yo temblaba y el cabello rasurado se me erizaba rígidamente en la cabeza como guardias cuando pasan revista, pues los helados dedos del temor se habían extendido y me tocaban, incitándome a huir. Me parecía que en aquella plataforma tallada se hallaba una criatura del mundo de las sombras, una criatura que no tenía existencia real en este nuestro

mundo y apenas existía en el otro mundo del que provenía. Yo miraba y miraba.

Parecía ser un globo de algo, o un globo de nada; parecía carecer casi de forma, y no obstante se agitaba una forma. Deseaba acercarme más y mirar sobre la cabeza de uno de los lamas sentados, pero eso habría hecho con seguridad que me descubrieran. En consecuencia, volví a sentarme y me froté los ojos con las manos para disipar el sueño, para ponerlos más alertas, para hacer que vieran mejor en aquella oscuridad. Satisfecho con que había hecho todo lo que podía con mis ojos, avancé otra vez a gatas y cambié de posición ligeramente para poder ver mejor entre los hombros de dos lamas.

Vi —lo que me sucedió de pronto— que aquello era un enorme cristal de roca, sin tacha, perfecto. Descansaba en su plataforma tallada y atraía la atención de los lamas sentados casi devotamente ante él. Lo miraban atentamente, pero no tan atentamente como para emplear en ello sus ojos físicos, sino que al parecer utilizaban el tercer ojo. "Bueno —pensaba yo—, también yo soy clarividente". En consecuencia, no seguí mirando con mis ojos, sino que dejé actuar a mis facultades clarividentes, y vi en el cristal colores, remolinos, espirales y una turbulencia humeante. Pasmado, aterrorizado, me pareció que yo caía desde una altura inmensa, que caía desde la cima del mundo en un abismo. Pero no, no era un abismo; era un mundo que se extendía delante de mí, un mundo en el que había diferentes colores y diferentes normas. Veía como desde una pequeña altura personas que iban de un lado a otro llenas de aflicción, llenas de tristeza, y algunas llenas de dolor. Eran almas perdidas, almas sin guía, almas que buscaban un método para liberarse de sus preocupaciones.

Mientras me hallaba extasiado, como en la superficie iluminada por el sol de un mundo distinto, seguía zum-

bando el canturreo de los lamas. Con frecuencia uno de ellos tendía una mano y tocaba una campanilla de plata, y frente a él otro hacía lo mismo con un tono diferente de campanilla. Y así seguían con sus cantos, y su música subía y bajaba de tono, no en notas *staccato* como en otras partes del mundo, sino en un deslizamiento de notas que se unían unas a las otras, mezclándose en acordes que repercutían en las paredes y formaban otros acordes.

El director del grupo de lamas batió palmas, el que estaba a su lado tocó una campanilla y el tercero del grupo elevó la voz en un canto ritualista que decía: "¡Oh, escucha las voces de nuestras almas!". Y así siguieron uno tras otro repitiendo las antiguas estrofas, primeramente uno por uno y luego al unísono, y la cadencia de sus voces subía y bajaba, subía y bajaba y me sacaba fuera del tiempo, fuera de mí mismo.

Luego vino toda la serie de plegarias de este grupo:

¡Oh!, escuchad las voces de nuestras almas
todos los que estáis de rodillas en el desierto, desamparados.
Escuchad las voces de nuestras almas
para que podamos proteger a los desamparados.
Así como la primera varilla de incienso es encendida y el humo asciende
dejad que vuestra alma y vuestra fe asciendan también
para que se os pueda proteger.

¡Oh!, escuchad las voces de nuestras almas
todos los que tembláis de temor en la oscuridad
para que podamos guiar a los viajeros sorprendidos por la noche

Así como la segunda varilla de incienso es encendida y
resplandece de vida
dejad que vuestra alma perciba la Luz brillante que os
puede guiar.

¡Oh!, escuchad las voces de nuestras almas
todos los que estáis varados en el Golfo de la Ignorancia.
Escuchad las voces de nuestras almas,
pues nuestra ayuda será como un puente para cruzar
el abismo,
para ayudaros a ir más adelante en el Camino.
Así como la cuarta varilla del incienso es encendida
y el humo asciende,
dejad que vuestra alma avance valientemente hacia la
Luz.

¡Oh!, escuchad las voces de nuestras almas
todos los que sentís el cansancio de la vida.
Escuchad las voces de nuestras almas
pues os traemos descanso para que vuestra alma descan-
sada avance de nuevo,
Así como la cuarta varilla del incienso es encendida
y el humo flota a la ventura
traemos el descanso para que, vivificados, os podáis
levantar renovados.

¡Oh!, escuchad las voces de nuestras almas
todos los que os burláis de las Palabras Santas.
Escuchad las voces de nuestras almas.
Os traemos la paz para que podáis tratar de las Verdades
Inmortales.

Así como la quinta varilla de incienso es encendida
para dar fragancia a la vida,
¡abrid vuestra mente para que podáis CONOCER!

El canto terminó. Un lama levantó su campanilla y la hizo sonar suavemente; los otros tomaron las suyas y las hicieron tintinear. Al principio todas sonaban separadamente, pero luego, de acuerdo con alguna norma preestablecida, todas comenzaron a sonar al mismo tiempo, formando un esquema tonal especial que repercutía en las paredes y variaba de tono e intensidad. Los lamas seguían murmurando su plegaria, repitiendo: "¡Oh!, escuchad las voces de nuestras almas" y tocando sus campanillas. El efecto era hipnótico y místico.

Yo seguía mirando a las personas que me rodeaban. ¿Me rodeaban realmente? ¿O estaba yo en otro mundo? ¿O estaba mirando un cristal? Tenía la fuerte impresión de que me hallaba en otro mundo, donde la hierba era más verde, el cielo era más azul y todo se destacaba formando un contraste fuerte y vivo. Había un césped verde bajo mis pies, gracias a Dios, y podía tocarlo con los dedos desnudos. Sentía que la humedad se filtraba por mi túnica donde mis rodillas estaban en contacto. También mis manos, al restregarlas suavemente, parecían sentir la hierba y quizás aquí y allá una o dos piedras. Miraba a mi alrededor con ávido interés. Había en primer término grandes cantos rodados de una piedra verdusca, rayados acá y allá con vetas blancas. Otros cantos rodados eran de diferentes colores; uno que me atraía particularmente era de un matiz rojizo, cruzado por hilos de un color blanco como la leche. Pero lo que más me impresionaba era la manera como todo se destacaba con una realidad completa, la manera como todo parecía más normal que lo normal, con colores más brillantes, con contornos más precisos.

Soplaba una suave brisa, la sentía en la mejilla izquierda. Eso era un tanto sorprendente porque traía consigo aromas extraños, olores exóticos. A alguna distancia vi algo que se parecía a una abeja. Volaba de un lado a otro zumbando y fue a posarse e introducirse en la corola de una florecilla que crecía entre la hierba. Todo esto lo veía sin darme cuenta conscientemente del transcurso del tiempo, pero de pronto me alarmé e inquieté, pues vi a todo un grupo de personas que venía en mi dirección. Me quedé mirándolas sin poder moverme; venían hacia mí y yo me hallaba más o menos en su camino. Mientras los miraba tenía la sensación de que algo estaba muy fuera de lugar. Algunas de esas personas eran ancianos que se apoyaban en bastones y renqueabn con los pies descalzos, envueltos en andrajos. Otros eran evidentemente hombres sanos, pero no con el aire general de bienestar que habitualmente trae consigo la riqueza, pues algo se advertía particularmente en esos hombres y mujeres: eran desdichados, estaban asustados y el menor movimiento los hacía saltar y enlazarse las manos sobre el pecho. Miraban nerviosamente a su alrededor y ninguno de ellos parecía darse cuenta de la presencia de su vecino; parecían tener la sensación de que se hallaban solos, abandonados y olvidados en algún mundo extraño.

Avanzaban, cada uno consciente únicamente de su propia existencia, a pesar de lo cual venían en grupo, sin que ninguno de ellos tocase al otro, sin que ninguno se diese cuenta de la presencia de los otros. Venían atraídos por las voces que yo también podía oír: "¡Oh!, escuchad las voces de nuestras almas todos los que andáis sin guía". El canto y el zumbido seguían y aquellas personas avanzaban también, y cuando llegaban a cierto lugar —yo no podía ver lo que sucedía realmente— cada rostro se iluminaba con una especie de alegría sobrenatural, cada persona se quedaba más erguida como si hu-

biera recibido una seguridad y se sintiera mejor en adelante. Siguieron avanzando y se me perdieron de vista. De pronto se oyó un fragor de campanillas en disonancia y yo sentí dentro de mí una sacudida violenta como si alguien me lanzara a lo alto y yo fuera una cometa en el extremo de una cuerda arrastrada por un ventarrón que trataba de levantarme más arriba.

Mientras miraba al extraño paisaje de afuera tenía la impresión de que caía la noche, pues el cielo se oscurecía y los colores se hacían menos perceptibles. Las cosas parecían encogerse. ¿Encogerse? ¿Cómo podían encogerse? Pero indudablemente se encogían, y no sólo se hacían más pequeñas, sino que una niebla como las nubes de arriba comenzaba a cubrir la faz del mundo y mientras mi mirada horrorizada contemplaba la escena que se achicaba cada vez más la niebla se convirtió en negras nubes tormentosas sacudidas por rayos.

El mundo se hacía cada vez menor y yo me elevaba y elevaba. Mirando hacia abajo lo podía ver girando bajo mis pies, pero luego comprendí que, por supuesto, no giraba bajo mis pies, pues yo estaba a gatas en el templo. ¿O dónde estaba? Me sentía confuso y deslumbrado, y luego, una vez más, sentía la sacudida fuerte y terrible, una sacudida que casi hizo que me saltaran los sesos de la cabeza.

Compleamente ofuscado por el momento, levanté la mano para frotarme los ojos. Y luego volví a mirar, y vi delante de mí el cristal, que volvía a ser un cristal y no ya un mundo, solamente un cristal opaco e inanimado sin un punto luminoso en su interior. Se hallaba sobre su base tallada como si fuera una piedra, o un ídolo, o cualquier otra cosa, pero no como el instrumento maravilloso de experiencias maravillosas. Un lama se levantó lentamente y tomó de la base un paño, que parecía de terciopelo negro. Reverentemente desplegó el paño

y cubrió con él el cristal y lo envolvió. Hizo tres reverencias en la dirección del cristal y se retiró para volver a ocupar su asiento. Mientras hacía eso su mirada asombrada recayó sobre mí. Durante unos segundos se produjo un silencio de pasmo y sobresalto; el tiempo mismo parecía haberse paralizado. Yo sólo oí que mi corazón hacía un sonoro "¡thump!" y luego nada más. Tenía la impresión de que la naturaleza entera, la totalidad del tiempo esperaban en un suspenso silencioso qué iba a suceder a continuación.

Se oyó un murmullo entre los lamas. El que estaba más cerca de mí se levantó y se inclinó sobre mí. Era el más alto de todos, pero para mis ojos aterrados parecía mayor que el Potala mismo. Se inclinó sobre mí y comenzó a hablar, pero otro lama me reconoció.

—Es el muchacho de Mingyar, Lobsang —dijo, algo aliviado—. Es nuestro muchacho más telepático. Tráigalo aquí.

El lama gigante puso sus manos bajo mis brazos y me levantó, pues el hecho de que yo fuera el "muchacho de Mingyar" le hizo saber que no podía caminar fácilmente y me ahorró esa dificultad. Me llevó al círculo de lamas, todos los cuales me miraban como si quisieran atisbar en mi alma, como si a través de mi alma fueran a ver otros reinos que llevaban al Super-yo.

Yo estaba muy asustado porque no sabía que había hecho algo particularmente malo. Había elegido aquel templo porque algunos de los otros se hallaban siempre llenos de niños a los que no interesaba seriamente la meditación. A mí sí. ¿Pero qué era aquello?

—Lobsang —me preguntó un lama diminuto y marchito—, ¿qué hacías aquí?

—Honorable maestro —le contesté—, desde hace mucho tiempo tengo la costumbre de venir a los templos secundarios para entregarme a la meditación particular, y me

siento detrás de una de las imágenes sagradas donde no puedo molestar a ninguna otra persona que esté meditando. No tenía el propósito de entrometerme en su servicio religioso —Parecía algo avergonzado—. Me quedé dormido y sólo me desperté cuando oí que comenzaba el servicio.

A la izquierda, la lámpara que goteaba había dejado de chapotear y de pronto produjo un breve siseo al apagarse la mecha flotante, privada de la manteca líquida. Durante unos instantes ardió un rescoldo rojizo y luego se sintió un olor acre y rancio. Fuera de nuestro círculo se oyó un ronroneo familiar. El amigo gato abrió solemnemente paso entre dos lamas, se me acercó con el rabo erecto y me dio un cabezazo amistoso. Yo tendí la mano temblorosa y le acaricié la piel. Se volvió hacia mí, me dio otro cabezazo, ronroneó y se alejó tranquilamente abriéndose camino entre otros dos lamas. Los lamas se miraron unos a otros y una débil sonrisa se dibujó en sus labios.

—Así que nuestro guardián te conoce bien, Lobsang —dijo uno de ellos—. Ha hablado en tu favor, te ha mostrado su devoción y nos ha declarado que has dicho la verdad.

Durante unos instantes hubo silencio. Uno de los lamas más jóvenes volvió la cabeza y vio al gato que se alejaba arrogantemente. Sonrió y volvió al grupo. El viejo lama marchito, que parecía ser el más anciano y se hallaba a cargo del servicio, me miró y luego dijo a sus compañeros:

—Sí, lo recuerdo; éste es el muchacho que debe recibir una instrucción especial. Esperábamos la vuelta de su guía antes de llamarlo aquí, pero puesto que se halla aquí, pongamos a prueba su experiencia y sus aptitudes para poder juzgarlo sin la influencia de su poderoso guía.

Hubo un murmullo de acuerdo y sugestiones en voz

baja que yo no pude entender porque me hallaba demasiado confuso. Aquéllos eran los lamas muy telepáticos, muy clarividentes, los que ayudaban a los otros, y yo estaba con ellos, temblando de temor, es cierto, pero con ellos. Uno se volvió hacia mí y me dijo:

—Lobsang, hemos oído hablar mucho de ti, de tus facultades innatas, de tus posibilidades y de tu porvenir. En realidad, somos nosotros quienes investigamos el Registro de Probabilidades para saber qué puede suceder en tu caso. Ahora bien, ¿estás dispuesto a someterte a una prueba para que podamos determinar el alcance de tus facultades? Queremos llevarte a dar un paseo por el mundo astral y por el que está debajo del astral, queremos llevarte como un espectro por nuestro Potala.

Le miré dudosamente. ¿Llevarme? ¿Creían que podía caminar? Podía recorrer los corredores renqueando, pero mis piernas todavía no estaban lo bastante curadas para que pudiera caminar con alguna confianza.

Vacilé, pensé en ello y retorcí el borde de mi túnica. Luego repliqué:

—Honorables maestros: estoy completamente en vuestro poder, pero debo decir que no puedo caminar mucho a causa de mis accidentes; sin embargo, como debe hacer un buen monje, me pongo a vuestra disposición, con la esperanza de que mi guía, el lama Mingyar, aprobará mi decisión.

Nadie rió, ni siquiera sonrió, de la que tenía que pareser una declaración muy pomposa, pues yo era joven e inexperto, y después de todo hacía lo que podía, ¿y quién puede hacer más que lo que puede?

—Lobsang, queremos que te quedes acostado, tenemos que llevarte acostado porque tus piernas no te permiten colocarte en la posición ortodoxa. En consecuencia, debes acostarte.

El viejo lama tomó cuidadosamente un cojín y lo co-

locó bajo mi cabeza; luego me puso las manos con los dedos entrelazados, de modo que quedaron entre el final del esternón y el ombligo. A continuación cambiaron el orden en que estaban colocados, movieron el cristal hacia un lado y lo colocaron reverentemente en un lugar que yo no había observado hasta entonces, en la base de una imagen sagrada. Se sentaron a mi alrededor de modo que mi cabeza quedaba exactamente en el centro del círculo. Un lama se separó del grupo y volvió con varillas de incienso y un pequeño brasero. Casi me deshonré al estornudar cuando una nube de humo cruzó por mi rostro e hizo que me picasen las ventanillas de la nariz.

De una manera extraña, los ojos se me ponían pesados y tenía la sensación de un cansancio creciente. Pero los lamas no me miraban, sino que lo hacían a un punto muy por encima de mí. Me obligué a abrir los ojos y pude ver bajo sus mentones, pude ver las ventanillas de sus narices, pero sus cabezas estaban tan inclinadas hacia atrás que no podía verles los ojos. No, no me miraban, sino que miraban... ¿adónde?

El incienso ardía produciendo un pequeño siseo que no había advertido hasta entonces. De pronto entrelacé las manos todavía más fuertemente, porque me pareció que el edificio entero oscilaba. Había oído hablar de terremotos y pensé que súbitamente sacudía al Potala un temblor de tierra. Sentí pánico, pero con gran esfuerzo conseguí reprimirlo, pensando que sería una deshonra para mi guía que me levantase y me escabullese fuera del templo mientras los lamas seguían tranquilamente en él.

La oscilación continuaba y durante un instante me sentí casi mareado. Tuve la sensación de que me elevaba y vi que una de las vigas del techo se hallaba a unos pocos centímetros de mis manos. Tendí una de ellas pa-

a resguardarme y aterrado vi que mi mano atravesaba la viga sin siquiera remover el polvo que tenía en la superficie.

Aterrado por esta experiencia, descendí rápidamente y fui a caer de pie junto a una imagen sagrada. Me apresuré a tender la mano para sostenerme, pues sabía que mis piernas no me soportarían. Pero otra vez mis manos atravesaron la imagen sagrada y mis piernas estaban firmes y fuertes y no sentía dolor ni molestias. Me volví rápidamente: el grupo de lamas seguía allí. ¡Pero, no! Faltaba uno. Advertí que se hallaba a mi lado y que su mano estaba a punto de tocarme el codo. Parecía brillante y mayor que los otros, y cuando miré la imagen sagrada descubrí que también yo era un poco más alto que mi estatura normal. Otra vez sentí dentro como un nudo de temor y el terror me revolvía el estómago. Pero el lama me tomó por el codo y me tranquilizó diciéndome:

—Todo está bien, Lobsang. Nada tienes que temer. Ven conmigo.

Me mostró el camino con su mano en mi codo derecho. Con cuidado pasamos entre los lamas que seguían sentador formando círculo. Yo miraba y miraba al centro del círculo, pero mi cuerpo no estaba allí, no había nada allí. Me palpé con cuidado y me encontré sólido. Subrepticiamente tendí la mano y toqué al lama que iba a mi lado, y era también sólido. Se dio cuenta de mi gesto y se echó a reir.

—¡Lobsang! ¡Lobsang! —exclamó— Ahora te hallas en un estado diferente con todo tu cuerpo. Sólo quienes poseen la mayor facultad oculta, la facultad innata, pueden hacer una cosa como ésta. Pero ven conmigo.

Nos dirigimos a un lado del templo y la pared se acercaba cada vez más. Me sorprendí de su puño y traté de desviarme mientras exclamaba:

—¡No! Nos haremos daño si no nos detenemos. ¡Esa pared es sólida!

El lama volvió a asirme y me ordenó:

—¡Adelante! Cuando tengas más experiencia descubrirás qué sencillo es esto.

Avanzó detrás de mí, con sus manos entre mis omoplatos. La pared se alzaba delante, una pared sólida de piedra gris. Me empujó y en verdad sentí la sensación más notable de mi vida cuando me introduje en la piedra de la pared. Me parecía que todo el cuerpo me hormigueaba, parecía que millones —billones— de burbujas se lanzaban contra mí, sin impedir que me moviera, sólo haciéndome cosquillas, sólo haciendo que mi cabello se erizara, sólo produciéndome una comezón agradable. Me parecía que me movía sin dificultad alguna y tenía la impresión de que atravesaba un vendaval de polvo, pero el polvo no me molestaba, no me cegaba los ojos y yo tendía las manos y trataba de coger parte del polvo. Pero pasaba a través de mí, o yo pasaba a través de él, no sé qué es lo exacto. El lama que me seguía sonreía entre dientes y me empujaba con un poco más de fuerza y yo pasé a través de la pared y salí al corredor situado más allá. Un anciano venía con una lámpara de manteca en cada mano y sujetando algo entre el codo izquierdo y el cuerpo. Traté de evitar el contacto con él, pero era demasiado tarde. Inmediatamente quise excusarme por mi torpeza, pero el anciano siguió adelante; había pasado a través de mí, o yo había pasado a través de él, y ninguno de los dos nos habíamos dado cuenta del contacto, ni teníamos la menor impresión de que habíamos pasado a través de otro ser humano.

Con el lama como guía, seguimos recorriendo el edificio, sin entrometernos en el aislamiento de quienes estaban solos en sus habitaciones, pero visitando en cambio los almacenes y —como un comentario o gesto cáustico por

parte del lama que me conocía tan bien— ¡fuimos a la cocina!

El viejo monje cocinero descansaba apoyado en un gran recipiente de cuero que contenía cebada. Se rascaba y se mondaba los dientes con un palito; de vez en cuando se volvía hacia un lado y escupía en un rincón y luego seguía rascándose y mondándose los dientes. Por fin vio que le observábamos, se dio vuelta y suspiró profundamente y dijo:

—¡Ay! ¡Ay! Es otra vez la hora de preparar la comida, supongo. ¡Oh, qué vida es ésta! Tsampa, tsampa y más tsampa, y hay que alimentar a todos estos hambrientos.

Seguimos adelante a través del edificio. Las piernas no me molestaban en absoluto; en realidad, para ser verídico, ni siquiera pensaba en ellas, pues no había motivo para que lo hiciera: no me causaban la menor molestia. Teníamos cuidado, mucho cuidado, de no invadir la soledad de otras personas. Avanzábamos por los corredores haciendo todo lo posible para no entrometernos en la vida de nadie. Llegamos, muy abajo, a las despensas. Afuera estaba mi viejo amigo el honorable Minino tendido de costado y sacudiéndose ligeramente. Los bigotes le temblaban y tenía las orejas caídas sobre la cabeza. Nos acercamos silenciosamente, según creíamos, pero de pronto se despertó plenamente alerta, se levantó de un salto con el pelo erizado y mostró los dientes. Pero luego sus ojos bizquearon al mirar el plano astral (como pueden hacer todos los gatos) y comenzó a ronronear al reconocerse. Traté de acariciarlo, pero, por supuesto, mi mano lo atravesó, experiencia muy notable, pues con frecuencia había acariciado al viejo y honorable Minino sin que mi mano lo hubiera atravesado. Parecía tan divertido como yo apenado, y me dio un cabezazo que esta vez me atravesó con gran sorpresa suya, y luego se olvidó del asunto, se tendió y volvió a dormirse.

Durante largo tiempo anduvimos a través de paredes sólidas, y elevándonos a través de los pisos, hasta que por fin el lama dijo:

—Bajemos, pues ya hemos caminado bastante en esta ocasión.

Me tomó del brazo y descendimos a través de un piso, apareciendo en el techo de abajo, y luego a través de otro piso, hasta que llegamos al corredor frente al cual se hallaba el templo. De nuevo nos acercamos a la pared, pero esta vez no vacilé, y la atravesé, gozando más bien con la extraña sensación de todas aquellas burbujas y de aquel hormigueo agradable. Dentro del templo se hallaban todavía los lamas formando círculo, y mi lama —el que me llevaba del brazo— me dijo que podía tenderme en la posición que ocupaba originalmente. Lo hice y en ese instante me quedé dormido.

CAPÍTULO VIII

En alguna parte tañía una campana. Apagado al principio por la distancia, su sonido fue aumentado en volumen rápidamente. ¡CLANG! ¡CLANG! repicaba. "Es extraño —pensaba— que toquen una campana. Y, ¡oh, Dios mío!, suena a compás con los latidos de mi corazón." Durante un momento amenazó con dominarme el pánico. ¿Había dormido demasiado y llegaría tarde al servicio del templo? Abrí los ojos con esfuerzo y traté de ver dónde estaba. ¡Qué extraño era aquello! No podía enfocar la vista. Lo único que podía discernir eran nueve horribles ampollas blancas fijas en lo alto de rayas de color azafrán. Mi cerebro crujía con el esfuerzo que hacía pensar. ¿Dónde estaba? ¿Qué había sucedido? ¿Me había caído de un techo o algo parecido? Con tristeza me di cuenta de que varios pesares y dolores volvían a surgir en mi conciencia.

¡Ah, sí! De pronto recordé todo y con el conocimiento vino la capacidad para enfocar la vista y ver lo que tenía delante. Me hallaba tendido de espaldas en el muy frío piso de piedra. Mi escudilla se había deslizado de algún modo de la parte delantera a la trasera de mi túnica y me sostenía entre los omóplatos. La bolsa de cebada —de cuero duro— había caído y casi me rompía las costillas del lado izquierdo. Me moví inquieto y me quedé miran-

do a los nueve lamas que me observaban. Ellos eran las horribles ampollas blancas fijas en las rayas de color azafrán. Esperaban que no se hubieran enterado de lo que había pensado.

—Sí, Lobsang, nosotros sabemos —dijo uno de ellos sonriendo—. Tus pensamientos telepáticos han sido muy claros al respecto. Pero levántate lentamente. Lo has hecho bien y has justificado plenamente las observaciones de tu guía.

Me incorporé con cautela mientras recibía un afectuoso cabezazo en la espalda y oía un ronroneo. El viejo gato dio la vuelta para enfrentarme y me tocó la mano para indicarme que deseaba que le acariciara. Lo hice perezosamente mientras recuperaba el uso de mis sentidos y me preguntaba qué sucedería a continuación.

—Bueno, Lobsang, éste ha sido un buen experimento de salida del cuerpo —dijo el lama que me había acompañado—. Debemos repetirlo con frecuencia para que puedas salir de tu cuerpo tan fácilmente como te quitas la túnica.

—Pero, honorable lama —repliqué con alguna confusión—, yo no abandoné mi cuerpo; lo llevé conmigo.

El lama-guía abrió la boca asombrado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó—. Viajaste en espíritu conmigo.

—Honorable lama —insistí—, miré especialmente y mi cuerpo no estaba en el suelo, por lo que tuve que llevarlo conmigo.

El viejo lama marchito, el menor de los nueve, sonrió y dijo:

—Estás cometiendo un error común, Lobsang, pues todavía te engañan los sentidos.

Le miré, pues, sinceramente, no sabía de qué hablaba; me parecía que era él quien había perdido el uso de sus sentidos; seguramente era yo quien debía saber si había

visto o no mi cuerpo, y si no lo había visto era porque no estaba allí. Supongo que se dieron cuenta por mi mirada escéptica de que yo no comprendía lo que decían, lo que querían dar a entender, pues uno de los otros lamas me hizo seña para que le prestase atención.

—Lobsang —dijo—, voy a darte mi versión de lo sucedido, y quiero que me escuches atentamente, pues lo que tengo que decir es elemental pero deja perpleja a mucha gente. Tú estabas tendido en el suelo, y como ésta era tu primera ocasión consciente en que hacías un viaje astral, te ayudamos, ayudamos a que tu forma astral saliese de tu forma física, y porque lo hicimos nosotros, que tenemos toda una vida de experiencia, no has sentido ninguna sacudida ni conmoción alguna. Por eso es evidente que no tenías idea de que te hallabas fuera del cuerpo.

Me quedé mirándole y pensando en el asunto. "Sí —pensaba—, eso es cierto, yo no tenía idea de que estaba fuera del cuerpo, nadie me había dicho que iba a salir del cuerpo; en consecuencia, si ellos no me habían dicho lo que me esperaba, ¿cómo podía tener la sensación de que me abandonaba el cuerpo?" Pero recordé que había mirado hacia abajo y no había visto mi cuerpo tendido en el suelo como lo habría visto seguramente si no hubiera seguido todavía en el cuerpo. Sacudí la cabeza como para desembarazarme de aquellas telarañas; tenía la sensación de que todo aquello era demasiado profundo para mí. Yo estaba fuera del cuerpo, pero mi cuerpo no estaba allí; y si no estaba allí, ¿dónde estaba y por qué no lo había visto en alguna otra parte? En aquel momento el viejo gato me dio otra cabezada y comenzó a agitarse, saltando a mi regazo y volviendo a bajarse, clavando las zarpas en mi túnica y ronroneando cada vez más con más fuerza, recordándome que debía darme

cuenta de su presencia. El lama que había hablado se echó a reír y observó:

—¡Mira! El viejo gato te está diciendo que te despejes los sesos para que puedas comprender.

Extendí los dedos y acaricié el lomo del gato. Aumentó el volumen de sus ronroneos y de pronto se tendió a todo lo largo en mi regazo. Era un gato grande y su cabeza sobresalía por un lado de mi regazo y sus patas sobresalían por el otro, y su rabo se estiraba rectamente por el suelo. Esos gatos crecían más que los gatos comunes y eran generalmente feroces, pero los de nuestro templo parecían reconocerme como hermano o algo parecido, porque ciertamente yo me mostraba amistoso con ellos como ellos se mostraban conmigo.

El lama que me estaba hablando dijo:

—Déjalo así; puede descansar en tu regazo mientras nosotros hablamos contigo. Quizá te dará un zarpazo de vez en cuando para recordarte que debes prestar atención. Pues bien: la gente ve lo que espera ver. Con frecuencia no ve lo que es más evidente. Por ejemplo —y me miró fijamente al decir eso—, ¿cuántos limpiadores había en el corredor cuando viniste? ¿Quién era el hombre que barría en el depósito de cebada? Y si el señor Abad te hubiera hecho llamar y pedido que le dijeras si habías visto a alguien en el corredor interior, ¿qué le habrías dicho? —Se interrumpió un momento para ver si yo hacía alguna observación, y como yo seguía mirándole, me temo que con la boca abierta, continuó— Le habrías dicho que no habías visto a nadie en el corredor interior, porque la persona que estaba allí era una persona que tiene derecho a estar allí, que está siempre allí y que es tan natural que se halle en ese corredor que ni siquiera advertirías su presencia. En consecuencia dirías que no habías visto a nadie en ese corredor.

Otro lama intervino, moviendo la cabeza juiciosamente mientras decía:

—Los celadores tienen con frecuencia dificultades cuando realizan una investigación; pueden preguntar si había desconocidos, o si alguien había estado en cierto edificio, e invariablemente el custodio del edificio les dirá que nadie había estado en él. Y, no obstante, puede haber habido un desfile de personas, haber pasado por allí celadores, quizás haber estado allí uno o dos lamas, y hasta haber llegado un mensajero de otra lamasería. Pero porque esas personas son tan comunes, es decir porque es tan habitual que se hallen en la vecindad, su paso es inadvertido y en cuanto a observarlos lo mismo da que fueran invisibles.

Uno que no había hablado hasta entonces movió la cabeza y dijo:

—Sí, así es. Y ahora te pregunto, Lobsang, cuántas veces has estado en este templo. Y no obstante, a juzgar por tu mirada reciente, nunca habías visto el pedestal en que hemos colocado el cristal. Ese pedestal está ahí desde hace doscientos años, no ha salido de este templo, y sin embargo lo has mirado como si lo vieras por primera vez. Estaba aquí antes, pero era común para ti y por tanto invisible.

El lama que me había acompañado en mi viaje astral por el Potala se sonrió y continuó:

—Tú, Lobsang, no tenías idea de lo que estaba sucediendo, no sabías que ibas a salir del cuerpo y en consecuencia no estabas preparado para ver tu cuerpo. Por tanto, cuando miraste, miraste a los lamas sentados en círculo, y tu atención evitó cuidadosamente tu propio cuerpo. Conseguimos lo mismo por medio del hipnotismo; podemos hipnotizar a una persona y hacerle creer que se halla completamente sola en una habitación, y entonces esa persona en estado hipnótico mirará a todas partes en la habitación menos a la persona que la comparte con ella, y la persona hipnotizada, al despertar, jurará

que estaba sola. Del mismo modo, tú evitaste cuidadosamente mirar a donde estaba tu cuerpo a plena vista. En cambio miraste alrededor del perímetro del círculo, miraste alrededor del templo eludiendo el lugar que, según creías, deseabas ver.

Eso me hizo pensar realmente; había oído ya algo parecido. En una ocasión había visto a un viejo monje que sufría un fuerte ataque de jaqueca. Según me explicó posteriormente, las cosas que miraba no estaban donde miraba, si miraba a una cosa que estaba delante de él sólo podía ver cosas que estaban en un lado, pero si miraba hacia ese lado veía las cosas que tenía delante. Me dijo que era como mirar a través de un par de tubos colocados sobre sus ojos, de modo que en realidad era como si llevara anteojeras.

Un lama —entonces no distinguía a unos de otros— dijo:

—Con frecuencia lo obvio puede ser invisible, porque cuanto más común es un objeto, cuanto más familiar es, tanto menos perceptible se hace. Toma como ejemplo al hombre que trae la cebada: lo ves todos los días y, sin embargo, no lo ves. Es una persona tan conocida que si te hubiera preguntado quién ha venido esta mañana me habrías contestado que nadie, porque no consideras al que trae la cebada como una persona, sino sólo como algo que hace siempre lo mismo en un momento determinado.

Me parecía muy raro que estuviera acostado en el suelo pero no pudiera ver mi propio cuerpo. Sin embargo, había oído hablar tanto acerca del hipnotismo y de los viajes astrales que estaba dispuesto a aceptar su explicación.

El viejo lama marchito me sonrió mientras me decía:

—Pronto tendremos que darte una instrucción más precisa para que puedas abandonar tu cuerpo fácilmente en cualquier momento. Como todos los demás, has estado

haciendo viajes astrales todas las noches e ido a lugares lejanos, y luego lo has olvidado. Pero nosotros queremos mostrarte cuán fácil te es salir de tu cuerpo en cualquier momento, hacer un viaje astral y luego volver a tu cuerpo reteniendo el pleno conocimiento de todo lo que has visto y todo lo que has hecho. Si puedes hacer eso, te es posible ir a las grandes ciudades del mundo y no quedarás aislado aquí, en el Tibet, sino que podrás adquirir el conocimiento de todas las culturas.

Pensé en eso. Me había preguntado con frecuencia cómo algunos de nuestros lamas principales parecían poseer la omnisciencia, parecían seres distintos, alejados de las pequeñeces de la vida cotidiana, capaces de decir lo que estaba sucediendo en cualquier momento en cualquiera parte de nuestro país. Recordaba que en una ocasión había ido con mi guía a visitar a un hombre muy anciano. No me presentaron a él y estuvimos conversando, o más bien mi guía y él estuvieron conversando y yo escucuchando respetuosamente. De pronto el anciano levantó la mano y dijo: "¡Me llaman!" Se apartó y pareció que salía luz de su cuerpo. Se quedó inmóvil, como un muerto, como una concha vacía. Mi guía guardó un silencio completo y me hizo seña para que yo también me quedara callado e inmóvil. Estábamos sentados juntos, con las manos entrelazadas en nuestro regazo, sin hablar ni movernos. Yo observaba con gran interés la que parecía una figura vacía. Durante diez o veinte minutos, pues era difícil calcular el tiempo en esas circunstancias, no sucedió nada. Luego el color y la animación volvieron al anciano. Por fin se movió y abrió los ojos y luego —nunca lo olvidaré— le dijo a mi guía exactamente lo que estaba sucediendo en Shigatse, situada muy lejos de nosotros. Se me ocurría que este era un sistema de comunicación mucho mejor que todos los artefactos no-

tables que, según había oído decir, existían en el mundo exterior.

Yo deseaba poder hacer viajes astrales a cualquier parte, deseaba poder cruzar las montañas, atravesar los mares y recorrer otros países. ¡Y aquellos hombres, aquellos nueve lamas me iban a enseñar a hacerlo!

El viejo gato bostezó, haciendo vibrar sus bigotes, y luego se levantó y estiró y estiró de tal modo que yo casi creí que se iba a partir por el medio. A continuación se alejó, abriéndose paso arrogantemente entre dos lamas, y desapareció en la oscuridad detrás de una de las imágenes sagradas. El viejo lama volvió a hablar y dijo:

—Bueno, ya es hora de que pongamos fin a esta sesión, pues no hemos venido aquí para enseñar a Lobsang en esta ocasión, y lo hemos hecho de una manera imprevista. Debemos dedicarnos a nuestras otras tareas y volveremos a ver a Lobsang cuando regrese su guía.

Otro de los lamas se volvió hacia mí y me dijo mirándome fijamente:

—Tendrás que aprender muy cuidadosamente, Lobsang. Tienes que hacer muchas cosas en la vida, padecerás privaciones y sufrimientos y viajarás mucho y con frecuencia. Pero al final realizarás tu tarea. Nosotros te daremos la preparación fundamental.

Se levantaron, recogieron el cristal, dejando el pedestal, y salieron del templo.

Yo me quedé reflexionando. ¿Una tarea? ¿Privaciones? Siempre me habían dicho que tenía por delante una vida muy dura, una tarea que realizar. Por qué insistían tanto en ello? De todos modos, ¿por qué tenía que realizar yo la tarea, por qué era yo siempre el que tenía que sufrir? Cuanto más oía hablar de ello menos me gustaba. Pero yo deseaba viajar por el mundo astral y ver todas las cosas de que había oído hablar. Me levanté cautelosamente, respingando y murmurando pala-

bras poco amables al sentir que volvían a dolerme las piernas. Me parecía que me clavaban alfileres y agujas, me escocían las magulladuras producidas al caerme algunas veces y me dolía entre los omoplatos la parte que se había apoyado en la escudilla. Pensando en eso metí la mano dentro de la túnica y puse mis pertenencias en sus lugares de costumbre. Luego, lanzando una mirada final a mi alrededor, salí del templo.

Al llegar a la puerta me apresuré a volver a donde estaban las lámparas vacilantes. Una por una fui apagándolas, pues ese era mi deber por ser el último en salir. Mientras me dirigía a tientas en la oscuridad hacia el débil resplandor proveniente de la puerta abierta me atacaba la nariz el hedor de las mechas que ardían humeando. En algún rincón se percibía el ascua roja y moribunda de una mecha que se chamuscaba.

Me quedé un momento en la puerta indeciso acerca del camino que seguiría. Luego, tomada mi decisión, me dirigí hacia la derecha. La brillante luz de las estrellas penetraba por las ventanas y daba a todo un aspecto azul plateado. Doblé una esquina en el corredor y me detuve de pronto pensando que sí, que por supuesto ellos tenían razón. Me di cuenta de que muchas veces había pasado junto a un viejo monje sentado en una pequeña celda, pero, aunque lo veía todos los días, nunca había reparado en él. Retrocedí unos diez metros y atisbé. Se hallaba en una pequeña celda de piedra en el lado del corredor opuesto a las ventanas. Estaba ciego y constantemente permanecía sentado en el suelo haciendo girar una Rueda de Oración, bastante grande, haciéndola girar, girar y girar. Siempre que alguien pasaba por allí se oía el eterno "clic, clic, clic" de la rueda de oración de viejo monje. Una hora tras otra, un día tras otro permanecía sentado allí, pues creía que su misión en la vida consistía en hacer girar aquella

rueda, y sólo vivía para eso. Los que pasábamos por allí con tanta frecuencia éramos inmunes al girar de la rueda, estábamos tan acostumbrados a ello que no veíamos al viejo monje ni oíamos el tictac de la rueda.

Me quedé en la oscura puerta meditando mientras la rueda seguía girando y el anciano murmuraba en voz baja: "¡Om! ¡Mani padmi hum! ¡Om! ¡Mani padmi hum!" Tenía la voz ronca y los dedos retorcidos y nudosos. Yo sólo podía verlo vagamente y él no se daba cuenta de mi presencia, concentrado en la tarea de hacer girar la rueda, como venía haciendo desde hacia muchos años, desde mucho antes de haber nacido yo. Me preguntaba cuánto tiempo más seguiría haciéndola girar. Pero me convencí de que las personas eran invisibles si se hacían tan familiares que uno no reparaba en ellas. Y también que los sonidos eran silenciosos si uno se acostumbraba a ellos.

Recordaba las ocasiones en que había estado completamente solo en una celda oscura y cómo, al cabo de un tiempo, oía el gorgoteo y el susurro de los sonidos del cuerpo, la sangre que corría por las venas y arterias, y los latidos constantes de mi corazón. Y más tarde podía oír también el aire que suspiraba a través de mis pulmones, y cuando me movía el ligero crujido de los músculos al colocar a los huesos en una posición diferente. Todos tenemos eso, todos somos artefactos sonoros, a pesar de lo cual, cuando hay otros sonidos que llaman nuestra atención, no oímos aquellos que nos rodean constantemente y que no se entrometen.

Me hallaba apoyado en una pierna y me rascaba la cabeza. Luego me dí cuenta de que la noche estaba muy avanzada y no tardarían en llamar al servicio religioso de medianoche en el templo. En consecuencia no vacilé más, puse los dos pies en el suelo, me envolví más estrechamente en la túnica y me dirigí por el corredor

al dormitorio. Tan pronto como me acosté me quedé dormido.

El sueño no me acompañó mucho tiempo; me retorcía y daba vueltas, rechinaba y gemía pensando en la vida tal como era en una lamasería. A mi alrededor los muchachos resollaban y rezongaban en su sueño y el sonido de sus ronquidos subía y bajaba en el aire nocturno. Un muchacho que sufría de adenosis gorgoteaba hasta que, desesperado, me levanté y lo puse de costado. Me tendí de espaldas, pensando y escuchando. De alguna parte llegaba el clic-clic monótono de una rueda de oración que algún monje hacía girar interminablemente para que sus plegarias pudieran salir volando. A lo lejos se oía el clop-clop apagado de alguien que subía a caballo por el sendero al que daba nuestra ventana. La noche se prolongaba. El tiempo se había inmovilizado. La vida era una eternidad de espera y espera, en la que nada se movía, y todo estaba en silencio con excepción de los ronquidos, el tictac de la rueda de oración y el ruido sordo de los cascos del caballo. Sin duda me había adormecido...

Me levanté cansado. El piso estaba duro y firme. El frío de la piedra se introducía en mis huesos. En alguna parte un muchacho murmuraba que necesitaba a su madre. Me puse en pie y me dirigí a la ventana, eludiendo cuidadosamente los cuerpos dormidos que me rodeaban. El frío era intenso y había una amenaza de nieve próxima. Sobre la gran cordillera del Himalaya la aurora enviaba zarcillos de luz, dedos de colores que buscaban nuestro valle, a la espera de iluminar un día más.

La espuma de polvo de nieve que ascendía siempre de las cumbres más altas estaba iluminada en aquel momento por una luz dorada que brillaba en su parte inferior, en tanto que de lo alto llegaban centelleando

arcos iris que oscilaban y florecían de acuerdo con los caprichos de los altos vientos. Recorrían el firmamento vívidos rayos de luz a medida que el sol asomaba a través de las pasos de las montañas y prometía la próxima llegada de otro día. Las estrellas desaparecían. El cielo no era ya una bóveda purpúrea; se iluminaba cada vez más y se ponía de un color azul pálido. Todas las montañas se doraban a medida que el cielo se ponía más brillante. Poco a poco la deslumbrante esfera del sol fue ascendiendo sobre los pasos de las montañas y derramó su luz llameante en nuestro valle.

El frío era intenso. Cristales de hielo caían del cielo y se quebraban en el techo con un tintineo musical. Había en el aire una acritud, una inclemencia que casi helaban el tuétano en los huesos. Yo pensaba que aquel era un clima muy peculiar, a veces demasiado frío para nevar, y no obstante, otras veces, al mediodía, incómodamente caluroso. Luego, en un abrir y cerrar de ojos, se levantaba un vendaval y hacía volar todo delante de él. En las montañas había siempre nieve, una densa capa de nieve, pero en las extensiones descubiertas los vientos barrían la nieve tan pronto como caía. Nuestro país era alto y con una atmósfera rarificada. El aire era tan ralo y claro que apenas protegía de los rayos ultravioletas (o generadores de calor) del sol. En nuestro verano un monje podía achicharrarse en sus ropas, y luego, cuando una nube oscurecía momentáneamente el sol, la temperatura descendía hasta muchos grados bajo cero, todo ello en pocos minutos.

Los huracanes nos hacían sufrir mucho. La gran barrera del Himalaya retenía a veces a las nubes que se formaban sobre la India, causando una inversión de la temperatura. Entonces ventarrones aullantes descendían por las laderas de las montañas y bramaban a lo largo de nuestro valle, llevándose todo por delante. Las per-

sonas que se hallaban fuera de sus casas durante las tormentas tenían que llevar antifaces de cuero para que no les arrancase la piel el polvo rocoso que el viento traía torrencialmente de las partes más altas. Los viajeros sorprendidos al aire libre en los pasos de las montañas corrían el peligro de ser arrastrados por el viento si no estaban alertas y actuaban rápidamente, y sus tiendas y otras pertenencias eran lanzadas al aire, desgarradas y destruidas, juguetes de aquel viento insensato.

En alguna parte de abajo, en la mañana pálida, un yac mugió tristemente. Como si hubiera sido una señal, las trompetas sonaron en el techo de muy arriba. Las caracolas vibraban y los ecos resonaban y se fundían en una mescolanza de sonidos parecida a los múltiples acordes de un órgano gigantesco. Me rodeaban todos los millares de sonidos de una gran comunidad que despertaba a un nuevo día, a otro día de vida: un canto proveniente del Templo, los relinchos de los caballos, los rezongos de los niños soñolientos que temblaban desnudos en el aire intensamente frío, y en un tono más bajo el tictac incesante de las ruedas de oración distribuídas por los edificios y a las que hacían girar eternamente monjes muy viejos que creían que esa era su única finalidad en la vida.

Todo el lugar se hallaba en movimiento. La actividad aumentaba de momento en momento. Cabezas rapadas se asomaban esperanzadas a las ventanas abiertas, con el deseo de que el día fuera más caluroso. Una burbuja oscura e informe cayó desde alguna parte de arriba y cruzó por mi línea de visión para ir a romperse con un fuerte crujido en las rocas de abajo. "La escudilla de alguien —pensé—. Ahora tendrá que quedarse sin el desayuno hasta que pueda conseguir otra." ¿El desayuno? Por supuesto. Iniciábamos otro día, un día en que yo necesitaría mantener mi vigor porque esperaba el

regreso de mi amado guía y antes de que pudiera verlo había clases matutinas, servicios religiosos y, lo primero de todo, ¡el desayuno!

La tsampa es una comida poco apetitosa, pero era lo único que yo conocía con excepción de algunas golosinas muy raras e infrecuentes provenientes de la India. En consecuencia avancé con dificultad por el corredor siguiendo la línea de muchachos y monjes que se dirigían a la sala donde comíamos.

En la entrada me demoré un poco, esperando a que algunos de los otros se acomodasen, pues las piernas me temblaban, mis pasos eran inseguros y el arremolinamiento de todos constituía un peligro para mi estabilidad. Por fin entré y ocupé mi lugar en las filas de hombres y muchachos sentados en el suelo. Todos se sentaban con las piernas cruzadas, menos yo, que tenía que recogerlas bajo el cuerpo. Formábamos varias filas, pues éramos unos doscientos cincuenta Así sentados, los monjes sirvientes pasaban a lo largo de las filas y nos servían nuestra porción equitativa de tsampa. Los monjes se colocaban a los lados de cada fila y luego, a una señal dada, todos ellos pasaban entre nuestras filas con nuestra comida. Pero nadie podía comer hasta que el maestro sirviente daba la señal. Por fin cada monje y cada muchacho tenía su escudilla llena de tsampa; los sirvientes se quedaban a los lados.

Un viejo lama se dirigía al atril, un atril colocado muy por encima de nosotros para que pudiera mirarnos. Se apostaba allí y levantaba la primera hoja de su libro, pues recuerdo que las páginas de nuestros libros eran largas y no estaban cosidas como en el Occidente. El lama levantaba la primera hoja y hacía seña de que se disponía a comenzar. Inmediatamente el maestro sirviente levantaba la mano y la bajaba como señal para que comenzáramos a comer. Mientras lo hacíamos el

lector leía los Libros Sagrados y su voz zumbaba y zumbaba y resonaba en toda la sala como un eco, lo que hacía que no se pudiera entender gran parte de lo que decía.

Alrededor del comedor los siempre presentes celadores se paseaban en silencio, sin hacer más ruido que el ocasional susurro de sus túnicas.

En las lamaserías de todo el Tibet era una costumbre establecida que el lector nos leyese mientras comíamos, pues se consideraba inconveniente que una persona pensase en la comida mientras comía; la comida era una cosa grosera, sólo necesaria para mantener el cuerpo, de modo que durante breve tiempo pudiese ser habitado por un alma inmortal. Por tanto, aunque era necesario comer, se suponía que nosotros no nos complacíamos con ello. El lector nos leía siempre pasajes de los Libros Sagrados, para que mientras nuestros cuerpos se alimentaban para el cuerpo, nuestro espíritu se alimentase para el alma.

Los lamas más ancianos comían siempre solos, la mayoría de las veces meditando acerca de algún texto sagrado o contemplando algún objeto o libro sagrado. Era una grave falta hablar mientras se comía, y si a algún desdichado lo sorprendían conversando lo sacaban los celadores y lo hacían tenderse a través de la puerta, de modo que cuando todos los demás salían tenían que pasar sobre el acostado, lo que avergonzaba mucho a la víctima.

Los muchachos éramos los primeros que terminábamos de comer, pero teníamos que mantenernos quietos hasta que terminaban todos los demás. Con frecuencia el lector seguía leyendo olvidándose por completo de que todos le esperábamos. Muchas veces llegábamos tarde a las clases porque el lector, absorto en su tema, se olvidaba de la hora y del lugar.

Por fin el lector terminaba su página, levantaba la vista con algún sobresalto de sorpresa y volvía a medias la siguiente página. Pero en cambio ponía la cubierta al libro y ataba las cintas; levantaba el libro y lo entregaba a un monje sirviente que lo tomaba, hacía una reverencia y lo llevaba a guardarlo en un lugar seguro. Entonces el maestro sirviente daba la señal para que nos fuéramos. Íbamos a un lado de la sala donde había sacos de cuero llenos con arena fina, y con un puñado de arena limpiábamos nuestras escudillas, el único utensilio de que disponíamos porque, por supuesto, utilizábamos los dedos —¡el utensilio más antiguo de todos!— y no necesitábamos cuchillos ni tenedores.

—¡Lobsang! ¡Lobsang! Ve a ver al encargado del papel y consígueme tres hojas que estén inutilizadas por un lado —me ordenó un lama joven que se detuvo delante de mí.

Refunfuñé en voz baja y me alejé renqueando por el corredor. Aquella era una de los tareas que aborrecía, porque para cumplirla tenía que salir del Potala e ir hasta la aldea de Shö, donde encontraría al maestro impresor y conseguiría el papel deseado.

El papel es muy raro y muy costoso en el Tibet. Y, por supuesto, está hecho completamente a mano. Al papel se lo considera como un objeto religioso secundario, porque casi siempre se lo utiliza para los conocimientos sagrados y las palabras sagradas, por lo que no se lo maltrata ni se arroja. Si al imprimir un libro sale mal la impresión, no se echa a la basura el papel, sino que se utiliza el lado no estropeado para enseñarnos a los muchachos. Había siempre gran cantidad de papel estropeado, porque imprimíamos con bloques de madera tallados a mano, y, por supuesto, había que tallar al bloque al revés para que la impresión saliese al derecho. Por consiguiente, al probar los bloques que-

daban inevitablemente muchas hojas de papel estropeadas.

Salí del Potala descendiendo por la entrada trasera más baja, donde el camino era muy empinado pero mucho más corto y no había escalones que me cansaran las piernas. Allí, junto a la entrada trasera más baja, los muchachos solíamos deslizarnos de matorral en matorral, y si perdíamos pie patinábamos entre una nube de polvo y nos hacíamos un gran agujero en la parte trasera de la túnica, lo que luego era difícil de explicar.

Descendí por el estrecho sendero entre los arbustos. En un pequeño claro me detuve para atisbar en dirección a Lasa, con la esperanza de ver que una túnica azafranada muy especial se acercaba por el Puente de Turquesa o probablemente —¡qué alegría me causaba pensar en ello!— avanzaba ya por el Camino Circular. Pero no, sólo se veían los peregrinos, los monjes extraviados y uno o dos lamas corrientes. Por consiguiente, con un suspiro y un rezongo de disgusto, seguí deslizándome sendero abajo.

Por fin llegué a la Sala de Justicia y, dando la vuelta por detrás del edificio, a la imprenta. Dentro se hallaba un monje muy viejo que parecía completamente manchado con tinta y tenía los pulgares y los índices espatulados a fuerza de manejar papel e imprimir bloques.

Examiné todo con curiosidad, pues el olor del papel y la tinta me fascinaba siempre. Contemplé algunas de las tablillas de madera con tallas intrincadas que iban a ser utilizadas para imprimir nuevos libros y pensaba en cuándo llegaría el momento en que podría dedicarme a la talla, por la que sentía afición, pues a los monjes nos daban siempre oportunidades para que mostrásemos nuestras aptitudes en beneficio de la comunidad.

—Bien, muchacho, bien, ¿qué deseas? Pronto, ¿de qué se trata?

El viejo monje impresor me miraba severamente, pero yo lo conocía desde hacía mucho tiempo y sabía que perro ladrador es poco mordedor. En realidad era un excelente anciano que temía que los muchachos le estropeasen las preciosas hojas de papel. Me apresuré a decirle que deseaba tres hojas de papel. Como respuesta rezongó y se puso a examinar muchas hojas sin decidirse a desprenderse de ninguna. Examinaba cada una, vacilaba y al final renunciaba a entregarla. Al cabo de un tiempo me cansé, tomé tres hojas y dije:

—Gracias, honorable impresor, llevaré estas tres hojas; servirán.

Él giró sobre los talones y me miró con la boca abierta de par en par, como la imagen de la estupefacción. Para entonces yo había llegado a la puerta con las tres hojas, y cuando él salió de su pasmo y pudo decir algo yo estaba ya fuera del alcance del oído.

Enrollé cuidadosamente las tres hojas de modo que la superficie estropeada quedaba al exterior. Luego las guardé en la parte delantera de la túnica y volví a subir por el sendero casi arrastrándome entre los matorrales.

En el claro me detuve otra vez, oficialmente para recuperar el aliento, pero en realidad me senté en una roca y durante un rato me quedé mirando en dirección a Sera, el Seto de las Rosas. Pero sólo ví el tránsito ordinario, nada más. Probablemente había unos pocos mercaderes más que de costumbre, pero no estaba la persona que yo deseaba ver.

Por fin me levanté y seguí mi camino hacia arriba, entré por la puerta pequeña y busqué al joven lama que me había enviado

Estaba solo en una celda y ví que escribía. Le entregué en silencio las tres hojas y él dijo:

—¡Oh, cuánto tiempo has tardado! ¿Has estado fabricando el papel?

Tomó las hojas sin añadir una palabra y sin darme las gracias. Me dí vuelta y lo dejé para dirigirme a las clases, pensando que debía emplear el día de algún modo hasta que regresara mi guía.

Capítulo IX

Me hallaba en el techo del almacén, muy por encima del terreno circundante. Delante de mí se extendía todo el valle de Lasa, verde y bello, con sus casas de colores y el azul del Puente de Turquesa. Más lejos, el techo dorado de la catedral de Lasa centelleaba fuertemente y se alzaba como se había alzado durante siglos, desafiando a las tormentas. Detrás de mí, aunque en esta ocasión no volví la cabeza, corría el Río Feliz, y más allá se alzaba la imponente cordillera con los pasos que llevaban cada vez a mayor altura y luego descendían por grandes gargantas, grandes desfiladeros, hasta que uno podía volver la cabeza y ver el extremo de Lasa. Luego, irguiéndome y mirando en dirección de la India, podía ver parte del Nepal, parte de Sikkim y parte de la India. Pero ese era un espectáculo común para mí, lo conocía bien. En aquel momento toda mi atención se concentraba en la ciudad de Lasa.

Debajo de mí, a la derecha, o más bien casi directamente debajo de mí, se hallaba la Puerta Occidental, la entrada a la ciudad, abarrotada como siempre con mendigos que pedían limosna, peregrinos que esperaban la bendición del Dios, y mercaderes. Yo estaba allí, protegiéndome los ojos de la fuerte luz para poder ver más claramente y el vientc me traía las voces:

—¡Una limosna! ¡Una limosna por amor de Dios! ¡Una limosna para que en tu hora de aflicción puedas recibir también ayuda!

Y desde otra dirección:

—¡Oh, esta es una verdadera ganga! ¡Diez rupias solamente, diez rupias indias y te llevarás este artículo precioso! No volverás a ver nada parecido porque los tiempos cambian. Pero como has sido un buen cliente te lo dejaré por nueve rupias. ¡Dame las nueve rupias y te lo entregaré y nos separaremos como buenos amigos!

Por el Camino Circular de abajo avanzaban los peregrinos, algunos tendiéndose en la tierra, levantándose y volviendo a tenderse, como si esa forma peculiar de locomoción les ayudase a salvarse. Pero otros caminaban erguidos, contemplando las tallas de las rocas, las tallas de las rocas de diversos colores que constituían una de las características más bellas de aquella montaña. Cuando llegaban a la vista les oía murmurar: "En el techo hay alguien que nos está mirando. ¿Será un lama?" Eso casi me hizo reír. Yo, un muchacho apostado arriba con la túnica andrajosa azotada por el viento, ¿un lama? No, todavía no, pero lo sería andando el tiempo.

Los peregrinos murmuraban su eterno "¡Om mani padme! ¡Hum!". Los mercaderes trataban de venderles amuletos, ruedas de oración y horóscopos. La mayoría de los horóscopos, talismanes y amuletos habían sido hechos en la India e importados, pero los peregrinos no lo sabían, ni sabían que ninguna de esas cosas había sido bendecida de la manera prometida. ¿Pero eso no sucede en todos los países, en todas las religiones? ¿Los mercaderes no son iguales en todas partes?

Yo miraba desde mi alta alcándara, miraba en dirección de Lasa, tratando de penetrar la ligera niebla que formaban las fogatas con excremento de yac encendidas para calentar las casas, pues se aproximaba una hela-

da. El tiempo empeoraba visiblemente. Yo miraba las nubes cargadas de nieve que corrían arriba y temblaba. A veces hacía mucho calor, que llegaba a los 40 grados Fahrenheit, a esa hora del día, pero luego, por la noche, la temperatura descendía hasta muy por debajo del cero. Pero en aquel momento particular ni siquiera el estado del tiempo me interesaba mucho.

Procuraba ponerme más cómodo apoyando los codos en la pared que tenía delante y miraba y miraba hasta que comenzaron a dolerme los ojos y hasta que me imaginaba que veía lo que deseaba. En una ocasión me erguí muy excitado, pues apareció a la vista un lama con una centelleante túnica azafranada. Me erguí tan excitado que mis débiles piernas me traicionaron y me caí de espaldas, perdí el aliento y me quedé jadeando durante unos segundos antes de poder levantarse y seguir atisbando en dirección de Lasa. Pero no, el que llevaba la túnica azafranada no era el lama que yo esperaba. Lo ví avanzar con sus acompañantes, lo ví entrar en el camino circular y ví que los peregrinos le abrían paso y se inclinaban en su dirección cuando pasaba. Luego, al cabo de una media hora más o menos, subió por el sendero delante de mí, me vio e hizo con las manos movimientos que, según interpreté correctamente, significaban que mi guía llegaría poco tiempo después.

Eso era una bondad por su parte, una bondad que aprecié mucho porque los lamas superiores no tenían la costumbre de prestar atención a los muchachos, pero, como ya tenía buenos motivos para saberlo, había lamas y lamas, algunos muy reservados, completamente austeros, apartados de las emociones de la vida, en tanto que otros eran joviales, siempre dispuestos a ayudar a los demás cualquiera que fuera su categoría, su edad, o su situación en la vida, ¿y quién podía decir

cuál era el mejor, el austero o el compasivo? Yo prefería al compasivo que podía comprender las aflicciones y los sufrimientos de los niños.

Por una ventana más alta, una ventana a la que yo no podía llegar porque no era más que un acólito, se asomó una cabeza y miró hacia abajo. La cabeza tenía bigote. Me incliné reverentemente y cuando volví a mirar la cabeza había desaparecido. Durante unos instantes me quedé sumido en la contemplación, con la esperanza de no haber causado ningún engorro por haber subido a aquel techo. Por lo que yo sabía no estaba violando regla alguna, pues trataba desesperadamente de comportarme bien y no hacer nada que pudiera demorar el momento de ver a mi guía cuando regresase.

En el Chakpori un poco más alto veía a unos monjes ocupados en su tarea: parecían ir en procesión alrededor de las paredes y pensé que sin duda daban las gracias porque otra provisión de hierbas había llegado de las tierras altas donde crecían. Yo sabía que un grupo de monjes había vuelto recientemente de la recolección anual de hierbas en las montañas y esperaba que antes que pasase mucho tiempo yo formaría parte de esos grupos.

A lo lejos ascendía una columna de humo. Yo podía ver a un grupito de hombres arremolinados alrededor y que probablemente preparaban el té para poder hacer tsampa. Era evidente que se trataba de mercaderes, pues no se veía una túnica de color entre ellos, sino sólo los colores parduscos de los mercaderes y todos llevaban gorros de piel.

El viento frío arreciaba una vez más. Abajo los mercaderes recogían sus mercaderías y corrían en busca de un refugio. Los peregrinos se agazapaban al socaire de la montaña y los mendigos mostraban una sorprendente agilidad; en efecto, algunos inclusive olvidaban sus su-

puestas enfermedades y se apresuraban a alejarse de la tormenta de arena, o más bien de polvo, que se aproximaba.

El valle de Lasa era barrido habitualmente por los ventarrones que descendían de las montañas y se llevaban todo por delante. Sólo las piedras más grandes quedaban en su lugar. El polvo, el cascajo y la arena eran barridos por el viento. Pero cada vez que soplaba con fuerza caía sobre nosotros más arena y polvo, la arena de los grandes cantos rodados que caían por las laderas de las montañas, chocaban con alguna otra roca y se despedazaban, formando una piedra pulverizada que, transportada por el viento, se derramaba sobre nosotros.

El viento que se había levantado tan bruscamente me presionaba fuertemente la espalda y aplastaba mi túnica contra la pared de piedra que tenía delante, y era tanta su fuerza que no podía moverme. Me asía firmemente a la pared, tratando de encontrar salientes en que apoyar los dedos, procurando agacharme para formar un bulto en el techo y ofrecer al viento el menor volumen posible para levantarme. Penosamente doblé las rodillas y con gran cautela me encogí y formé con mi cuerpo una bola, con la cara y la cabeza protegidas del viento cargado de piedras.

Durante varios minutos el viento aulló y chilló y pareció amenazar con hacer volar la montaña misma. Rugía con más estruendo que el sonido de nuestras trompetas, pero luego, instantáneamente, de una manera extraña, se hizo un silencio completo, una calma profunda. En el silencio oí una risa súbita, la risa de una muchacha proveniente de alguna parte de los matorrales de abajo.

—¡Oh! —dijo—, no aquí, en este lugar sagrado, pues eso es sacrilegio.

Luego oí una risa reprimida y un joven y una mu-

chacha aparecieron a la vista, tomados de la mano, mientras se dirigían hacia la Puerta Occidental. Los observé durante unos instantes y luego se perdieron de vista y de mi vida.

Seguí mirando y mirando sobre las copas de los árboles en dirección de Lasa. Pero la tormenta nos había dejado y se hallaba ahora en Lasa. Lo único que veía era una gran nube parecida a un manto gris que interceptaba la vista. La nube era informe, pero se movía rápidamente y producía la impresión de dos dioses cada uno de los cuales sostenía un extremo del gran manto gris y corrían con él. Mientras miraba, un número creciente de edificios se fue haciendo visible y luego hasta el convento de monjas en el otro lado de Lasa, y la nube fue retrocediendo rápidamente por el valle y empequeñeciéndose mientras se agotaban las fuerzas del viento y caían las partículas más pesadas de polvo y cascajo.

Pero yo miraba en dirección de Lasa y no a una vulgar nube de polvo que podía ver en cualquier momento. Me froté los ojos y volví a mirar. Trataba de obligarme a ver más de lo que había realmente, pero por fin vi un grupito de hombres que acababan de aparecer más allá de unos edificios. Algunos de ellos llevaban túnicas azafranadas. Se hallaban demasiado lejos para que pudiera reconocerlos, ¡pero sabía, sabía!

Los miraba sojuzgado y el corazón me latía más rápidamente que de costumbre. El grupito de hombres cabalgaba sosegadamente, sin apresurarse y en orden. Poco a poco se fueron acercando a la entrada del Puente de Turquesa y luego los ocultó de mi vista la bella construcción cerrada hasta que reaparecieron en el otro extremo.

Yo miraba y miraba, tratando de imaginarme quiénes eran. Poco a poco, con una penosa lentitud, se fueron

acercando. El corazón me saltó en el pecho cuando por fin reconocí al de la túnica azafranada que me interesaba. Quería bailar de alegría en el techo, pero mis piernas no me lo permitían, por lo que volví a abrazarme a la pared en un intento inútil de dominar el temblor de mis miembros, que en esta ocasión temblaban de excitación más que de debilidad.

La pequeña cabalgata se fue acercando, hasta que por fin me la ocultaron los edificios más grandes de la aldea de Shö. Oía el matraqueo de los cascos de los caballos, el crujido de los arreos y el chirrido ocasional de algún saco de cuero apretado entre el jinete y el caballo.

Me puse de puntillas y me esforcé por hacerme más alto para ver mejor. Mirando por encima del borde solamente podía ver las cabezas que avanzaban por el camino empinado hacia la entrada principal. Uno de los que vestían túnica azafranada lanzó una breve mirada hacia arriba, sonrió y saludó con la mano. Yo estaba demasiado impresionado para responder al saludo. Seguí mirando y temblando de alivio al pensar que muy pronto él estaría otra vez conmigo.

Dijo una palabra a otro lama y él también miró hacia arriba y sonrió. Esta vez pude dar a mis facciones la forma de una sonrisa temblorosa como respuesta, pues me dominaba la emoción, sentía que crecía en mi interior y temía desesperadamente que me desmayara y demostrara que no era un hombre.

La pequeña cabalgata seguía subiendo hacia la entrada principal del Potala, como correspondía a personas tan importantes. Pero, como yo sabía muy bien, habría una pequeña demora, porque mi guía tendría primeramente que ir a ver al Recóndito para presentar su informe y luego iría a sus habitaciones en la parte más alta

del Potala, desde donde, después del intervalo conveniente, enviaría a un acólito a buscarme.

Descendí de mi puesto, me desempolvé las manos y las rodillas y me aseguré de que mi túnica estaba bastante presentable. Luego me dirigí a la casita del techo, entré en ella y muy cuidadosa y lentamente descendí por la escalera al piso de abajo. Tenía que asegurarme de que estaría preparado cuando un mensajero viniera a buscarme y deseaba ante todo que me encontrara todo lo aseado que me era posible.

Nuestras escaleras eran bastante peligrosas para quien no tenía las piernas sanas. Consistían en un poste sólido, bien alisado, con muescas a cada lado, para que uno apoyara una pierna —o más bien un pie— en una muesca del lado izquierdo, y luego el otro pie en una muesca del lado derecho más alta o más baja, y de esa manera fuera subiendo o bajando con el poste entre las rodillas. Si no se tenía cuidado o, si el poste estaba flojo, se podía apoyar el pie en una muesca del lado indebido y caerse con gran algazara de los muchachos. Un peligro que había que tener en cuenta consistía en que con frecuencia las muescas del poste estaban resbaladizas, porque cuando alguien subía o bajaba con una lámpara de manteca en la mano, la manteca derretida goteaba y aumentaba las dificultades. Pero aquel no era el momento para pensar en escaleras ni lámparas de manteca. Llegué al piso, volví a limpiarme cuidadosamente y me raspé unas pocas gotas de manteca congelada. Luego me dirigí a la parte del edificio destinada a los muchachos.

En nuestro dormitorio me acerqué impaciente a la ventana y miré afuera, golpeando la pared con los pies como una muestra de esa impaciencia. Miraba afuera, esta vez por puro fastidio, pues fuera nada había que deseara ver; lo único que deseaba ver estaba dentro.

En el Tibet no usábamos espejos, es decir no oficialmente, pues se consideraba a los espejos una vanidad; si a alguna persona se la sorprendía mirándose en un espejo se consideraba que pensaba en las cosas carnales más que en las espirituales. ¡Ayudaba mucho a mantener esta actitud el hecho de que no tuviéramos espejos! Pero en esa ocasión particular yo sentía el deseo vehemente de ver qué aspecto tenía y en consecuencia fui a hurtadillas a uno de los templos en el que había una chapa de cobre muy brillante. Era tan brillante que después de haberla frotado varias veces con el borde de la túnica pude verme en la superficie y tener una idea de mi aspecto. Después de contemplarme atenta y largamente, y muy desanimado por lo que había visto, dejé la chapa en su lugar y fui en busca del monje peluquero, pues parecía un "cabeza negra".

En el Tibet llaman "cabezas negras" a las personas que no pertenecen a las órdenes sacerdotales. Los monjes y todos los miembros de las órdenes monásticas, incluyendo a los acólitos, se rapaban la cabeza, por lo que se los llamaba con frecuencia "cabezas rojas", pues así se nos ponían cuando calentaba el sol. Por otra parte, los laicos tenían la cabeza cubierta con cabello negro, y por eso se los llamaba "cabezas negras". Debo añadir que también llamábamos "túnicas azafranadas" a los lamas superiores; nunca decíamos "el que viste la túnica azafranada", sino solamente la "túnica azafranada". Del mismo modo hablábamos de las "túnicas rojas" o las "túnicas grises", porque para nosotros la túnica era lo esencial, pues indicaba la categoría de la persona que la llevaba. Era también evidente para nosotros, en virtud de la lógica tibetana, que tenía que haber una persona dentro de la túnica, pues de otro modo la túnica no podía moverse.

Fui bajando y bajando a lo largo de los corredores

en declive del Potala y por fin llegué a una habitación bastante grande en la que el monje peluquero desempeñaba su oficio. Creo que lo llamaban monje por cortesía, porque nunca salía de aquella habitación particular y jamás asistía a los servicios religiosos. Avancé por el corredor y entré en su habitación. Como de costumbre, estaba llena de ociosos, de monjes perezosos que frecuentaban la peluquería y la cocina o cualquier otro lugar donde podían remolonear y perder el tiempo y hacérselo perder a otros. Pero ese día reinaba una gran excitación en aquella habitación y yo miré para averiguar cuál era la causa.

En un banco bajo había un montón de revistas muy estropeadas y desgarradas. Al parecer uno de los monjes había prestado algún servicio a un grupo de mercaderes, y, éstos, impulsados por la bondad de su corazón, le habían dado un montón de revistas y periódicos traídos con diversos propósitos de la India. Muchos monjes se hallaban en aquel momento en la peluquería, esperando a otro monje que había vivido algún tiempo en la India y por consiguiente se suponía que podía entender lo que decían las revistas.

Dos monjes reían y charlaban acerca de alguna ilustración de una revista. Uno de ellos le dijo al otro, riendo:

—Tenemos que interrogar a Lobsang acerca de todo esto. Debe ser un especialista en estas cosas. ¡Ven, Lobsang!

Fui adonde estaban sentados en el suelo mirando los grabados. Tomé la revista y uno de ellos dijo:

—Pero mira, tienes la revista al revés; ni siquiera sabes cómo hay que tenerla.

Por desgracia, y para vergüenza mía, comprendí que tenía razón. Me senté entre ellos y contemplé el grabado más notable. Era de color sepia, según creo que se llama,

y representaba a una mujer de aspecto extraño. Estaba sentada en una mesa alta frente a una mesa todavía más alta y en un objeto enmarcado colocado sobre la mesa más alta había un retrato o reflejo de la mujer.

Su vestido me llamó la atención porque parecía más largo que la túnica de un monje. Tenía una cintura muy delgada que parecía ceñida fuertemente para hacerla todavía más delgada, pero sus brazos estaban muy rellenos y cuando le miré el pecho me ruboricé, porque su vestido era notablemente bajo —yo diría que peligrosamente bajo— y me pregunté avergonzado qué sucedería si se inclinaba hacia adelante. Pero en aquel grabado se mantenía rígidamente erguida.

Mientras contemplábamos el grabado entró otro monje y se colocó detrás de nosotros sin que lo advirtiéramos. Una de las personas que nos rodeaban preguntó:

—¿Qué está haciendo ella?

El monje recién llegado se inclinó y leyó lo que estaba escrito debajo.

—Se está maquillando la cara y pintándose los labios, y después de hacer eso se pintará las cejas. Es un anuncio de cosméticos.

Esas palabras me dejaron muy confuso. ¿Se maquillaba la cara? ¿Se pintaba los labios? ¿Se pintaba las cejas? Me volví hacia el monje que leía en inglés y le pregunté:

—¿Pero por qué necesita marcar el lugar donde tiene la boca? ¿Es que no lo sabe?

El monje se echó a reír y contestó:

—Algunas de esas personas se pintan de color rojo o anaranjado los labios porque suponen que así los hacen más atractivos. Y después se pintan las cejas y quizá también los párpados. Y cuando han terminado de hacer eso se ponen polvo en la cara, un polvo de varios colores.

Todo eso me parecía muy extraño y dije:

—¿Pero por qué no se levanta el vestido para que le cubra la parte alta del cuerpo?

Todos se rieron de mí, pero todos echaron una buena mirada a aquello a que me refería. El monje que leía en inglés fue el que se rió más sonoramente y contestó:

—Si vieses a esos occidentales en sus reuniones observarías que llevan muy poca ropa en el pecho, pero mucha debajo de la cintura.

Examiné los grabados, tratando de comprender cómo era la gente que aparecía en ellos. No comprendía cómo aquella mujer se podía mover con una ropas tan incómodas. Parecía que no tenía pies, pues el vestido llegaba hasta el suelo y se arrastraba detrás de ella. Pero pronto olvidé todo aquello cuando oí que el monje que leía en inglés hablaba con otros acerca de las revistas.

—Vean ésta. La fecha dice 1915, se libra una guerra muy grande en el Occidente y va a envolver al mundo entero. La gente lucha, se matan unos a otros y excavan agujeros en la tierra y se quedan en esos agujeros, y cuando llegan las lluvias casi se ahogan.

—¿Y por qué luchan? —preguntó otro monje.

—Oh, no importa por qué luchan. Los occidentales no necesitan un motivo para luchar, pelean simplemente.

Revolvió unas pocas revistas y luego tomó otra. En ella aparecía una cosa muy notable; parecía una gran caja de hierro y, según mostraba el grabado, corría por el terreno lanzándose sobre soldados que trataban de escapar.

—Esto —dijo el monje que hablaba inglés— es el último invento; lo llaman tanque y puede ser lo que ganará la guerra.

Mirábamos y pensábamos en la guerra, pensábamos en todas las almas que quedaban dañadas cuando sus cuerpos físicos eran destruidos. Yo pensaba en cuántas

varillas de incienso habría que quemar para ayudar a todas esas almas errantes.

—Los británicos están reclutando otro batallón de gurkhas, según veo —dijo el monje—. Pero nunca se les ocurre pedir la ayuda espiritual del Tibet.

Yo me alegraba de que no lo hiciesen, porque no podía ver sentido alguno en toda aquella matanza, en todo aquel derramamiento de sangre, en todo aquel sufrimiento. Me parecía estúpido que hombres adultos tuvieran que disputar y pelearse sólo porque un grupo de personas no podía ponerse de acuerdo con otro grupo de personas. Suspiré y sacudí la cabeza exasperado pensando que era mi destino infortunado viajar por el mundo occidental posteriormente. Todo eso estaba predeterminado, me habían anunciado el porvenir con extrema claridad, pero no me agradaba ninguna de las cosas que me habían dicho, pues implicaban demasiado sufrimiento, demasiadas tribulaciones.

—¡Lobsang! me gritó una voz.

Levanté la vista y vi que era el monje peluquero que me hacia seña para que me sentara en su taburete de tres patas. Lo hice y él se colocó detrás de mí y tomó la gran navaja con la que nos rapaba la cabeza. No empleaba jabón ni agua, por supuesto. Se limitó a afilar la navaja en un pedazo de piedra y luego, sujetándome firmemente las sienes con la mano izquierda, emprendió la penosa operación de raparme el cráneo. A ninguno de nosotros nos gustaba el procedimiento y todos esperábamos terminar con la cabeza ensangrentada, con la cabeza tajada y en carne viva. Pero los tibetanos no son blandos, no echan a correr gritando al sentir el primer dolor. En consecuencia me quedé sentado mientras el monje peluquero seguía raspando.

—Supongo que tengo que raparte el cuello —dijo—.

Tengo entendido que tu guía ha vuelto y desearás correr a verlo, ¿no es así?

Dicho eso me hizo bajar la cabeza hasta casi colocármela entre las rodillas y luego me rapó diligentemente el largo cabello que tenía en el cogote. Entretanto me soplaba constantemente, para aventar el pelo que había cortado, y cada vez que lo hacía (¡si acertaba el momento oportuno!) yo contenía mi aliento porque el suyo no era precisamente agradable, ya que, al parecer, sus dientes se hallaban en mal estado. Por fin terminó de raparme y comenzamos a restañar la sangre de los numerosos rasguños. Alguien dijo:

—La manera más rápida de contener la sangre es poner un pedazo de papel en cada rasguño. Probemos.

Y así terminé pareciendo a un espantapájaros, con pedacitos de papel triangulares pegados a las partes ensangrentadas.

Como no tenía nada mejor que hacer durante un rato, me quedé en la peluquería escuchando las conversaciones. Parecía que las cosas se hallaban en muy mal estado en el mundo occidental y que casi el mundo entero estaba en llamas. Parecía que había agitación en Rusia y dificultades en Inglaterra, y que la población de Irlanda se rebelaba; sólo nosotros, en el Tibet, estábamos tranquilos. Yo guardaba silencio mientras recordaba las profecías que se habían hecho acerca del Tibet hacía siglos y sabía que en nuestra época, durante mi vida, tendríamos nuestras dificultades en el Tibet. Sabía también que nuestro amado Dalai Lama sería el último Dalai Lama, y aunque hubiera uno más no tendría la misma importancia espiritual.

Distraidamente di vuelta a una página y vi una fotografía extraordinaria; parecía consistir en una serie de cajas con ventanas abiertas en los lados, y por ellas asomaban rostros de personas. Todas las cajas estaban uni-

das y parecían arrastrarlas un monstruo que arrojaba humo. Había unas cosas circulares bajo las cajas y dos líneas entre ellas. Yo no podía comprender qué era aquello, pues en esa época no sabía que aquellas eran ruedas y que lo que veía era un tren, porque en el Tibet las únicas ruedas eran las ruedas de oración. Me volví hacia el monje que entendía el inglés y le tiré de la túnica. Cuando por fin me atendió le pedí que me dijera qué era aquello. Era un tren militar británico que llevaba soldados para que lucharan en los campos de Flandes.

Otro grabado me fascinó e impresionó sin que pudiera explicármelo. Era un artefacto que parecía una cometa sin una cuerda que lo mantuviera en contacto con la tierra. Esa cometa parecía un armazón cubierto con paño y delante de él había una cosa que, a juzgar por el grabado, giraba, y vi que en ese aparato había dos personas, una delante y la otra muy cerca detrás. El amable monje que leía el inglés me dijo que era un aeroplano, algo de lo que nunca había oído hablar hasta entonces. Decidí que si alguna vez me expulsaban de la lamasería o de la orden no sería barquero, sino que en cambio sería una de esas personas que vuelan en esos aparatos extraños que tienen en el Occidente. Y luego, al recorrer las páginas de la revista, vi otra cosa, una cosa que me asustó tanto que me dejó mudo durante un tiempo —lo que por sí solo era una hazaña—, pues parecía ser un largo tubo cubierto con paño o con alguna clase de material, y volaba sobre una ciudad y dejaba caer grandes cosas negras en la ciudad. En otras fotografías se veía que al llegar esas cosas a tierra producían grandes llamaradas y los edificios volaban por el aire. El monje me dijo que esa cosa era un zepelín y se lo utilizaba para bombardear a Inglaterra, y que una bomba era un recipiente de metal lleno con

un fuerte explosivo que destruía todo al caer. Me pareció que aquellas revistas no contenían nada relacionado con la paz y que sólo se ocupaban de la guerra. Pense que ya había contemplado bastante esos grabados que sólo servían para inflamar las malas pasiones de los hombres, por lo que dejé las revistas, di las gracias al monje que leía en inglés y al peluquero y subí al dormitorio, donde sabía que podía esperar la llegada próxima de un mensajero.

El día parecía interminable. Una vez más llegó la hora de la tsampa. Bajé al comedor y comí con los otros, pero confieso que el día me parecía interminable. Tenía poco apetito, pero pensaba que debía aprovechar la ocasión y comer mientras quedaba todavía tiempo.

Después de limpiar la escudilla salí del comedor, subí al dormitorio y me quedé un rato mirando por la ventana la animación que reinaba alrededor de nuestros edificios.

Capítulo X

Pronto vino a nuestro corredor un muchacho que gritaba: "¡Lobsang! ¡Lobsang!" Me apresuré a cruzar la habitación y lo encontré en la puerta cuando estaba a punto de entrar.

—¡Caramba! —exclamó, mientras se enjugaba en la frente un sudor imaginario—. Te he buscado por todas partes. ¿Te habías escondido? Tu guía te espera.

—¿Qué aspecto tiene? —pregunté con alguna ansiedad.

—¿Qué aspecto tiene? ¿Qué aspecto tiene? ¿Qué aspecto quieres que tenga? Lo viste hace unos pocos días. ¿Qué te pasa? ¿Es que estás enfermo?

El muchacho se alejó murmurando que yo era un estúpido. Me arreglé la túnica y me palpé para asegurarme de que mi escudilla y la caja de los talismanes estaban en los lugares debidos. Luego salí al corredor.

Era un placer dejar el alojamiento de los muchachos con sus sucias paredes encaladas y entrar en los alojamientos mucho mejor adornados de los lamas. Mientras avanzaba lentamente veía el interior de las celdas por delante de las cuales pasaba, pues la mayoría de los lamas dejaban las puertas abiertas. En una de ellas un anciano repasaba las cuentas de su rosario y recitaba interminablemente: "¡Om! ¡Mani padme Hum!" Otro

pasaba reverentemente las páginas de algún libro muy viejo, buscando sin cesar otro significado más de las Sagradas Escrituras. Me molestaba un poco ver a esos ancianos tratando de leer "entre líneas", de descubrir en los escritos mensajes que no aparecían a primera vista. Luego saldrían con "Una nueva interpretación de las Escrituras por el lama Fulano de Tal". Un hombre muy anciano, con una larga barba blanca, hacía girar suavemente una rueda de oración mientras canturreaba en voz baja. Otro más declamaba para sí mismo preparándose para un debate teológico en el que iba a desempeñar un papel importante.

—¡No vengas ahora aquí a ensuciarme mi piso limpio, pilluelo! —me dijo un viejo monje cascarrabias de los que se dedicaban a la limpieza mientras se apoyaba en la escoba y me miraba con ojos asesinos. —Yo no trabajo aquí durante todo el día para los que son como tú.

—¡Anda y arrójate por la ventana, viejo! —le contesté rudamente y seguí adelante.

Se estiró y trató de agarrarme, pero tropezó con el largo mango de su escoba y cayó al suelo con estrépito. Apresuré el paso para ponerme a buena distancia antes que él pudiera levantarse. Nadie advirtió lo sucedido: las ruedas de oración seguían girando, el declamador seguía declamando y otras voces seguían entonando sus mantras o fórmulas sagradas.

En alguna celda cercana un anciano gargajeaba y se aclaraba la garganta con unos ruidos horribles. Eran interminables sus esfuerzos para conseguir algún alivio. Seguí adelante. Los corredores eran largos y yo tenía que ir desde donde se alojaba la forma inferior de la vida lamástica hasta casi la más alta: la de los lamas superiores. Ahora bien, a medida que avanzaba hacia la zona "mejor" veía más puertas cerradas. Por fin dejé el corredor principal y entré en un pequeño anexo, el

dominio de "Los Especiales". Allí, en aquel lugar de honor, residía mi guía cuando se hallaba en el Potala.

Con el corazón latiéndome rápidamente me detuve ante una puerta y llamé. "¡Entra!", dijo una voz muy amada. Entré e hice mis reverencias rituales al brillante personaje sentado dando la espalda a la ventana. El lama Mingyar Dondup me sonrió bondadosamente y me examinó con mucha atención para ver cómo me había ido durante los últimos siete días.

—Siéntate, Lobsang, siéntate —dijo, y me señaló un almohadón colocado delante de él.

Durante algún tiempo permanecimos sentados mientras él me hacía preguntas, ¡algunas difíciles de responder, por cierto! Aquel gran hombre me inspiraba los más profundos sentimientos de amor y devoción; lo único que yo deseaba era estar continuamente en su presencia

—El Recóndito está muy complacido contigo —dijo, y añadió risueñamente— y supongo que eso merece que se lo celebre de algún modo.

Tendió la mano y tocó su campanilla de plata. Un monje sirviente entró con una mesa baja, una de esas mesas talladas y adornadas con muchas capas de color. Yo tenía siempre miedo de rasparlas o marcarlas. El sirviente colocó la mesa a la derecha de mi guía. Sonriéndome, el lama se volvió hacia el monje y le dijo:

—¿Tiene preparada la mesa sencilla para Lobsang?

—Sí, maestro —contestó el hombre—. La traeré ahora mismo.

Salió y no tardó en volver con una mesa muy sencilla que tenía los mejores "adornos" de todos; estaba cubierta con cosas de la India: pasteles dulces y pegajosos cubiertos con una especie de almíbar y rociados con azúcar, nueces adobadas, castañas especiales traídas de un país lejano, y muchas otras cosas que deleitaban mi

corazón. El monje sirviente sonrió levemente cuando puso también a mi lado un gran jarro con las hierbas que utilizábamos cuando padecíamos indigestión.

Otro monje sirviente entró con unas tacitas y un gran jarrón lleno de humeante té de la India. A una seña de mi guía se retiraron, ¡y yo disfruté con una agradable compensación por la tsampa! No me molesté en pensar en los otros acólitos que probablemente nunca habían probado en su vida más que tsampa. Sabía muy bien que probablemente la tsampa sería su único alimento mientras vivieran, y me consolaba pensando que si de pronto probaban aquellos manjares exóticos de la India les desagradarían. Sabía que yo iba a pasar momentos difíciles en mi vida, que pronto mis alimentos serían muy diferentes, por lo que en mi satisfacción de muchacho pensaba que no había nada malo en que saborease aquellas cosas agradables como compensación por las desagradables que ya había padecido. En consecuencia, comí más que lo que debía haber comido con una tranquilidad completa. Mi guía guardaba silencio y no tomaba más que té, de la variedad india. Pero por fin, con un suspiro del máximo pesar, decidí que no podía comer ni siquiera una miga más, pues la sola vista de aquella detestable comida comenzaba a parecerme desagradable, me nublaba los ojos y tenía la sensación de que en mi estómago luchaban enemigos furiosos. Me dí cuenta de que ciertas manchas inusitadas flotaban ante mis ojos, y no tardé en pedir permiso para retirarme a otro lugar, pues la comida se me revolvía dolorosamente en el estómago.

Cuando volví, algo más pálido, mucho más aliviado y un poco agitado, mi guía seguía sentado, tranquilo, completamente benigno. Me sonrió y mientras me sentaba de nuevo me dijo:

—Bueno, has tomado y perdido la mayor parte de tu

té, pero por lo menos guardas su recuerdo y eso puede ayudarte. Ahora hablaremos de diversas cosas.

Me senté muy cómodamente. Me recorrió con la mirada, sin duda para ver cómo estaban mis lesiones, y luego dijo:

—He conversado con el Recóndito, quien me ha hablado de tu... bueno, de tu vuelo al Techo Dorado. Su Santidad me ha dicho todo, me ha dicho lo que vio y que corriste el riesgo de ser expulsado al decirle la verdad. Está muy satisfecho contigo, muy complacido con los informes que ha recibido acerca de ti, y con lo que ha visto, pues estaba observándote cuando mirabas para ver si yo llegaba, y ahora tengo órdenes especiales respecto a ti.

El lama me miró sonriendo levemente, quizá divertido por la expresión de mi rostro. "Más engorros —pensaba yo—, más charla acerca de infortunios futuros y más privaciones que soportar ahora para que en el porvenir no parezcan tan malas en comparación. Estoy harto de sufrir." ¿Por qué no podía ser como aquellas personas que volaban en esas cometas durante una batalla o que conducían aquellas cajas de vapor con muchos soldados? Pensaba también que habría preferido estar a cargo de una de aquellas cosas de metal que flotaban en el agua y llevaban a mucha gente de un país a otro. Luego mi atención divagó y me encontré preguntándome cómo podían ser de metal. Todos sabían que el metal es más pesado que el agua y por consiguiente se hunde. Decidí que tenía que haber alguna engañifa en ello, que esas cosas no podían ser de metal y que el monje me había contado un cuento. Cuando levanté la vista vi que mi guía se reía de mí; había seguido mis pensamientos por telepatía y estaba realmente divertido.

—Esas cometas son aeroplanos, el dragón de vapor es un tren, las cajas de hierro son barcos y, sí, los barcos

de hierro flotan. Te hablaré de todo ello más adelante, pero por el momento tenemos otras cosas en que pensar.

Volvió a tocar la campanilla y un monje sirviente entró y se llevó la mesa en que yo había comido, sonriendo con tristeza al ver el estrago que yo había hecho con los manjares de la India. Mi guía dijo que deseábamos más té y esperamos mientras nos traían el nuevo.

—Prefiero el té indio al chino —dijo mi guía.

Yo estaba de acuerdo con él, pues el té chino me causaba náuseas, no sabía por qué, pues evidentemente estaba más acostumbrado a él, pero el té indio parecía más agradable. Nuestra conversación acerca del té fue interrumpida por el sirviente que traía una nueva provisión. Se retiró mientras mi guía llenaba las tazas.

—Su Santidad ha ordenado que no asistas más a las clases ordinarias. En cambio, te trasladarás a una habitación próxima a la mía y te instruiremos yo y los principales lamas especialistas. Tú tienes la misión de preservar gran parte del antiguo saber y posteriormente tendrás que poner por escrito gran parte de ese saber, pues nuestros videntes más perspicaces han previsto el futuro de nuestro país y anunciado que nos invadirán y que gran parte de lo que hay en esta y otras lamaserías será saqueado y destruido. Gracias a la prudencia del Recóndito, ciertos documentos ya están siendo copiados, de modo que las copias quedarán aquí para que las destruyan y los originales serán llevados muy lejos, adonde ningún invasor podrá llegar. En primer lugar te tendrán que instruir extensamente acerca de las artes metafísicas.

Dejó de hablar, se levantó y fue a otra habitación. Oí que se movía de un lado a otro y volvió con una caja de madera muy sencilla que dejó en la mesa ornamental. Se sentó delante de mí y durante unos instantes guardó silencio. Luego dijo:

—Hace años y años las personas eran muy diferentes de como son ahora. Hace años y años las personas podían invocar las leyes naturales y utilizar sentidos que la humanidad ha perdido excepto en ciertos casos raros. Hace muchos centenares de siglos las personas eran telepáticas y clarividentes, pero al utilizar esas facultades para malos propósitos los seres humanos en general han perdido esa capacidad y todas esas facultades están ahora atrofiadas. Lo que es peor, la mayoría de los seres humanos niega la existencia de esas facultades. Cuando recorras diferentes países descubrirás que, fuera del Tibet y la India, no es prudente hablar de clarividencia, viajes astrales, levitación o telepatía; se limitarán a decir: "Pruébalo, pruébalo; hablas enigmáticamente, dices tonterías; no existe algo como eso o como aquello, pues si existiera la ciencia lo habría descubierto."

Se concentró durante un momento y una sombra cruzó por su rostro. Había viajado mucho y aunque parecía joven —en realidad parecía no tener edad, no se podía decir si era un anciano o un joven, pues tenía la carne firme y el rostro sin arrugas e irradiaba salud y vitalidad— yo sabía que había ido a la lejana Europa y viajado por el Japón, China y la India. Sabía también que había pasado por algunas experiencias asombrosas. A veces, cuando disponía de tiempo, leía alguna revista traída de la India a través de las montañas y le hacía suspirar apenado la locura de la humanidad belicosa. Había una revista particular que le interesaba realmente y siempre que podía la traía de la India. Esa revista se llamaba **London Illustrated.** Descubrí que los viejos ejemplares de esa revista eran una gran fuente de información, pues contenían ilustraciones de cosas que yo no podía comprender. Me interesaban sobre todo los que llamaban "anuncios" y siempre que podía trataba de leer el texto y luego, cuando se presentaba la

oportunidad, encontraba a alguien que conocía el idioma extranjero lo suficiente para enseñarme la pronunciación.

Yo permanecía sentado mirando a mi guía. De vez en cuando contemplaba la caja de madera que había traído y me preguntaba qué contenía. Era una caja de una madera desconocida para mí. Tenía ocho lados, de modo que casi era redonda. Durante un rato seguí preguntándome qué era aquello, qué contenía, por qué él se había quedado de pronto silencioso. Pero luego habló:

—Lobsang, tienes que desarrollar tu muy grande clarividencia natural para aumentarla todavía más, y lo primero que debes hacer es conocer esto. —Con un breve movimiento me señaló la caja de madera octagonal como si eso explicase todo, pero sólo me sumió en una confusión mayor—. Este es un regalo que se te hace por orden del Recóndito mismo. Se te da para que lo utilices y con ello puedas hacer mucho bien.

Se inclinó hacia adelante, con ambas manos tomó la caja de madera y la contempló durante unos instantes antes de ponerla en mis manos. La puso muy cuidadosamente en mis manos, manteniendo las suyas cerca por si con la torpeza de un muchacho la dejaba caer. Me sorprendió su peso y pensé que debía de tener alguna piedra dentro para que pesara tanto.

—¡Ábrela, Lobsang! —me ordenó el lama Mingyar Dondup—. No obtendrás información alguna acerca de ella si te limitas a contemplarla.

En silencio di vueltas a la caja en mis manos, sin saber cómo abrirla, pues tenía ocho lados y no veía dónde estaba la tapa. Pero de pronto así la tapa, que giró a medias. La parte abovedada cayó en mis manos y al ver que era sólo una tapa la dejé a mi lado y dediqué toda mi atención a lo que había dentro. Lo único que podía ver era una bola de paño, por lo que la así

y traté de levantarla, pero el peso era asombroso. Extendí la túnica cuidadosamente para que si había dentro algo suelto no cayera en el suelo, y luego, con las manos sobre la caja, la invertí y retuve el contenido en los dedos. Dejé la vaja vacía y dediqué mi atención al objeto esférico envuelto en un paño negro.

Cuando desenvolví el objeto abrí la boca fascinado, pues lo que apareció era un cristal maravilloso, un cristal sin tacha. Era ciertamente un cristal y no el vidrio que utilizaban los que decían la buenaventura, mas aquel cristal era tan puro que apenas se podía ver dónde comenzaba y terminaba, casi una esfera de nada mientras lo tenía en las manos, es decir hasta que tuve en cuenta el peso, y el peso era formidable. Pesaba tanto como una piedra del mismo tamaño.

Mi guía me miraba sonriendo. Cuando le miré a mi vez, dijo:

—Lo manejas como se debe, Lobsang, lo sostienes de la manera correcta. Ahora tendrás que lavarlo antes que puedas utilizarlo, y tendrás que levarte también las manos.

—¡Lavarlo, honorable lama! —exclamé asombrado—. ¿Para qué he de lavarlo? Está completamente limpio, completamente limpio.

—Sí, pero es necesario lavar cualquier cristal cuando cambia de manos, porque ese cristal ha sido manejado por mí, y luego lo manejó el Recóndito y yo volví a hacerlo después. Ahora bien, tú no tienes por qué indagar mi pasado ni mi futuro y, por supuesto, está prohibido inquirir el pasado, el presente y el futuro del Recóndito. Por consiguiente, ve a esa otra habitación —y me indicó con la mano la dirección que debía seguir— y lávate las manos, luego lava el cristal y asegúrate de que el agua que derramas sobre él es agua corriente. Yo esperaré aquí hasta que hayas terminado.

Con mucho cuidado envolví el cristal, me levanté del cojín en que estaba sentado y coloqué el cristal en su centro para que no pudiera caer al suelo. Cuando pude mantenerme en pie con más o menos seguridad levanté el cojín con el cristal envuelto en el paño y salí de la habitación. Era agradable sostener el cristal en el agua. Mientras pasaba mis manos a su alrededor bajo el agua precía poseer vida, me producía la sensación de que era parte de mí, de que me pertenecía, y así era, en efecto. Lo puse suavemente a un lado y me lavé las manos, asegurándome de que empleaba una buena cantidad de arena fina, y luego me las enjuagué y volví a lavar el cristal, manteniéndolo bajo un jarro que tenía inclinado mientras el agua rociaba el cristal formando un pequeño arco iris al pasar las gotas por un rayo de luz solar. Una vez limpios el cristal y mis manos volví a la habitación de mi guía, el lama Mingyar Dondup.

—Tú y yo vamos a estar mucho más cerca en el futuro, vamos a vivir en habitaciones contiguas, pues así lo ha ordenado el Recóndito. No vas a dormir en el dormitorio después de esta noche. Se están tomando disposiciones para que cuando volvamos mañana al Chakpori tengas una habitación junto a la mía. Estudiarás conmigo y con lamas cultos que han visto mucho, hecho mucho y viajado por el mundo astral. Tendrás también tu cristal en tu habitación y nadie más debe tocarlo, porque si lo hiciera le daría una influencia diferente. Ahora mueve tu cojín y siéntate dando la espalda a la luz.

Giré y me quedé sentado dando la espalda a la luz. Me hallaba cerca de la ventana, sosteniendo cuidadosamente el cristal en las manos, pero mi guía no pareció satisfecho.

—No, no —dijo—, procura que ningún rayo de luz dé en el cristal, pues produciría falsos reflejos en su inte-

rior. Es necesario que no haya puntos de luz en el cristal, pues debes darte cuenta de él, pero no de su circunferencia exacta.

Se levantó y cubrió la ventana con una cortina de seda encerada, amortiguando la luz del sol e inundando la habitación con un resplandor azul pálido, como si hubiera llegado el crepúsculo.

Debo decir que teníamos muy poco vidrio en Lasa, o más bien en el Tibet, porque todo el vidrio había que traerlo a través de las montañas en la espalda de los mercaderes o en el lomo de sus animales de carga, y durante las tormentas súbitas que se desencadenaban sobre nuestra ciudad las piedras arrojadas por el viento rompían los vidrios. Por consiguiente, teníamos persianas de diferentes materiales, unas de madera y otras de seda encerada o algo parecido, que impedían la entrada del viento y el polvo, pero las de seda encerada eran las mejores porque dejaban que se filtrase la luz del sol.

Por fin estuve en una posición que mi guía consideró adecuada. Tenía las piernas dobladas bajo el cuerpo, no en la posición del Loto porque estaban demasiado dañadas para eso, y mis pies sobresalían a la derecha. En mi regazo mis manos acopadas sostenían el cristal por debajo, de modo que no podía verlas porque las ocultaban los lados combados del globo. Tenía la cabeza inclinada y debía mirar al cristal o en el cristal sin verlo realmente, sin enfocarlo realmente. Para ver adecuadamente en un cristal hay que fijar la vista en un punto indeterminado, porque si se la fija directamente en el cristal uno ve automáticamente alguna mancha, o motita de polvo, o un reflejo, y habitualmente eso destruye el efecto. En consecuencia me enseñaron que debía fijar la vista en algún punto del infinito mientras aparentemente miraba a través del cristal.

Recordé mi experiencia en el templo, cuando vi acercarse en fila a las almas errantes y los nueve lamas cantaban marcando cada referencia a una varilla de incienso con el tintineo de una campanilla de plata.

Mi guía me sonrió a través del cristal y me dijo:

—Este no es el momento para que te dediques a la contemplación del cristal, pues hay que enseñarte a hacerlo adecuadamente, y en este caso se puede aplicar aquello de que "quien más corre menos vuela". Tienes que aprender a sostener el cristal debidamente, como en verdad lo estás haciendo ahora, pero necesitas aprender los diferentes métodos de sostenerlo de acuerdo con las distintas ocasiones. Si deseas conocer los asuntos mundanos utiliza el cristal colocado en un pedestal, pero si deseas enterarte de lo que concierne a una persona toma el cristal y deja que el que pregunta lo sostenga antes, y luego haces que te lo devuelva, y si estás preparado adecuadamente, podrás ver lo que deseas saber.

En aquel momento se oyó un pandemónium sobre nosotros; era el sonido fuerte, rugiente y discordante de las caracolas, parecido a los mugidos de los yacs en las praderas, un sonido ululante que subía y bajaba como un monje excesivamente gordo que tratara de columpiarse. Yo nunca podía discernir música alguna en las caracolas; otros podían hacerlo y me decían que eso me pasaba porque era sordo para los tonos. Después de las caracolas vino el fragor de las trompetas del templo y el retintín de las campanillas y el retumbar de los tambores de madera. Mi guía se volvió hacia mí y me dijo:

—Bueno, Lobsang, tú y yo debemos ir al servicio religioso porque el Recóndito estará allí, y será un acto de cortesía común por nuestra parte asistir la última noche que pasamos en el Potala. Yo tengo que apresurarme, pero tú ve a la velocidad que te permiten tus piernas.

Dicho eso, se levantó, me dio una palmadita en el hombro y se fue.

Yo envolví cuidadosamente mi cristal, muy cuidadosamente en verdad, y luego, con la mayor cautela, lo introduje de nuevo en su caja de madera de ocho lados. Lo dejé en la mesa junto al asiento de mi guía el lama Mingyar Dondup, y yo también descendí por el corredor.

Acólitos, monjes y lamas acudían apresuradamente desde todas las direcciones. Eso me recordó las corridas de una colonia de hormigas perturbada. Todos parecían apresurarse para poder conseguir el mejor puesto correspondiente a su clase. Yo no me apresuraba, pues lo único que deseaba era poder sentarme en cualquier sitio sin que me vieran.

El estrépito de las caracolas cesó, y también el sonar de las trompetas. Para entonces la corriente que entraba en el templo había disminuido hasta convertirse en un goteo y me encontré en el extremo de la cola. Aquél era el Gran Templo, el templo al que asistía el Recóndito cuando disponía de tiempo para mezclarse con los lamas.

Las grandes columnas que sostenían el techo parecían remontarse en la oscuridad de la noche. Sobre nosotros se cernían las siempre presentes nubes de humo de incienso, grises, azules y blancas, arremolinándose y entremezclándose, sin que tomaran una forma particular, pues todas esas nubes de incienso parecían conservar de algún modo su individualidad.

Unos muchachos corrían de un lado a otro con antorchas fulgurantes encendiendo más y más lámparas de manteca, que chisporroteaban y silbaban y luego estallaban en llamas. Aquí y allá había una lámpara que no ardía debidamente porque antes había que derretir la manteca para que quedase líquida como el

aceite, pues de otro modo la mecha no haría más que flotar y chamuscarse y producir un humo que nos haría estornudar.

Por fin quedaron encendidas suficientes lámparas y llevaron grandes varillas de incienso que encendieron también y luego apagaron para que quedaran en rescoldo y produjeran grandes nubes de humo. Vi que todos los lamas formaban un grupo dispuestos en hileras, la primera de las cuales hacía frente a la segunda, ésta daba la espalda a la tercera, la cual hacía frente a la cuarta, y así sucesivamente. Más lejos se hallaban los monjes, colocados de una manera análoga, y más allá los acólitos. Los lamas tenían mesitas de unos treinta centímetros de altura en las que había pequeños objetos, incluyendo la indispensable campanilla de plata; algunos tenían tambores de madera; más tarde, cuando comenzara el servicio religioso, el lector apostado tras el atril leería pasajes de nuestros libros sagrados y los lamas y monjes cantarían al unísono, y al término de cada pasaje unos lamas tocarían las campanillas y otros golpearían con los dedos los tambores. Una y otra vez, para indicar que había terminado alguna parte particular del servicio, resonaría el estrépito de las caracolas en algún lugar distante, en algún lugar de los oscuros recovecos del templo. Yo miraba, pero para mí no era más que un espectáculo, mera disciplina religiosa, y decidí que en alguna ocasión en que dispusiera de tiempo preguntaría a mi guía por qué era necesario realizar aquella ceremonia. Me preguntaba si hacía mejor a la gente, porque había visto a muchos monjes que eran muy devotos y asistían fielmente a los servicios religiosos, pero fuera de los templos y de los servicios religiosos se comportaban como bellacos sádicos. En cambio, otros que nunca se acercaban a los templos eran bondadosos y considerados y ayudaban siempre a los

pobres muchachos que no sabían qué hacer y temían hallarse en dificultades porque eran muchos los adultos que no querían que los muchachos les hicieran preguntas.

Contemplaba el centro del templo, el centro del grupo de los lamas, y veía a nuestro venerado y amado Dalai Lama sereno y tranquilo, con una intensa aura de espiritualidad, y resolví que en todo momento trataría de tomarlos como modelos a él y a mi guía, el lama Mingyar Dondup.

El servicio continuaba y me temo que me quedé dormido detrás de una de las columnas, porque no me enteré de nada más hasta que volvió a resonar el estrépito de las campanillas y las caracolas, y luego se oyó el ruido de una multitud que se levantaba y se dirigía hacia la salida. Me froté los ojos con los nudillos y traté de parecer bien despierto y alerto como si hubiera estado prestando atención a toda la ceremonia.

Cansadamente me dirigí, otra vez a la cola de todos, a nuestro dormitorio común, pensando con alegría que aquella era la última noche que iba a dormir con toda una multitud de muchachos que molestaban con sus ronquidos y gritos, pues en adelante podría dormir solo.

En el dormitorio, cuando me disponía a envolverme en mi manta, un muchacho trató de decirme lo maravilloso que le parecía que yo fuera a tener una habitación para mí solo. Pero bostezó fuertemente en medio de la frase, cayó en el suelo y se quedó profundamente dormido. Fui a la ventana envuelto en la manta y contemplé la noche estrellada, y la espuma de nieve que ascendía de las cumbres de las montañas e iluminaban de la manera más bella los rayos de la luna saliente. Luego yo también me acosté y dormí sin pensar en nada. Mi sueño fue muy tranquilo.

Capítulo XI

Juntos descendimos por los corredores hasta que llegamos al patio interior, donde unos monjes palafreneros tenían ya preparados dos caballos, uno para mi guía, el lama Mingyar Dondup, y el otro para mi desdichada persona. Mi guía hizo seña a un palafrenero para que me ayudara a montar, y me alegré de que mis piernas estuvieran en mal estado, porque un caballo y yo rara vez llegábamos al mismo punto juntos; si yo me disponía a montar en un caballo, el caballo se movía y yo caía en tierra, o si esperaba a que el caballo se moviera y corría para saltar, el caballo no se movía y yo me daba de bruces contra el desdichado animal. Pero en esta ocasión, con la excusa de mis piernas lisiadas, me ayudaron a montar en el caballo e inmediatamente hice una de las cosas que no deben hacerse. Comencé a cabalgar sin mi guía. Rió sonoramente al verme, pues sabía que yo no podía manejar a aquel caballo desafortunado. El animal salió del patio y comenzó a descender por el sendero, y yo me asía a él firmemente, por temor a rodar por la ladera de la montaña.

Así fui rodeando la pared exterior. Un rostro gordo y amistoso asomó por una ventana sobre mí y me gritó:

—Adiós, Lobsang, vuelve pronto, pues en la próxima semana tendremos buena cebada de una clase excelente,

mejor que la que hemos tenido últimamente. Ven a verme tan pronto como vuelvas.

El monje cocinero oyó que se acercaba otro caballo, volvió la mirada hacia la izquierda y exclamó:

—¡Oh, oh, honorable lama médico, perdóneme!

Pasaba mi guía y el pobre cocinero creyó que había cometido "una impertinencia", pero el lama Mingyar Dondup le sonrió amistosamente y el cocinero se quedó tranquilo.

Seguí cabalgando montaña abajo, con mi guía riendo entre dientes detrás de mí.

—Tendremos que engomarte el caballo, Lobsang —dijo riendo.

Volví la cabeza para mirarle un tanto malhumorado. Aquello estaba bien para él, que era un hombre grande de casi dos metros de altura y más de ochenta kilos de peso, con fuertes músculos e inteligente, y yo no dudaba de que si lo deseaba podía tomar al caballo en sus brazos y llevarlo montaña abajo en vez de ser el caballo el que lo llevara a él. Yo, en cambio, me sentía como una mosca posada en el animal. Apenas lo dominaba y con mucha frecuencia, por su perversidad natural o porque sabía que yo estaba asustado, se acercaba al borde mismo del sendero y miraba al saucedal situado muy abajo, y relinchaba, probablemente porque eso le divertía.

Llegamos al pie de la montaña y seguimos la carretera de Dodpal, porque antes de ir al Chakpori teníamos que visitar una de las oficinas del gobierno en la aldea de Shö. Cuando llegamos, mi guía, con mucha consideración ató mi caballo a un poste y me ayudó a desmontar mientras decía:

—Quédate aquí, Lobsang; yo no tardaré más de diez minutos.

Tomó una bolsa y entró en una de las oficinas, dejándome sentado en un montón de piedras.

—¡Mirad! ¡Mirad! —dijo una voz campesina detrás de mí—. He visto al lama de la túnica azafranada desmontar de ese caballo y aquí está el muchacho que cuida de los caballos. ¿Cómo estás, joven maestro?

Miré a mi alrededor y vi un grupito de peregrinos. Sacaban la lengua de la tradicional manera tibetana como los inferiores saludan a los superiores. Mi pecho se hinchó de orgullo y disfruté desvergonzadamente con la gloria refleja de ser "el criado del lama de la túnica azafranada".

—¡Oh! —fue mi respuesta—. Nunca debéis presentaros ante un sacerdote inesperadamente como habéis hecho ahora, pues, como sabéis, estamos siempre sumidos en la meditación y una impresión súbita es muy mala para nuestra salud. —Los miré desaprobadoramente con el ceño fruncido y continué—. Mi maestro y guía, el lama Mingyar Dondup, el que viste la túnica azafranada, es uno de los lamas más importantes de aquí, una gran persona ciertamente, y os aconsejo que no os acerquéis demasiado a su caballo, porque también su caballo es importante, pues conduce a tan gran jinete. Seguid adelante, seguid adelante y no olvidéis vuestro circuito por el Camino Circular, pues os proporcionará muchos beneficios.

Dicho eso, me volví, pensando que había actuado como un verdadero monje y causando una favorable impresión.

Una risita cercana me hizo levantar la vista con cierta sensación de culpabilidad. Vi a un mercader que se mondaba los dientes con una pajita; apoyaba una mano en la cadera y la otra trabajaba activamente en su boca. Me apresuré a mirar a mi alrededor y vi que los peregrinos me habían obedecido y seguían su camino.

—Bueno, ¿qué desea? —pregunté al viejo mercader que me miraba de soslayo—. ¡No tengo tiempo que perder!

El viejo sonrió benévolamente y contestó:

—Vamos, vamos, joven maestro, no seas tan duro con un pobre y viejo mercader al que le cuesta tanto ganarse la vida en estos tiempos tan difíciles. ¿Tienes por casualidad algunas chucherías, algo que hayas traído de la Gran Casa de allí arriba? Puedo ofrecerte un precio muy bueno por cortaduras del cabello de un lama, o por un trozo de la túnica de un lama. Puedo ofrecerte un precio mayor por algo que haya sido bendecido por uno de los lamas superiores, como tu maestro de la túnica azafranada. Habla, joven maestro, habla antes de que él vuelva y nos sorprenda.

Le miré con desprecio y pensé que aunque hubiera tenido una docena de túnicas no las habría vendido para que traficaran con ellas farsantes y charlatanes. En aquel momento, con gran alegría, vi que volvía mi guía. El viejo mercader lo vio también y se alejó con paso vacilante.

—¿Qué tratabas de hacer, comprar algo a ese mercader? —me preguntó mi guía.

—No, honorable maestro —le contesté—, él era el que trataba de comprarle a usted, o cosas pertenecientes a usted, cortaduras de cabello, trozos de túnica o cualquiera cosa que él creía que podía robarle.

El lama Mingyar Dondup rió, pero su risa tenía un matiz de tristeza mientras se volvía para mirar al mercader, que ya no caminaba despacio, sino que corría realmente para ponerse fuera del alcance de la voz.

—Es lástima que esos hombres estén siempre dispuestos a sacar partido de todo —dijo—. Es lamentable que traten de conseguir algo para darle un valor falso.

Después de todo, no es la túnica azafranada lo que importa, sino el alma del que viste la túnica azafranada.

Dicho eso, me levantó con un movimiento rápido y suave y me puso a horcajadas en mi caballo, el que pareció tan sorprendido como yo. Luego desató las riendas, me las entregó (¡como si yo supiera qué hacer con ellas!), montó en su caballo y reanudamos la marcha.

Descendimos por la Mani Lhakhang, cruzamos el resto de la aldea de Shö, pasamos por la Pargo Kaling y luego por el pequeño puente que atravesaba un tributario del Kaling Chu. Doblamos hacia la izquierda, cruzamos el pequeño parque Kundu y tomamos el camino que llevaba a nuestro Chakpori.

Era un camino escabroso y pedregoso, un camino difícil de recorrer, un camino para el que se necesitaba un caballo seguro. La Montaña de Hierro, como llamábamos al Chakpori, es más alta que la montaña en la que se alza el Potala, y su cumbre de roca era menor, y más abrupta y empinada. Mi guía iba por delante y su caballo desalojaba con frecuencia pequeñas piedras que rodaban por el camino hacia mí. Mi caballo lo seguía cuidadosamente, eligiendo el camino. Mientras ascendíamos yo miraba a mi derecha, hacia el sur, donde corría el Río Feliz, el Kyi Chu. También podía ver, directamente abajo, el Parque de las Joyas, el Norbu Linga, donde el Recóndito pasaba sus muy escasos momentos de recreo. En aquel momento el parque estaba casi desierto, pues aparte de unos pocos monjes jardineros que arreglaban los destrozos de la reciente tempestad, no había lamas ancianos a la vista. Yo recordaba que antes que se lisiaran mis piernas me gustaba deslizarme por la ladera de la montaña, cruzar la carretera de Lingkor y entrar en el Parque de las Joyas o Norbu Linga por el que yo creía que era mi camino supersecreto.

Llegamos a la cima de la montaña, el espacio pedregoso que se extendía ante las paredes del Chakpori, paredes que encerraban a toda esa lamasería. El monje que estaba en la puerta se apresuró a recibirnos y otros dos monjes corrieron para hacerse cargo de nuestros caballos. Yo me despedí del mío con la mayor alegría, pero gimiendo un poco al sentir otra vez en las piernas el peso del cuerpo.

—Tendré que ocuparme de tus piernas, Lobsang, pues no se curan tan bien como yo esperaba —dijo mi guía.

Un monje se hizo cargo del equipaje del lama y se alejó con él. Mingyar Dondup entró en la lamasería mientras me decía sobre el hombro:

—Volveré a verte dentro de una hora.

El Potala era demasiado público para mí, demasiado "grande"; uno tenía que estar constantemente alerta para no molestar accidentalmente a un monje anciano o a un lama joven; los lamas ancianos nunca se ofendían, pues tenían que preocuparse por cosas más importantes que si una persona miraba en su dirección o aparentemente no los tenía en cuenta. Como en todos los casos, sólo los hombres inferiores causaban dificultades, pues sus superiores eran bondadosos, considerados y comprensivos.

Entré en el patio, pensando que esa sería una buena oportunidad para comer. En aquel período de mi vida el alimento era una de las cosas más importantes, porque la tsampa, a pesar de todas sus virtudes, lo dejaba a uno un poco hambriento.

Mientras recorría los muy conocidos corredores me encontré con muchachos de mis contemporáneos, muchachos que habían ingresado más o menos al mismo tiempo que yo. Pero se había producido un gran cambio. Yo no era ya sólo un muchacho más, un mozalbete al que había que educar o reprender, sino que estaba

bajo la protección especial del gran lama Mingyar Dondup, el que vestía la túnica azafranada. Ya había circulado el rumor y se había difundido en el exterior de que iba a recibir una instrucción especial, de que iba a tener una habitación en el alojamiento de los lamas, de que iba a hacer esto o aquello, y me divertía saber que mis hazañas, reales o imaginarias, eran muy conocidas. Un muchacho le confesó alegremente a otro que me había visto levantado de la tierra por una ráfaga de viento y llevado hasta lo alto del Techo Dorado.

Lo ví con mis propios ojos —dijo—. Yo estaba aquí, en este mismo lugar, y lo vi allí abajo sentado en la tierra. Luego vino esa gran tormenta de polvo y vi a Lobsang volar hacia arriba y parecía que luchaba con los demonios en el techo. Y después —el muchacho hizo una pausa dramática y giró los ojos para dar mayor énfasis a sus palabras— cayó directamente en los brazos de uno de los lamas gurdianes del Templo —Hubo un suspiro de pavor y admiración, con una mezcla de envidia, y el muchacho añadió—. Luego llevaron a Lobsang ante el Recóndito, ¡lo que significa una distinción y un honor para nuestra clase!

Me abrí camino entre la multitud de buscadores de sensaciones, la horda de muchachos y monjes jóvenes que esperaban que yo hiciese algún anuncio pasmoso, una especie de Revelación de los dioses, pero yo buscaba comida; me abrí camino entre aquella gente y me dirigí renqueando por el corredor a un lugar bien conocido: la cocina.

—¡Ah! ¿Así que has vuelto a nuestra casa? Bueno, siéntate, muchacho, siéntate y te alimentaré bien. No te han alimentado muy bien en el Potala a juzgar por el aspecto que tienes. Siéntate y te daré de comer.

El viejo monje cocinero se acercó, me palmeó en la cabeza y me hizo sentar en un montón de sacos de ce-

bada vacíos. Luego buscó en el interior de mi túnica y consiguió sacar mi escudilla. Fue a lavarla cuidadosamente (¡pero no porque lo necesitara!) y se acercó al caldero más próximo. Pronto volvió derramando tsampa y té en toda la cocina y me hizo levantar las piernas por si derramaba también sobre mi túnica.

—Aquí lo tienes, muchacho —dijo mientras me ponía la escudilla en las manos—. Cómelo, cómelo de prisa, pues sé que pronto vendrán a buscarte porque el Abad desea enterarse de todo lo que ha sucedido.

Por suerte, algún otro entró en la cocina y requirió su atención, por lo que se alejó de mí y me dejó comer mi tsampa tranquilo.

Cuando terminé le di las gracias cortésmente, porque era un anciano excelente que pensaba que los muchachos éramos molestos, pero no tan molestos si se nos alimentaba adecuadamente. Fui al gran barril de arena fina y limpié cuidadosamente la escudilla, y luego tomé la escoba y barrí la arena que había caído en el suelo. Me volví, hice una reverencia en su dirección, lo que le sorprendió gratamente, y salí.

Fui hasta el extremo del corredor y apoyé los brazos en la pared mientras miraba afuera. Debajo de mí estaba el pantano y un poco más allá corría el arroyo. Pero yo miraba sobre el Kashya Linga hacia el bote de trasbordo, porque el barquero parecía estar extraordinariamente activo ese día. Se inclinaba sobre los remos y remaba vigorosamente, y su embarcación de piel de yac parecía completamente cargada con personas y sus paquetes, y me preguntaba qué sucedía, por qué afluía tanta gente a nuestra Ciudad Santa. Luego recordé que los rusos ejercían una gran presión sobre nuestro país porque los ingleses también habían causado una conmoción, y ahora los rusos enviaban muchos espías a Lassa disfrazados de mercaderes, en la creencia de que

nosotros, pobres nativos ignorantes, no nos daríamos cuenta de ello. Olvidaban, o quizá no lo sabían, que muchos de los lamas eran telepáticos y clarividentes y sabían lo que pensaban los rusos casi tan pronto como ellos.

Me gustaba observar a todas las diferentes clases de personas, adivinar sus pensamientos y determinar si eran buenas o malas. Con la práctica eso era fácil, pero en aquel momento no tenía tiempo para quedarme mirando a los demás, pues deseaba ir a ver a mi guía. Me dolían las piernas y estaba realmente cansado. Mi guía había tenido que ir al Seto de Rosas antes que yo me hallara lo suficientemenee bien para realizar mis tareas. En realidad debía haber permanecido entre las sábanas y en el suelo durante una semana más, pero el Chakpori, aunque era un buen lugar, no acogía de buena gana a los muchachos enfermos que tenían heridas cuya curación era lenta y violaban la rutina regular. Por eso había tenido que ir al Potala, donde, cosa curiosa, había más facilidades para esas atenciones que en nuestro Templo de la Curación.

En el Chakpori enseñaban a los discípulos capaces las artes de la curación. Nos enseñaban todo lo relacionado con el cuerpo, cómo funcionan las diferentes partes del cuerpo, la acupuntura, que consiste en introducir en el cuerpo agujas muy finas para estimular ciertos centros nerviosos; y todo lo relacionado con las hierbas, la manera de recogerlas después de poder identificarlas, el modo de prepararlas, almacenarlas y secarlas. En el Chakpori teníamos grandes edificios en los que los monjes, bajo la vigilancia de los lamas, preparaban constantemente ungüentos y hierbas. Recordaba la primera vez que los había visto...

Atisbé a través de la puerta, vacilante, asustado, sin saber lo que iba a ver ni quién podía verme. Sentía

curiosidad porque, aunque mis estudios no habían llegado todavía a la medicina botánica, el asunto me interesaba mucho. En consecuencia atisbé.

La habitación era grande y tenía un alto techo de vigas, y colgaban cuerdas de las grandes vigas que se extendían de un lado a otro y que sostenían unos bastidores ordenados en forma triangular. Durante un rato estuve mirando sin poder comprender la finalidad de aquellas cuerdas. Cuando mis ojos pudieron ver claramente en la oscuridad interior advertí que el otro extremo de las cuerdas estaba atado a bolsas de cuero, bolsas de cuero que mediante un tratamiento apropiado quedaban tan duras como la madera. En cada bolsa de cuero había pintada una palabra, palabras que nada significaban para mí. Observaba y nadie advertía mi presencia, hasta que por fin un viejo lama se volvió y me vio. Sonrió bondadosamente y me dijo:

Entra, muchacho, entra. Me complace ciertamente que un muchacho tan joven se interese ya por ésto.

Me acerqué a él titubeando y él me puso una mano en el hombro y con asombro por mi parte comenzó a hablarme de lo que se hacía en aquel lugar, señalándome las diferentes clases de hierbas y explicándome la diferencia entre el polvo, el té y el ungüento hechos con hierbas. Simpaticé con el anciano, al que sus hierbas parecían haberlo dulcificado notablemente.

Directamente frente a nosotros había una larga mesa de piedra, de una clase de piedra más bien áspera, probablemente granito, aunque no puedo asegurarlo. La mesa era plana, de unos cinco metros por dos, es decir grande y sólida. A su alrededor los monjes se ocupaban muy activamente en extender terrones de hierba, esta es la única palabra que encuentro para describirlos, pues parecían terrones de hierba coagulados, una masa de vegetación pardusca. Extendían esas hierbas en la me-

sa y luego, con trozos de piedra lisos parecidos a ladrillos, apretaban las hierbas arrastrando las piedras hacia un lado. Cuando las levantaban vi que las hierbas quedaban maceradas, desmenuzadas. Seguían haciendo eso hasta que sólo quedaba la pulpa fibrosa. Al llegar a esa etapa los monjes se retiraban y se acercaban otros con cubos de cuero y piedra con el borde dentellado. Los nuevos monjes raspaban cuidadosamente la mesa de piedra y recogían toda la materia fibrosa en sus cubos de cuero. Hecho eso, los primeros monjes extendían arena fina en la mesa y frotaban ésta con sus piedras, limpiándola y al mismo tiempo haciendo nuevas rascaduras que retendrían a las hierbas para que pudieran ser maceradas.

Los monjes con los cubos de cuero llevaron la materia fibrosa al lado más lejano de la gran habitación, donde, como veía ahora, había calderas con agua hirviente. Uno tras otro fueron derramando el contenido de los cubos en una de las calderas. Me interesó ver que el agua estaba hirviendo y burbujeando, pero tan pronto como cayó en ella la materia fibrosa cesó la ebullición. El viejo lama me llevó a la caldera y miró adentro y luego tomó un palo y removió la masa mientras decía:

—Mira. Estamos hirviendo esto y seguiremos hirviéndolo hasta que el agua rebose y consigamos un jarabe espeso. Te mostraré lo que hacemos con eso.

Me condujo a otra parte de la sala, donde vi grandes jarras llenas con jarabe, todas con etiquetas que indicaban sus diferentes clases.

—Esto —dijo, señalando una tinaja particular— es lo que damos a los que sufren de infecciones catarrales. Beben una pequeña cantidad y, aunque el sabor no es muy agradable, es mucho más agradable que el catarro. Y de todos modos lo cura.

Rió de muy buen humor y luego me llevó a otra mesa situada en una habitación contigua. Allí encontré un grupo de monjes que trabajaba en un banco de piedra que parecía una artesa poco profunda. Tenían en las manos paletas de madera y mezclaban toda una colección de cosas bajo la vigilancia de otro lama. El anciano que me conducía en un recorrido tan interesante me dijo:

—Aquí tenemos esencia de eucalipto y esencia de alcanfor y las mezclamos con aceite de oliva importado muy costoso, y luego, con esas paletas de madera, los monjes revuelven todo y lo mezclan con manteca. La manteca forma una excelente base para un ungüento. Cuando tenemos enfermos del pecho encuentran alivio si se les frota con esto el pecho y la espalda.

Extendí con cautela un dedo y toqué una gota del material al borde de la artesa y todavía con más cautela lo olí y sentí que me escocían los ojos. El olor parecía arder dentro de mí, parecía que se me quemaban los pulmones y temía toser, aunque lo deseaba desesperadamente, por si estallaban. El viejo lama se echó a reír y dijo:

—Ponte eso en la nariz y te arrancará la piel de las ventanillas. Es el material concentrado y hay que seguir diluyéndolo con más manteca.

Más adelante estaban unos monjes que cortaban las puntas de las hojas de cierta planta seca y cuidadosamente la cernían a través de un paño parecido a una red de malla muy cerrada.

—Estos monjes preparan tés especiales. Llamamos té a una infusión de hierbas que se puede beber. Este té particular —y señaló uno— es antiespasmódico y alivia en los casos de contracciones nerviosas. Cuando vengas aquí y te familiarices con todo esto lo encontrarás muy interesante. —En ese momento le llamó alguien, pero añadió antes de irse—. Míralo todo, muchacho, míralo

todo. Me alegro de que alguien se interese tanto por nuestras artes.

Dicho eso, corrió a la otra habitación.

Seguí recorriendo el local y olfateando esto y aquello. Tomé uno de los polvos y lo olí con tal fuerza que se me introdujo en la nariz y la garganta y me hizo toser y toser hasta que vino otro lama que me hizo beber un té, también detestable.

Me repuse de ese incidente y me acerqué a una pared donde había un gran barril. Miré en su interior y me quedé asombrado porque parecía estar lleno de corteza, una corteza de aspecto extraño que nunca había visto. Tomé un pedazo y se desmenuzó entre mis dedos. Moví la cabeza sorprendido porque no comprendía para qué podían servir aquellos trozos de una corteza más áspera y sucia que cualquiera de las que había visto en nuestros parques. Un lama vio mi gesto, se acercó y me dijo:

—No tienes la menor idea de qué es esto, ¿verdad?

—No, honorable lama médico —contesté—. Me parece que no es más que basura.

Rió al oír eso, pues realmente le hizo gracia, y replicó:

—Eso, joven, es una corteza que se utiliza para el padecimiento más común actualmente en el mundo, una corteza que proporciona alivio y ha salvado muchas vidas. ¿Puedes advinar qué es? ¿Cuál es el padecimiento más común?

Yo estaba en verdad perplejo y, aunque pensé y pensé, no pude dar con una solución sensata, y se lo dije. Sonrió y explicó:

El estreñimiento, muchacho, el estreñimiento. Eso es la mayor calamidad del mundo. Pero esta es una corteza sagrada que traen los mercaderes de la India. Se la llama sagrada porque proviene de un país muy lejano, el Brasil, donde la llaman **cáscara sagrada**. La utilizamos también como té, o en los casos excepcionales la hervimos

durante largo tiempo hasta que obtenemos un destilado que mezclamos con cierto agregado de greda y azúcar y luego la prensamos en forma de píldora. Eso es para quienes no pueden tolerar su sabor acre en la forma de té.

Me sonrió muy amablemente, pues era evidente que le complacía mi interés, y era en verdad interesante.

El viejo lama anterior volvió apresuradamente, me preguntó cómo me iba y sonrió al ver que tenía en la mano un trozo de cáscara sagrada.

—Mastícala, muchacho, mastícala —me dijo—. Te hará mucho bien y te curará cualquiera tos que puedas tener, porque despues de masticar eso no te atreverás a toser.

Se sonrió como un pequeño duende, porque, aunque era un gran lama médico, era, no obstante, pequeño en estatura.

—Ven aquí —dijo—, mira esto; es de nuestro país. Lo llamamos olmo resbaladizo y ésta es la corteza de esa variedad de olmo. Es muy útil para las personas que padecen perturbaciones gástricas. La amasamos, hacemos con ella una pasta y el paciente infortunado la toma y se le alivia el dolor. Pero espera, muchacho, espera. Cuando vuelvas por aquí un poco más tarde estoy seguro de que descubrirás que tienes un gran porvenir por delante.

Les di las gracias a él y al otro lama por su bondad y puse fin a la primera de mis visitas...

Pero oí pasos apresurados, pasos apresurados: llegó un muchacho con la orden de que fuera a ver a mi guía, el lama Mingyar Dondup, quien me esperaba en su alojamiento, que en adelante casi sería también el mío, pues iba a tener una habitación junto a la suya. Me envolví estrechamente en la túnica para parecer más aseado y acudí con toda la rapidez que podía para ver qué clase de lugar me estaba destinado.

Capítulo XII

La mía era una habitación agradable, pequeña, pero lo bastante grande para mis necesidades. Me satisfizo ver que contaba con dos mesas bajas y que en una de ellas había muchas revistas y diarios. En la otra habían dejado algunas cosas muy buenas para mí: las golosinas que tanto me gustaban. Cuando entré me sonrió un monje sirviente y me dijo:

—Los dioses de la Fortuna te favorecen ciertamente, Lobsang. Estás junto a la habitación del gran lama Mingyar Dondup.

Yo sabía eso, me decía cosas que sabía ya, pero añadió:

—Aquí hay una puerta de comunicación. Debes recordar que no puedes pasar por esta puerta sin el permiso de tu guía, pues puede estar sumido en una profunda meditación. Ahora no podrás ver a tu guía durante breve tiempo, por lo que te sugiero que comas esas cosas.

Dicho eso, se volvió y salió de mi habitación. ¡Mi habitación! ¡Qué bien sonaba eso! Era maravilloso disponer de una habitación propia después de haber tenido que dormir en comunidad con otros muchos muchachos.

Me acerqué a la mesa, me incliné y examiné atentamente todas las cosas buenas que había en ella. Tras

mucha incertidumbre decidí lo que iba a comer, una cosa rosada cubierta con un fino polvo blanco. La tomé con la mano derecha y luego, para completar el banquete, tomé otra con la mano izquierda, y fui a la ventana para ver en qué parte del edificio me hallaba.

Apoyé los brazos en la piedra del marco de la ventana y asomé la cabeza, murmurando una mala palabra cuando se me cayó una de mis golosinas indias. Me apresuré a tragar la otra para que no corriera la misma suerte y volví a examinar el paisaje.

Me hallaba en el extremo sudeste del edificio y ocupaba la última habitación en la esquina del anexo. Veía el Parque de las Joyas, el Nurbu Linga. En aquel momento se paseaban por él algunos lamas que parecían discutir, pues hacían muchos gestos. Durante unos instantes me quedé observándolos; el espectáculo era muy divertido: uno de ellos adoptaba posturas en el suelo y el otro declamaba, y luego cambiaban de lugares. Comprendí lo que hacían: ensayaban para los debates públicos, pues el Dalai Lama en persona iba a asistir a uno de esos debates. Satisfecho por no haber perdido algo que debía conocer, fijé mi atención en otras cosas.

Unos pocos peregrinos vagaban de un lado a otro en la carretera de Lingkor como si esperaran encontrar oro debajo de cada matorral o de cada piedra. Formaban un grupo abigarrado; algunos eran peregrinos ortodoxos, realmente sinceros; otros, según podía deducir sin mucha dificultad, eran espías, espías rusos que nos espiaban a los chinos y a nosotros, y espías chinos que nos espiaban a nosotros y a los rusos. Yo pensaba que mientras se espiasen mutuamente nos dejarían tranquilos. Directamente debajo de mi ventana había un pantano con un riachuelo que lo cruzaba y desembocaba en el Río Feliz. Por un puente sobre el río pasaba la carre-

tera de Lingkor. Me divertí observando a un grupito de muchachos de la ciudad; los llamábamos Cabezas Negras porque no las tenían rapadas como nosotros, los monjes. Se divertían en aquel puente arrojando trozos de madera por un lado y corriendo al otro para verlos reaparecer. Uno de ellos perdió el equilibrio con la ayuda oportuna de uno de sus compañeros y cayó de cabeza al agua. Pero el accidente no fue muy grave, pues consiguió salir a la orilla cubierto con un lodo muy viscoso que, por mi daño, yo también había encontrado en aquel río. Todos los muchachos corrieron a la orilla y le ayudaron a limpiarse, pues sabían lo que les dirían sus padres si volvían a la ciudad de Lasa dejando a su compañero en aquel estado horrible.

Más al este el barquero seguía desempeñando su oficio y transportando a la gente a través del río, y lo hacía con muchos aspavientos, con la esperanza de sacar más dinero a sus pasajeros. Eso era algo que me interesaba realmente, porque en esa época nunca había estado en el agua en una embarcación y eso constituía entonces el colmo de mi ambición.

Un poco más lejos había otro pequeño parque, el Kashya Linga, a lo largo del camino que llevaba a la Misión China. Desde mi habitación veía las paredes de la misión y contemplaba el jardín, aunque estaba bien cubierto por los árboles. Nosotros, los muchachos, creíamos que en la Misión China se cometían horribles atrocidades y, ¿quién sabía?, acaso estábamos en lo cierto.

Más al este se hallaba el Khati Linga, un parque muy agradable pero algo húmedo, pues estaba en un terreno pantanoso. Más allá se alzaba el Puente de Turquesa, que podía ver y la vista del cual me deleitaba. Me divertía ver a la gente entrar por un lado en el puente cerrado para reaparecer en el otro extremo.

Más allá del Puente de Turquesa veía la ciudad de

Lasa, la Municipalidad y, por supuesto, los techos dorados de la Jo Kang, la Catedral, que era tal vez el edificio más antiguo de nuestro país. A lo lejos se alzaban las montañas con las ermitas y las grandes lamaserías. Sí, me sentía muy satisfecho con mi habitación, pero de pronto me dí cuenta de que no podía ver el Potala. Y simultáneamente se me ocurrió la idea de que tampoco me podían ver los altos funcionarios del Potala, por lo que si arrojaba guijarros o tsampa a los peregrinos desprevenidos nadie me vería y éstos lo atribuirían a las aves.

En el Tibet no teníamos camas y dormíamos en el suelo. La mayoría de las veces ni siquiera teníamos almohadones ni ninguna otra cosa en el suelo y nos limitábamos a envolvernos en mantas y nos acostábamos utilizando nuestras ropas como almohada. Pero no era la hora de acostarse y me senté dando la espalda a la ventana, de modo que la luz pasaba sobre mis hombros, y tomé una revista. El título no significaba nada para mí, porque podía haber sido inglés, francés o alemán, y yo no sabía leer en ninguno de esos idiomas. Pero cuando hojeé la revista me pareció que era india, porque tenía un mapa en la cubierta y reconocí algunos de los nombres y algunas formas de las palabras.

Recorrí las páginas. Como las palabras no tenían significado para mí, dediqué mi atención exclusivamente a las ilustraciones. Me sentía contento porque mi suerte había mejorado, feliz contemplando las ilustraciones mientras mis pensamientos vagaban muy lejos de ellas. Recorría distraídamente las páginas y de pronto me detuve y me eché a reír y a reír. Allí, en las dos páginas centrales, aparecían varias fotografías de hombres puestos cabeza abajo, formando nudos con su cuerpo y en otras posturas parecidas. Sabía que lo que veía eran algunos de los ejercicios del yoga que entonces se cul-

tivaban mucho en la India. Algunas de las actitudes me hicieron reír fuertemente, pero dejé de hacerlo de pronto cuando levanté la vista y vi a mi guía, el lama Mingyar Dondup, que me sonreía a través de la puerta de comunicación abierta.

Antes que pudiera levantarme me hizo seña para que me quedara sentado y me dijo:

—No, aquí no queremos ceremonias, Lobsang. La ceremonia está bien en las ocasiones oficiales, pero esta habitación es tu residencia, así como mi habitación —y señaló a través de la puerta— es mi residencia. ¿Pero qué te hacía reír tanto?

Reprimí mi regocijo creciente y señalé las ilustraciones acerca del yoga. Mi guía entró en la habitación y se sentó en el suelo a mi lado.

—No debes reírte de las creencias de otras personas, Lobsang, porque no te gustaría que otras personas se rieran de las tuyas —dijo—. Éstas practican el yoga. Yo no practico el yoga, ni tampoco lo hace ninguno de los lamas superiores; sólo los que carecen de aptitud para hacer cosas metafísicas practican el yoga.

—Maestro —le pregunté algo excitado—, ¿quiere decirme algo acerca del yoga, cómo lo practica la gente, qué es? Todo ello me tiene muy perplejo.

Mi guía se contempló los dedos durante unos instantes y luego contestó:

—Pues bien, sí, tienes que conocer esas cosas. Hablemos de ellas ahora. Te diré algo acerca del yoga.

Me quedé sentado escuchando lo que decía mi guía. Había estado en todas partes, visto todo y hecho todo, y yo nada deseaba tanto como tomarlo como modelo. Escuchaba con más atención que la que habría prestado normalmente un muchacho.

—A mí no me interesa el yoga —dijo—, porque no es más que un medio para disciplinar el cuerpo. Si una

persona ha conseguido ya disciplinar el cuerpo, el yoga no es más que una pérdida de tiempo. En nuestro país sólo las clases muy inferiores practican el yoga. Los indios han hecho de él un culto, y lamento decir que excesivamente, porque aparta de las verdades reales. Se admite que antes que uno pueda realizar varias prácticas metafísicas tiene que dominar el cuerpo, tiene que poder dominar su respiración, sus emociones y sus músculos. Pero —sonrió al mirarme— yo me opongo al yoga porque sólo trata de conseguir mediante la fuerza bruta lo que se debe conseguir por medios espirituales.

Mientras él hablaba yo miraba las ilustraciones y me parecía extraño que algunas personas tratasen de formar nudos con su cuerpo y creyesen que eso era algo espiritual. Pero mi guía continuó:

—Muchos indios de las clases inferiores pueden realizar una forma de engaño mediante el yoga. Pueden hipnotizar y practicar otras tretas que les hacen creer que se trata de algo verdaderamente espiritual, pero es una treta y nada más. Nunca he oído hablar de nadie que haya ido a los Campos Celestiales por saber hacer nudos con su cuerpo —y rió.

—¿Pero por qué hace la gente esas cosas raras? —pregunté.

—Hay ciertas cosas, ciertas manifestaciones físicas que se pueden conseguir con el yoga, y no cabe duda de que si uno practica el yoga puede desarrollar algunos músculos, pero eso no contribuye a desarrollar la espiritualidad. Muchos indios hacen exhibiciones y a esos hombres los llaman faquires. Van de aldea en aldea y de ciudad en ciudad haciendo exhibiciones de yoga, quizás haciendo nudos con su cuerpo, como tú dices, o manteniendo un brazo sobre la cabeza durante largo tiempo, o haciendo otras cosas notables. Adoptan una actitud santa como si realizaran la cosa más admirable de todas,

y como constituyen una minoría ruidosa que busca la propaganda, la gente ha llegado a la conclusión de que el yoga es un camino fácil para llegar a las grandes verdades. Eso es completamente falso, pues el yoga sólo ayuda a desarrollar o controlar o disciplinar el cuerpo, pero no ayuda a conseguir la espiritualidad.

Rió y añadió:

—Apenas podrás creerlo, pero cuando yo era muy joven también practiqué el yoga y saqué la conclusión de que invertía tanto tiempo tratando de hacer unos pocos ejercicios pueriles que no me quedaba el suficiente para dedicarme al progreso espiritual. En consecuencia, por consejo de un sabio anciano, abandoné el yoga y me dediqué a cosas más serias —me miró y tendió el brazo en la dirección de Lasa y luego giró para incluir también la dirección del Potala—. En todo nuestro país no encontrarás lamas superiores que practiquen el yoga. Se ocupan de lo que interesa realmente. Verás que los yoguis hacen siempre un gran alboroto público diciendo lo admirables que son, la importancia que tienen y cómo poseen las llaves de la salvación y la espiritualidad. Pero el verdadero adepto de la metafísica no habla de lo que puede hacer realmente. Por desgracia, en el yoga hay una ruidosa minoría que trata de influir en la opinión pública. Mi consejo para ti, Lobsang, es éste: nunca, nunca te preocupes por el yoga, pues es completamente inútil para ti. Has nacido con ciertas facultades: clarividencia, telepatía, etcétera, y no tienes necesidad alguna de hacer experimentos con el yoga, pues inclusive podría ser perjudicial.

Mientras él hablaba yo pasaba las páginas de la revista casi sin darme cuenta, pero de pronto llamó mi atención un grabado en el que se veía a un hombre al parecer occidental con la expresión contorsionada mientras

trataba de hacer un ejercicio. Se lo señalé a mi guía, quien miró y dijo:

—Ah, sí, es una víctima del yoga. Un occidental que trataba de hacer un ejercicio y se dislocó un hueso. Es muy imprudente que los occidentales practiquen el yoga porque sus músculos y huesos no son lo bastante flexibles. Sólo se puede practicar el yoga (si uno desea realmente hacerlo) si uno se ejercita desde una edad muy temprana. Que lo hagan las personas de edad madura... bueno, es tonto y ciertamente perjudicial. Pero es ridículo decir que la práctica del yoga es causa de enfermedad. No es así. Lo único que hace es ejercitar unos pocos músculos, y a veces una persona puede dislocarse un hueso o relajarse un músculo, pero de eso tiene la culpa la persona, que no debe hacer semejantes cosas —Rió mientras cerraba la revista y añadió—. Los únicos yoguis que he conocido estaban verdaderamente chiflados, creían que eran las personas más inteligentes, que sabían todo, que la práctica del yoga era la salvación del mundo. Pero no es más que un ejercicio, como cuando vosotros, los muchachos, trepáis a un árbol o camináis con zancos, o cuando corréis para que una cometa se eleve en el aire. ¿El yoga? Sólo un ejercicio físico, nada más, nada espiritual. Puede ayudarle a uno a mejorar su estado físico para que luego se olvide del yoga y se dedique a las cosas que importan, a las cosas del espíritu. Después de todo, al cabo de unos pocos años todos abandonan el cuerpo y entonces no importa que ese cuerpo tenga músculos duros y huesos fuertes; lo único que importa entonces es el estado del espíritu.

Volvió al tema y añadió:

—Y debo advertirte esto: muchos de los que practican el yoga olvidan que el suyo es sólo un culto de la preparación física. Pero han adoptado algunas de nuestras prácticas de curación ocultas y dicen que esas prác-

ticas de curación son un aditamento del yoga. Eso es completamente falso, pues cualquiera de las artes de curación puede ser practicada por una persona que ignore por completo el yoga, y con frecuencia lo hace mucho mejor. Por consiguiente —y me señaló severamente— no te dejes engañar por la propaganda yoga, pues en realidad puede desviarte del Camino.

Se dio vuelta y entró en su habitación, pero en seguida reapareció y me dijo:

—¡Oh! Tengo en mi habitación unas pergaminos que quiero que fijes en la pared de la tuya. Será mejor que vengas a recogerlos.

Se acercó a mí y me levantó para que yo no tuviera que hacer esfuerzo alguno para levantarme solo. Entré tras él en su habitación y sobre una mesa había tres papeles enrollados. Tomó uno de ellos y dijo:

—Esto es una estampa china muy antigua que hace muchos centenares de años fue hecha en madera enchapada. Ahora está en la ciudad de Pekín, pero en esta reproducción quiero que estudies atentamente cómo los órganos del cuerpo son imitados por monjes que realizan diversas tareas —Señaló un punto particular—. Aquí los monjes se ocupan en mezclar comida y líquido y es el estómago. Los monjes preparan todo ese alimento para que pase por varios tubos antes que llegue a otros monjes. Si estudias esto tendrás una idea muy buena del funcionamiento básico del cuerpo humano.

Enrolló otra vez el pergamino, lo ató cuidadosamente con las cintitas que estaban ya sujetas a él y luego tomó otro y me lo mostró.

—Esto —dijo— es una representación de la espina dorsal. Verás que los diferentes centros de fuerza están situados entre la base de la espina dorsal y la parte alta de la cabeza. Debes tener este pergamino delante de ti

de modo que sea lo último que ves al acostarte y lo primero que ves por la mañana.

Enrolló cuidadosamente el pergamino y lo ató y luego tomó el tercero, lo desenrolló y dijo:

—Ésta es una representación del sistema nervioso y muestra cosas que deberás estudiar, como el ganglio cervical, el nervio neumogástrico, el plexo cardíaco, el plexo solar y el plexo pélvico. Tienes que conocer todas estas cosas porque son esenciales para ti como preparación para ser un lama médico.

Yo contemplaba esas cosas cada vez más desalentado, porque me parecía que nunca llegaría a dominarlas, que nunca llegaría a conocer todas las complicaciones del cuerpo humano, con aquellas redes intrincadas que eran nervios y músculos. Pero pensaba: "Tengo tiempo de sobra; que me dejen progresar a mi velocidad, y si no puedo aprender tanto como ellos creen que puedo, pues bien, uno no puede hacer más que lo posible."

—Ahora —dijo el lama— te sugiero que salgas y tomes un poco de aire. Deja esos pergaminos en tu habitación y luego puedes hacer lo que quieras durante el resto del día... con tal que no sea un travesura —añadió sonriendo.

Me incliné respetuosamente y tomé los tres pergaminos. Volví a mi habitación y cerré la puerta de comunicación. Durante un tiempo me quedé en el centro de la habitación preguntándome dónde podría fijar los desagradables pergaminos. Observé que en la pared había algunas salientes apropiadas. Cuidadosamente tomé una mesa y la coloqué debajo de una de las salientes; subí a la mesa, lo que me colocó a mayor altura, y por fin conseguí colgar de la saliente el primer pergamino. Me retiré a la parte más apartada de la habitación y contemplé mi obra. Pero no estaba derecha. La miré críticamente y volví para colocar el pergamino como debía

estar. Cuando quedé satisfechó, coloque del mismo modo los otros dos pergaminos. Luego me limpié las manos con aire de complacencia. Sonriendo de satisfacción conmigo mismo salí de la habitación preguntándome qué camino seguiría, pero al pasar por delante de la puerta de mi guía ví al monje sirviente en el extremo del corredor. Me saludó amistosamente y me dijo:

—Ese es el camino por el que se sale más rápidamente. La puerta está destinada a los lamas, pero me han dicho que tú puedes utilizarla.

Me la indicó, le dí las gracias y no tardé en salir al aire libre.

Me hallaba a campo raso. El final del sendero de la montaña estaba exactamente bajo mis pies. A la derecha un grupo de monjes trabajaba activamente. Me pareció que limpiaban el camino, pero no me acerqué, pues no deseaba que me hicieran realizar alguna tarea. Seguí directamente hacia adelante, me senté en un canto rodado y durante un rato estuve contemplando la ciudad, que no quedaba muy lejos, sino lo bastante cerca para que pudiera distinguir en el aire claro del Tibet las vestimentas de los mercaderes, los monjes y los lamas que iban de un lado a otro dedicados a sus actividades.

Pronto descendí unos pocos metros y me senté en otra piedra junto a la cual había un matorral agradable. Mi atención se fijó en el pantano de abajo, el pantano en el que la hierba era verde y lujuriante y donde podía ver las burbujas que producían los peces que acechaban en los estanques reservados. Mientras estaba sentado allí sentí de pronto una embestida en la espalda y una roz ronca y gangosa dijo: "Hhrrah, mmrraw". Siguió un ronroneo cordial y una fuerte cabeza peluda me saludó. Tomé al viejo gato y lo acaricié y él se puso a lamerme y a lamerme con una lengua tan áspera como la grava del suelo. Luego corrió a ponerse delante, saltó a mi

regazo, descendió de él de otro salto, se alejó entre los matorrales y se detuvo a la vista, volviéndose para hacerme frente. Parecía la imagen misma de la interrogación parado allí, con el rabo y las orejas erectos, mirándome con sus ojos azules centelleantes. No me moví, por lo que él volvió a subir corriendo por la ladera hacia mí, ronroneando Como seguí sin moverme, tendió una pata, clavó la zarpa en la parte baja de mi túnica y tiró de ella.

—¡Oh, gato! ¿Qué te pasa? —pregunté exasperado.

Me levanté lentamente y miré a mi alrededor para ver qué era lo que agitaba al animal. Nada había a la vista, pero el gato corrió hacia un matorral distante y luego otra vez hacia mí para tirarme de la túnica. Comencé a descender por la ladera de la montaña con cautela, mientras el gato danzaba excitado, daba vueltas, saltaba a mi alrededor y me empujaba.

Me asía a los matorrales mientras descendía lentamente y por fin llegué al punto donde el gato se había detenido para hacerme frente, pero allí nada había que ver.

—¡Eres un gato idiota! —exclamé irritado—. Me has arrastrado hasta aquí sólo para jugar.

"¡Mmraw! ¡Mmraw!", dijo el gato, volviendo a asirme la túnica con las zarpas, metiéndose entre mis piernas, empujándome y mordisqueándome los dedos desnudos que asomaban entre mis sandalias.

Con un suspiro de resignación avancé un poco más, me abrí paso a través de un matorral y me así a él fuertemente porque allí había un retallo y si no me hubiera asido tan fuertemente habría podido caer por sobre el retallo. Me volví para decir algunas cosas desagradables al gato amigo que en aquel momento se hallaba en un frenesí de excitación. Corrió a mi alrededor y saltó por el borde. La impresión casi me paralizó el

corazón, pues el viejo gato era un buen amigo mío y creía que se había suicidado.

Con mucha cautela me arrodillé y, asiéndome fuertemente a los matorrales, miré sobre el retallo. A unos cuatro metros más abajo ví el cuerpo de un monje anciano. Mis ojos horrorizados vieron que tenía la cabeza ensangrentada y que también su túnica tenía sangre. Me palpitaba el corazón a causa del temor, la excitación y el esfuerzo. Miré a mi alrededor y descubrí que a mi izquierda había un pequeño declive, por el que descendí y llegué a donde estaba el viejo monje.

Con cautela, y casi a punto de desvanecerme de espanto, lo toqué. Estaba vivo. Cuando lo toqué movió los ojos débilmente y gimió. Me dí cuenta de que se había caído y golpeado la cabeza contra una piedra. El gato me observaba atentamente.

Froté suavemente la cabeza del viejo monje, y bajo las orejas hasta el cuello y sobre el corazón. Al cabo de algún tiempo abrió los ojos y miró vagamente a su alrededor. Lentamente fue enfocando la vista y la fijó en mí.

—Todo está bien —le dije para tranquilizarlo—. Voy a subir para que vengan a ayudarlo. No tardaré mucho.

El pobre anciano trató de sonreír y volvió a cerrar los ojos. A gatas, porque era el modo de subir más seguro y rápido, ascendí hasta el sendero y corrí por él a la puerta oculta de los lamas. Al entrar casi choqué con el monje sirviente que estaba allí.

—¡Pronto! ¡Pronto! —dije—. Hay un monje herido en las rocas.

Mientras hablaba salió mi guía de su habitación y nos miró interrogadoramente preguntándose cuál era la causa del alboroto.

—¡Maestro! ¡Maestro! —exclamé—. Acabo de encontrar, con la ayuda del honorable Minino, a un viejo monje herido. Tiene la cabeza ensangrentada y la pierna do-

blada de una manera no natural. Necesita ayuda con urgencia.

Mi guía se apresuró a dar instrucciones al monje sirviente y luego me dijo:

—Guíame, Lobsang, yo te sigo.

Juntos salimos del Chakpori y cruzamos el pequeño sendero. Lo conduje por la ladera empinada, observando con consternación que su túnica azafranada se manchaba; la mía estaba tan sucia que unas manchas más no tenían la menor importancia. El honorable Minino bailaba en el sendero delante de nosotros y realmente parecía aliviado al ver al lama Mingyar Dondup conmigo.

Pronto llegamos a donde estaba el viejo monje, que seguía con los ojos cerrados. Mi guía se arrodilló junto a él y sacó varios paquetes del interior de su túnica, vendas y un mejunje que tenía en un pedazo de paño y que puso bajo la nariz del anciano. El monje estornudó violentamente y abrió los ojos, unos ojos tensos y doloridos. Pareció muy aliviado cuando vio quién le atendía.

—No es nada, amigo, ahora llega la ayuda —dijo mi guía.

El viejo monje volvió a cerrar los ojos y lanzó un suspiro de alivio.

Mi guía levantó la túnica del monje y vimos que un trocito del hueso salía a través de la piel de la pierna inmediatamente debajo de la rodilla. Mi guía dijo:

—Sujétale las manos, Lobsang, sujétaselas fuertemente. Apriétale de modo que no pueda moverse. Yo voy a enderezarle la pierna.

Dicho eso, asió el tobillo del monje y con un tirón muy rápido le enderezó la pierna y ví que el hueso desaparecía dentro de la piel. Lo hizo con tanta rapidez y cuidado que el anciano ni siquiera tuvo tiempo para quejarse.

También rápidamente, mi guía alcanzó dos ramas que quedaban muy cerca de un arbusto bastante grande. Las cortó con un cuchillo, las envolvió con un trozo de su túnica y las ató como tablillas en la pierna del monje. Luego nos quedamos esperando.

Pronto oímos restregamientos de pies y forcejeos y un grupo de monjes conducido por un lama apareció descendiendo por el sendero. Los llamamos y dirigimos al lugar donde estábamos. Cuidadosamente se agruparon alrededor del monje herido. Un monje joven, sin el menor cuidado, trató de alardear de la firmeza de sus pies. Resbaló en las piedras sueltas, perdió el equilibrio y comenzó a caer por la ladera de la montaña. La parte baja de su túnica se enganchó en un arbusto y le salió por la cabeza, y allí quedó como una banana pelada balanceándose desnudo a la vista de los peregrinos que pasaban por el Camino Circular de abajo. Mi guía rió entre dientes y ordenó que otros dos fueran sin demora a salvarlo. Cuando lo trajeron de vuelta estaba muy avergonzado y ruborizado. Observé que tendría que mantenerse en pie durante varios días si quería estar cómodo, pues el roce con las piedras le había dejado las nalgas en bastante mal estado.

Los monjes levantaron cuidadosamente al herido para poder deslizar bajo él una fuerte lona. Luego lo pusieron de espalda y lo acomodaron de modo que quedó tendido en una buena camilla. Luego lo envolvieron en la lona formando un tubo con ella y pasaron una fuerte pértiga por el túnel, sujetando al herido a la pértiga por medio de anchas cinchas. Él estaba inconsciente, por fortuna, y dos monjes levantaron los extremos de la pértiga y alzaron la camilla improvisada y, con la ayuda de otros monjes que empujaban y les afirmaban los pasos, fueron ascendiendo lenta y cautelosamente a tra-

vés de los matorrales por la ladera de la montaña hasta que llegaron sin accidentes al Chakpori.

Yo me quedé acariciando al honorable Minino y relatando a mi guía, el lama Mingyar Dondup, cómo había ido a buscarme el viejo gato para que acudiera en ayuda del anciano.

—El pobre viejo habría muerto probablemente si no hubieras avisado, honorable Minino —dijo mi guía, y acarició también al gato. Luego se volvió hacia mí y añadió— Buen trabajo, Lobsang. Has comenzado bien. Sigue así.

Trepamos juntos por el sendero de la montaña, ambos envidiando al honorable Minino que danzaba y brincaba por delante. Mi guía entró en el Chakpori, pero yo me quedé sentado en el canto rodado de la cima, embromando al honorable Minino con un trozo de corteza, un trozo de corteza flexible que él simulaba tomar por un enemigo feroz. Saltaba, rezongaba, rugía y atacaba a la corteza, y juntos gozamos con la más intensa sensación de una afectuosa amistad.

Capítulo XIII

Era agradable estar de vuelta en el Chakpori, entre aquellos con quienes me había familiarizado. Allí los maestros eran buenas personas que se dedicaban a la preparación de los lamas médicos. Mi guía había propuesto que yo asistiese a las clases de botánica, anatomía y medicina, pues el Chakpori era el centro de esos estudios.

Con otros veinticinco alumnos —muchachos como yo, otros de más edad y uno o dos monjes jóvenes de otras lamaserías— me sentaba en el suelo de una de nuestras salas de conferencias; el lama maestro se interesaba por su trabajo, se interesaba por enseñarnos.

—¡El agua! —dijo—. El agua es la base de la buena salud. La gente no bebe lo suficiente para que el cuerpo funcione debidamente. Uno come y se forma en su estómago un revoltijo pesado que no puede pasar por los intestinos. El resultado es un sistema obstruído, mala digestión y una completa incapacidad para emprender el estudio y la práctica de la metafísica.

Calló y miró a su alrededor como para desafiarnos a que dijéramos lo contrario.

—Maestro —dijo un monje joven de alguna lamasería menor—, seguramente si bebemos cuando comemos di-

luímos nuestros jugos gástricos; por lo menos así me han dicho.

El monje joven calló bruscamente y miró a su alrededor como si lo hubiera dejado azorado su audacia.

—Es una buena objeción —replicó el lama maestro—. Muchas personas tienen esa impresión, pero es errónea. El cuerpo posee la capacidad de producir un jugo digestivo muy concentrado, tan concentrado, en realidad, que en ciertas condiciones los jugos digestivos pueden comenzar a digerir el cuerpo.

Abrimos la boca asombrados y yo me asusté bastante al pensar que podía estar comiéndome a mí mismo. El maestro sonrió al ver la impresión que había causado. Durante unos instantes más guardó silencio para que esa impresión ejerciera su pleno efecto en nosotros, y luego preguntó, mirándonos a uno tras otro con la esperanza de obtener una respuesta:

—¿Cuál es la causa de las úlceras gástricas y las irritaciones del estómago?

—Maestro —fue mi respuesta temeraria—, cuando un hombre se preocupa se le forman úlceras casi lo mismo que como puede sufrir un ataque de dolor de cabeza.

—¡Buena respuesta! —dijo el maestro, sonriendo—. Sí, si un hombre se preocupa, los jugos gástricos de su estómago se concentran cada vez más hasta que al final la parte más débil del estómago es atacada y como los ácidos que habitualmente digieren el alimento corroen esa parte más débil y terminan haciendo un agujero, las punzadas de dolor revuelven el contenido del estómago y producen una nueva concentración de los jugos. Por fin los ácidos se filtran por el agujero que han hecho y se difunden entre las capas del estómago causando las que llamamos úlceras gástricas. Una adecuada cantidad de agua alivia mucho la situación e inclusive puede evitar las úlceras. Moraleja: cuando estéis preocupados

bebed agua y reducid el peligro de que se os formen úlceras.

—Maestro —dijo un muchacho tonto—, espero que la gente no tenga eso muy en cuenta. Yo soy uno de los que tienen que traer el agua por la ladera de la montaña, y esa tarea es ya bastante dura.

La mayoría de la gente no piensa en los problemas de un país como el Tibet. Teníamos agua en abundancia, pero la mayor parte de ella en los lugares menos convenientes. Para satisfacer las necesidades de lamaserías como el Potala y el Chakpori equipos de monjes obreros y de muchachos tenían que transportar el agua en recipientes de cuero por los senderos de la montaña. También se utilizaban caballos y yacs bien cargados para transportar el agua necesaria para nuestra existencia. Muchos obreros trabajaban para mantener llenos los tanques colocados en posiciones accesibles. No abríamos una canilla y obteníamos una cantidad abundante de agua fría y caliente; la nuestra había que sacarla con un cucharón de un tanque. Arena muy fina del lecho del río, transportada del mismo modo, era utilizada para limpiar los utensilios y para fregar los pisos. ¡El agua era preciosa! Nuestro lavadero era la orilla del río; llevábamos nuestras ropas al río en vez de llevar el río montaña arriba.

El lama maestro no tuvo en cuenta la observación tonta y continuó:

—La peor dolencia de la humanidad es... —hizo una pausa buscando un efecto dramático mientras nosotros pensábamos en la peste y el cáncer— es el estreñimiento. El estreñimiento causa más mala salud en general que cualquier otra enfermedad. Sienta la base para enfermedades mucho más graves. Le hace a uno perezoso, mal humorado y perverso. ¡Pero el estreñimiento puede ser curado! —Hizo otra pausa y miró a su alrededor—. No

mediante grandes dosis de cáscara sagrada, no mediante litros de aceite de castor, sino bebiendo el agua suficiente. Tened en cuenta que comemos. Tragamos la comida y tiene que pasar por nuestro estómago y nuestros intestinos. En los últimos unos pelos cortos llamados "vellosidades" (son huecos con tubos) chupan el nutrimento de la comida en digestión y digerida. Si el alimento es demasiado pesado, demasiado "sólido", no puede entrar en las vellosidades. Queda impactado formando masas duras. Los intestinos deben "retorcerse", como podemos llamar a la acción de la peristalsis, y eso empuja al alimento a lo largo del tubo digestivo, haciendo lugar para más alimento. Pero si el alimento es sólido el único resultado de la peristalsis es el dolor y no el movimiento. En consecuencia, el agua es muy necesaria para ablandar la masa.

Es una triste realidad que todos los estudiantes de medicina se imaginan que sienten todos los síntomas que están estudiando. Me apreté el abdomen porque... sí, estaba seguro de que tenía dentro una masa dura. Pensé que debía hacer algo al respecto.

—Maestro —pregunté—, ¿qué efecto produce un laxante?

La mirada del maestro se volvió hacia mí. Había una sonrisa en sus ojos. Sospeché que esperaba que la mayoría de nosotros sintiésemos que teníamos "masas duras" en el estómago.

—Una persona que tiene que tomar un laxante —contestó— es una persona que padece ya escasez de agua en el cuerpo. Está estreñida porque tiene insuficiente líquido para ablandar los residuos endurecidos. Es necesario obtener agua y el laxante hace en primer lugar que el cuerpo derrame agua por los vellos para que la masa se ablande y se haga flexible y luego refuerce la acción peristáltica. El dolor lo causan las masas con-

glutinadas que se adhieren a las superficies internas, y el cuerpo queda deshidratado. Se debe beber siempre bastante agua después de tomar un laxante —sonrió y añadió—. Por supuesto, en opinión de nuestro amigo acarreador de agua, los pacientes deberían acostarse a la orilla del río y beber allí abundantemente.

—Maestro, ¿por qué los enfermos de estreñimiento tienen la piel en tan mal estado y todas esas pústulas? —preguntó un muchacho que tenía muy mal la piel, y se ruborizó intensamente cuando todas las cabezas se volvieron hacia él.

—Debemos librarnos de nuestros residuos de la manera determinada por la naturaleza —contestó nuestro maestro—. Pero si el hombre impide ese método, los residuos penetran en la sangre, obstruyen los vasos vitales y el cuerpo trata de librarse de esos residuos a través de los poros de la piel. Pero la materia no es lo suficientemente fluida para pasar por los finos tubos de los poros y se producen la obstrucción y la "piel sucia". Bebed mucha agua, haced bastante ejercicio y no tendréis que apelar tanto a la cáscara sagrada, el jarabe de higo y el aceite de castor —Se echó a reír y terminó—. Ahora terminaremos esto para que podáis correr a beber litros de agua.

Movió la mano en ademán de despedida y se dirigía a la puerta cuando entró un mensajero.

—Honorable maestro —preguntó—, ¿está aquí un muchacho llamado Rampa, Martes Lobsang Rampa?

El maestro miró a su alrededor y dobló un dedo para llamarme.

—Lobsang, ¿qué has hecho esta vez? —preguntó con indulgencia.

Me adelanté de mala gana, renqueando de la manera más patética que podía, y preguntándome de qué nuevo engorro se trataba. El mensajero le dijo al lama:

—Este muchacho tiene que ir a ver al señor Abad inmediatamente. Yo tengo que llevarlo, no sé por qué.

Yo no sabía cuál podía ser el motivo del llamamiento. ¿Podía haberme visto alguien arrojando tsampa a los monjes? ¿Me había visto alguien poniendo sal en el té del maestro de los acólitos? O quizás... Pensaba con temor en los diversos "pecados" que sabía había cometido. ¿Y si el señor Abad conocía algunos de mis delitos? El mensajero me llevó a lo largo de los fríos y desnudos corredores del Chakpori. Allí no había lujo ni bellos cortinajes como en el Potala. Aquello era funcional. Ante una puerta guardada por dos celadores se detuvo el mensajero y murmuró "¡espera!" antes de entrar. Me quedé inquieto, apoyándome ora en un pie ora en el otro, y los celadores me miraban impasibles como si fuera alguna forma inferior de vida humana. El mensajero reapareció y dándome un empujón dijo:

—¡Entra!

De mala gana crucé la puerta, que se cerró a mi espalda. Entré, e involuntariamente me detuve asombrado. Allí no había austeridad. El Abad, ataviado con las más ricas vestimentas rojas y doradas, se hallaba sentado en una plataforma que se alzaba casi un metro del suelo. Cuatro lamas lo acompañaban. Cuando me repuse de mi impresión hice una reverencia de la manera prescrita, tan fervorosamente que me crujieron las coyunturas y la escudilla y la caja de talismanes resonaron al unísono. Detrás del abad un lama me hizo seña para que avanzase y levantó la mano cuando llegué al lugar donde debía detenerme.

El señor abad me miró en silencio, me recorrió de arriba abajo con la mirada y observó mi túnica, mis sandalias y, probablemente, advirtió que tenía la cabeza bien rapada. Se volvió hacia uno de los lamas acompañantes y le preguntó:

—¡Arrumph! ¿Este es el muchacho, verdad?

—Sí, señor —contestó el lama.

El abad volvió a mirarme de la misma manera apreciativa y exclamó:

—¡Arrumph! ¡Urrahh! ¿Así que tú eres el que ayudó al monje Tengli. ¡Uurrmph!

El lama que me había hecho seña anteriormente movió los labios y me señaló. Comprendí la idea.

—Tuve esa fortuna, mi señor abad —contesté con la que esperaba fuera la suficiente humildad.

Una vez más me miró, examinándome como si yo fuera un insecto posado en una hoja. Por fin volvió a hablar:

—¡Err, ahhh! Sí, ¡oh! Te van a recomendar, hijo mío. ¡Arrumphh!

Volvió la mirada hacia otra parte y el lama que estaba detrás de él me hizo seña para que me inclinara y me fuera. En consecuencia, hice tres reverencias más y me retiré cautelosamente hacia atrás, con un telepático "gracias" al lama que me había guiado con señas tan claras. La puerta casi me golpeó el trasero. Alegremente busqué a tientas detrás de mí el picaporte para abrirla. Lo conseguí, salí y me apoyé en una pared lanzando un suspiro de alivio. Levanté la vista y se encontró con la de un celador gigante.

—¿Y bien? ¿Vas a los Campos Celestiales? ¡No te desmayes aquí, muchacho! —me gritó en el oído.

De mal humor me levanté la túnica y avancé por el corredor mientras los dos celadores me miraban malignamente. En alguna parte crujió una puerta y una voz dijo:

—¡Detente!

"¡Dios mío, por el Diente de Buda! ¿Qué he hecho ahora?", me pregunté desesperado mientras me detenía y volvía para ver de qué se trataba. Un lama venía hacia

mí y, ¡gracias a Dios, sonreía! Lo reconocí como el lama que me había hecho señas a la espalda del abad.

—Has estado bien —murmuró amablemente en voz baja—. Has hecho todo como se debe hacer. Esto es un regalo para tí. También le gustan al señor abad.

Me puso en las manos un paquete gratamente voluminoso, me palmeó en el hombro y se fue. Me quedé estupefacto, manoseando el paquete y haciendo conjeturas sobre el contenido. Levanté la vista y vi que los dos celadores me sonreían benévolamente; habían oído las palabras del lama. ¡Oh!, exclamé mientras los miraba. Un celador sonriendo era algo tan extraordinario que me asustaba. Sin esperar más me escabullí lo más rápidamente que pude de aquel corredor.

—¿Qué llevas ahí, Lobsang? —me preguntó una vocecita.

Me volví y vi a un muchacho que había sido admitido recientemente. Era menor que yo y se le hacía difícil acostumbrarse.

—Cosas para comer, según creo —contesté.

—Oh, vamos a probarlas; he perdido la comida —dijo ansiosamente.

Lo miré y parecía tener hambre. Había una despensa a un lado. Lo llevé adentro y nos sentamos junto a la pared más lejana, detrás de unos sacos de cebada. Abrí con cuidado el paquete y dejé al descubierto las "golosinas indias".

—¡Oh —exclamó el niño—, nunca he comido nada como esto!

Le entregué uno de los pasteles rosados, el cubierto con una capa blanca. Lo mordió y sus ojos se redondearon. De pronto recordé que tenía otro pastel en la mano izquierda, ¡pero había desaparecido! Un ruido a mi espalda me hizo volverme; allí estaba uno de los gatos, ¡comiendo mi pastel! Con un suspiro de resignación

metí la mano en el paquete para sacar otro pastel para mí.

"Rarrh", dijo una voz detrás de mí y una zarpa me tocó el brazo "¡Rarrh! ¡Mrraw!", volvió a decir la voz, y cuando me volví ví que el gato se había apoderado de mi segundo pastel y lo comía.

—¡Oh, ladronazo! —exclamé malhumorado, pero en seguida recordé lo buenos que eran esos gatos, lo amigos míos que eran y cómo me consolaban, y añadí arrepentido—. Lo siento, honorable gato guardián. Tú trabajas para ganarte la vida y yo no.

Dejé mi pastel y abracé al gato, que ronroneó y ronroneó.

—A mí no me dejan ni siquiera tocarlos —dijo el niño—. ¿Cómo puedes hacerlo tú?

Tendió la mano y "accidentalmente" tomó otro pastel azucarado. Como yo no dije nada se tranquilizó y recostó para poder comerlo cómodamente. El gato siguió ronroneando y me golpeó con la cabeza. Le ofrecí medio pastel, pero ya estaba harto; se limitó a ronronear más sonoramente y a frotar un lado de la cara contra el pastel, untándose los bigotes con el almíbar pegajoso. Convencido de que yo había comprendido que me daba las gracias, se alejó, saltó al marco de la ventana y se quedó allí tomando el sol. Cuando me volví para mirarle ví que el niño había recogido el pastel contra el que se había frotado el gato y se lo metía en la boca.

—¿Crees en la religión? —me preguntó.

¡Qué pregunta verdaderamente notable! Allí estábamos preparándonos para ser lamas médicos y sacerdotes budistas y me preguntaban si creía en la religión. "Está loco —pensé—, loco". Pero luego reflexioné. ¿Creía en la religión? ¿Qué creía yo?

—Yo no quería venir aquí —dijo el niño—, pero me obligaron a hacerlo. Rogué a la Santa Madre Dolma,

rogué para no venir, pero vine. Rogué que mi madre no muriera, pero murió y los Disponedores de los Muertos vinieron, llevaron su cuerpo y lo entregaron a los buitres. Nunca han escuchado mis plegarias. ¿Y las tuyas, Lobsang?

Estábamos allí, en la despensa, apoyados contra los sacos de cebada. En la ventana el gato se lavaba. Se lamía la pata delantera, se la pasaba por la cara, volvía a lamerse la pata y se la pasaba por lo alto de la cabeza, detrás de las orejas y otra vez por la cara. Producía un efecto casi hipnótico verlo chupar y limpiarse, chupar y limpiarse, chupar y limpiarse.

¿La plegaria? Bueno, ahora que pensaba en ello, la plegaria no parecía favorecerme a mí tampoco. Y si la plegaria no daba resultado, ¿por qué teníamos que orar?

—Quemé muchas varillas de incienso —dijo el niño humildemente—. Las tomé de la caja especial de la honorable abuela también, pero las oraciones nunca me han servido para nada. Y ahora estoy aquí, en el Chakpori, preparándome para algo que yo no quiero ser. ¿Por qué? ¿Por qué tengo que ser monje cuando eso no me interesa?

Fruncí los labios, enarqué las cejas y arrugué el ceño como había hecho poco antes el señor abad conmigo. Luego examiné críticamente al niño de la cabeza a los pies. Por fin dije:

—Dejaremos el asunto por el momento. Pensaré en ello y te haré saber la respuesta a su debido tiempo. Mi guía, el lama Mingyar Dondup, sabe todo y le pediré que tome en consideración esta cuestión.

Cuando me volví para levantarme vi que el paquete de golosinas indias estaba medio consumido. Obedeciendo a un impulso, envolví los restos y puse el pa-

quete en las manos del niño asombrado.

—Toma —le dije—. Es tuyo y te ayudará a pensar en cosas distintas que las espirituales. Ahora debes irte porque yo tengo que pensar.

Lo tomé por el codo, lo llevé a la puerta y le hice salir. Se alegró de irse, pues temía que yo cambiase de opinión y le pidiese que me devolviera las golosinas indias.

Cuando él se fue me dediqué a asuntos más importantes. En uno de los sacos había visto una linda cuerda. Me incliné sobre el saco y le quité la cuerda que le ataba el cuello. Luego fui a la ventana y el gato y yo nos pusimos a jugar, él persiguiendo el extremo de la cuerda, saltando sobre los sacos, metiéndose entre ellos y en general divirtiéndose mucho. Por fin los dos nos cansamos casi simultáneamente. Él salió de su escondite, me dio un cabezazo y durante un instante se quedó con las patas traseras y el rabo erectos en el aire haciendo "¡Mrrawh!". Luego saltó al marco de la ventana y desapareció para hacer uno de sus viajes misteriosos. Yo guardé la cuerda en la túnica, salí de la despensa y avancé por el corredor hasta que llegué a mi habitación.

Me quedé algún tiempo contemplando el pergamino más importante. Representaba una figura masculina y se podía ver su interior. En primer lugar estaba la tráquea; a la izquierda de la tráquea aparecían dos monjes que se ocupaban en introducir aire en los pulmones. A la derecha otros dos monjes introducían aire en el lado derecho de los pulmones y, según observé, trabajaban muy activamente. Luego había una representación del corazón. Dos monjes bombeaban sangre, o más bien un líquido, pues no se veía que fuese sangre. Más lejos se veía una gran cámara que era el estómago. Un monje, evidentemente anciano, se hallaba sentado detrás de

una mesa y otros cinco monjes se mostraban muy activos llevando alimentos. El monje principal hacía la cuenta de la cantidad de alimentos que llevaban.

En otra parte un grupo de monjes sacaban bilis de la vesícula biliar para diluir el alimento y facilitar la digestión. Otros monjes trabajaban en lo que era evidentemente una fábrica de productos químicos —el hígado—, y descomponían varias substancias con tinas de ácido, y yo estaba fascinado contemplando esa ilustración, porque luego todo iba a parar a rollos y más rollos que representaban los intestinos. Unos monjes introducían diversas substancias en los intestinos. En otra parte estaban los riñones, donde los monjes separaban diferentes líquidos y procuraban enviarlos en la dirección debida. Pero debajo de la vejiga estaba lo más interesante de todo: dos monjes aparecían sentados en los lados opuestos de un tubo y era obvio que controlaban el flujo del líquido. Luego mi mirada volvió al rostro de la figura y pensé que no era extraño que pareciera tan triste con todas aquellas personas dentro hurgándole y haciéndole tantas cosas interesantes. Permanecí algún tiempo absorto en aquella grata contemplación y en fantasías relacionadas con los hombrecitos que trabajaban dentro del cuerpo.

Por fin se oyó un suave golpe en la puerta de comunicación y al cabo de unos instantes se abrió y vi aparecer en ella a mi guía, el lama Mingyar Dondup. Sonrió aprobatoriamente al ver que estudiaba la figura.

—Esa es, en verdad, una figura muy antigua —dijo—. Fue hecha en su forma original por grandes artistas de China. La figura original tiene exactamente el tamaño natural y la hicieron con chapas de diferentes clases de madera. He visto el original y parece verdaderamente vivo. —Hizo una pausa y añadió—. He sabido que le has causado una buena impresión al señor abad, Lobsang.

Me dijo inmediatamente después que en su opinión posees notables capacidades. —Y con una voz un tanto irónica agregó—. Yo he podido asegurarle que el Recóndito es de la misma opinión.

Me zumbaba la cabeza pensando en la religión, por lo que le dije humildemente:

—Maestro, ¿puedo hacerle una pregunta acerca de un asunto que me preocupa mucho?

—Puedes hacerla, ciertamente. Si puedo ayudarte, te ayudaré. ¿Qué es lo que te preocupa? Pero ven, entremos en mi habitación, donde podemos sentarnos cómodamente y tomar té.

Se dio vuelta y entró en su habitación, no sin antes lanzar una breve mirada a mi pequeña provisión de alimento que disminuía rápidamente. En su habitación llamó en seguida a un sirviente para que nos sirviera el té. Cuando terminamos de tomarlo, el lama sonrió y me dijo:

—Bueno, ¿qué es lo que te preocupa ahora? Tómate tiempo para explicármelo detalladamente porque no tienes que asistir al servicio vespertino.

Se sentó en la posición del loto, con las manos entrelazadas en el regazo. Yo me senté, o más bien me recliné de costado y traté de exponer mis pensamientos de la manera más clara posible sin balbucear.

—Honorable maestro —dije por fin—, me preocupa el asunto de la religión; no puedo comprender la utilidad de la religión. He orado y otros han orado y nuestras oraciones no han tenido consecuencia alguna. Parece que hemos estado orando en el desierto. Parece que los dioses no escuchan las plegarias. Parece que así como éste es el mundo de la ilusión, la religión y la plegaria son también una ilusión. Sé que muchos peregrinos buscan la ayuda de los lamas para resolver sus problemas, pero nunca he oído que haya quedado re-

suelto alguno. También mi padre, cuando yo tenía un padre, empleaba constantemente a un sacerdote, pero no parece que eso haya sido muy útil en nuestro caso. Maestro, ¿puede, quiere decirme para qué sirve la religión?

Mi guía guardó silencio durante un tiempo, mirando sus manos entrelazadas. Por fin lanzó un suspiro y me miró directamente.

—Lobsang —dijo—, la religión es algo muy necesario en verdad. Es absolutamente necesario, absolutamente esencial que haya una religión que pueda imponer la disciplina espiritual a sus adherentes. Sin la religión los seres humanos serían peores que los animales salvajes. Sin la religión no existiría la voz de la conciencia. Te digo que no tiene importancia alguna que uno sea hindú, budista, cristiano o judío; todos los hombres tienen sangre roja y la religión a la que se adhieren es esencialmente la misma.

Se interrumpió para ver si yo podía comprender lo que decía, qué era lo que quería dar a entender. Moví la cabeza afirmativamente y continuó:

—Aquí, en la Tierra, la mayoría de las personas se parecen mucho a los niños de una escuela, niños que nunca ven al Director, que nunca ven el mundo fuera de la escuela. Imagínate que el edificio de la escuela está completamente cercado por una alta pared; en la escuela hay maestros. pero esa clase particular nunca ve a los superiores. Los alumnos de la escuela tienen motivos para pensar que no hay un Director si no tienen el juicio necesario para comprender que hay alguien superior al maestro corriente. Cuando los niños aprueban sus exámenes y pasan a un grado superior pueden salir de la pared que rodea a la escuela y quizás encontrarse con el Director y ver el mundo exterior. Con demasiada frecuencia la gente exige pruebas, necesita

pruebas de todo, necesita la prueba de la existencia de Dios, y la única manera de conseguir esa prueba es poder viajar por el mundo astral, ser clarividente, porque cuando uno puede viajar más allá de los confines de esta clase cercada puede ver más allá la Verdad Suprema.

Otra vez se interrumpió y me miró ansiosamente para ver si yo seguía sus observaciones de una manera satisfactoria. Lo hacía, en verdad, y me parecía muy sensato lo que estaba diciendo.

—Imaginémonos que estamos en una clase y creemos que nuestro Director se llama Fulano de Tal. Pero cerca de nosotros hay otra clase y nos encontramos con sus alumnos. Discuten con nosotros alegando que el Director se llama de otro modo. Pero una tercera clase, con la que también podemos encontrarnos, interviene un tanto rudamente y nos dice que todos somos tontos, porque no hay un Director, pues si lo hubiera lo habríamos conocido o visto y no habría duda alguna respecto a su nombre. Ahora comprenderás, Lobsang —sonrió mi guía— que una clase puede estar llena de hindúes y llaman a su Director de un modo; la siguiente clase puede estar llena de cristianos y llaman a su Director de otro modo. Pero cuando llegamos al fondo del asunto, cuando extraemos lo esencial de cada religión, descubrimos que todas tienen características básicas comunes. Eso significa que existe un Dios, que existe un Ser Supremo. Podemos adorarlo de muchas maneras diferentes, y lo único que importa es que lo adoremos con fe.

Se abrió la puerta y un monje sirviente nos trajo más té. Mi guía se sirvió y bebió de buena gana, porque estaba sediento por haber hablado tanto, y yo... bueno... me dije que debía beber también porque estaba sediento por haber escuchado. ¡Una excusa era tan buena como otra!

—Lobsang, supón que todos los acólitos, monjes y lamas de la lamasería del Seto de Rosas no tienen a alguien que sea responsable por su disciplina; hay siete mil habitantes en esa lamasería. Supón que allí no hay disciplina, que no hay recompensas ni castigos, que cada uno puede hacer lo que quiere sin que le remuerda la conciencia. Pronto se produciría la anarquía, se cometerían homicidios y podría suceder cualquier cosa. Esos hombres se mantienen en orden mediante la disciplina, tanto la disciplina espiritual como la física. Es esencial que todos los habitantes del mundo tengan una religión, pues debe haber una disciplina espiritual así como una disciplina física, porque si sólo hubiera disciplina física la regla sería el triunfo del más fuerte, en tanto que si hay disciplina espiritual la regla que predomina es la del amor. El mundo actual necesita imperiosamente volver a la religión, no a una religión particular, sino a cualquiera religión, la religión que mejor se adapta al temperamento de la persona.

Yo reflexionaba acerca de todo aquello. Comprendía la utilidad de la disciplina, pero me preguntaba por qué nuestras plegarias no obtenían respuesta.

—Honorable maestro —dije—, todo eso está muy bien, pero si la religión es tan buena para nosotros, ¿por qué no son atendidas nuestras plegarias? Yo oré para no tener que venir a esta cár... a esta lamasería, pero a pesar de todas mis plegarias tuve que venir. Si la religión es buena ¿por qué me enviaron aquí, por qué no fueron atendidas mis súplicas?

—Lobsang, ¿cómo sabes que tus plegarias no fueron escuchadas? Tienes una idea equivocada acerca de la oración. Muchas personas creen que basta con entrelazar las manos y pedir a un Dios misterioso que les conceda una ventaja sobre sus semejantes. La gente ruega para obtener dinero. A veces pide que le entreguen un

enemigo. En la guerra los bandos opuestos ruegan que se les conceda la victoria, los dos bandos dicen que Dios está de su parte y dispuesto a destruir al enemigo. Debes recordar que cuando uno ruega lo hace en realidad para él mismo. Dios no es una Gran Figura que se sienta a una mesa para escuchar peticiones en la forma de plegarias y conceder todo lo que se le pide —Rió mientras continuaba—. Imagínate que vas a ver al señor abad y le pides que te deje salir de la lamasería o que te entregue una gran cantidad de dinero. ¿Crees que respondería a tu pedido de la manera que deseas? Más probablemente respondería de una manera que no te agradaría.

Eso tenía sentido para mí, pero lo que no me parecía que tenía mucho sentido era seguir orando si no había nadie que respondiera o concediera las cosas que se pedían, y así lo dije.

—Pero tu idea de la súplica es, entonces, completamente egoísta. Lo único que deseas siempre es algo para ti mismo. ¿Crees que puedes pedir a un Dios que te envíe una caja de nueces saladas? ¿Crees que puedes pedir que te entreguen un gran paquete de golosinas indias? La súplica se debe hacer para el bien de otros. La plegaria debe ser para dar gracias a Dios. La oración debe consistir en una declaración de lo que deseas hacer en favor de otros y no de ti mismo. Cuando rezas das cierta fuerza a tus pensamientos, y si es posible o conveniente debes rezar en voz alta porque eso aumenta la fuerza de tus pensamientos. Pero debes asegurarte de que tus plegarias son desinteresadas, debes asegurarte de que tus plegarias no se oponen a las leyes naturales.

Yo cabeceaba un poco porque me parecía que, después de todo, las plegarias no eran muy buenas. Mi guía sonrió al ver mi aparente falta de atención y continuó:

—Sí, ya sé lo que piensas, sé que piensas que la plega-

ria es sólo una pérdida de tiempo. Pero supón que una persona acaba de morir o que ha muerto unos días antes y que tus súplicas son atendidas. Supón que ruegas que esa persona vuelva a la vida. ¿Crees que sería conveniente que vuelva a la vida una persona muerta desde hace algún tiempo? Algunas personas ruegan que Dios mate a alguien que en un momento determinado ha disgustado a la persona que ruega. ¿Crees que sería razonable esperar que un Dios mate a la gente porque una persona insensata le ha rogado que lo haga?

—Pero, honorable maestro, los lamas oran todos juntos en los templos y piden diversas cosas. ¿Para qué sirve eso?

—Los lamas oran conjuntamente en los templos pensando en cosas especiales. Ruegan —dicho de otro modo, dirigen sus pensamientos— para que puedan ayudar a los que están en dificultades. Ruegan que los que están cansados puedan conseguir ayuda, ayuda telepática. Ruegan que las ánimas errantes perdidas en el desierto de más allá de esta vida puedan ser guiadas, pues si una persona muere sin saber nada del otro lado de la muerte puede perderse en un cenagal de ignorancia. Por eso los lamas oran —envían sus pensamientos telepáticos— para que quienes necesitan ayuda puedan ser ayudados. —Me miró severamente y añadió—. Los lamas no rezan para su propio provecho, no ruegan que los asciendan. No piden que el lama Fulano de Tal, que ha causado algunas dificultades, se caiga de una azotea o algo parecido. Ruegan sólo para ayudar a otros.

Mis ideas se estaban desarticulando un poco, porque siempre había creído que un dios, o la Bienaventurada Madre Dolma, podría atender a una plegaria si se la hacía con el fervor suficiente. Por ejemplo, yo no quería ingresar en una lamasería y había rogado y rogado hasta casi perder la voz. Pero a pesar de lo mucho que

rogué, tuve que ingresar en la lamasería. Parecía que las plegarias eran solamente algo que podía ayudar a otras personas.

—Percibo exactamente tus pensamientos y discrepo completamente de tu opinión sobre el asunto. —Observó mi guía—. Si uno ha de obrar religiosamente debe hacer por los demás lo que habría hecho por él mismo. Tú debes rogar que poseas la fuerza y el buen juicio necesarios para proporcionar ayuda o fuerza y buen juicio a los demás. No debes rogar en tu propio beneficio, pues ese es un ejercicio inútil.

—Entonces, ¿una religión es solamente algo que debemos hacer en favor de otros?

—De ningún modo, Lobsang. Una religión es algo que vivimos. Es una norma de conducta que nos imponemos voluntariamente para que nuestros Super-yos se purifiquen y fortalezcan. Manteniendo pensamientos puros evitamos los pensamientos impuros, fortalecemos aquello a lo que volvemos cuando abandonamos el cuerpo. Pero cuando seas más experto en el viaje astral podrás ver la verdad por ti mismo. Por el momento, durante unas pocas semanas más, debes aceptar mi palabra. La religión es muy real, la religión es muy necesaria. Si ruegas y tu ruego no es atendido como crees, es posible que tu ruego haya sido atendido después de todo, porque antes de venir a esta Tierra hacemos un plan preciso de las ventajas y desventajas que vamos a tener en esta Tierra. Proyectamos nuestra vida en la Tierra (antes de venir a ella) como el alumno de un gran colegio proyecta sus cursos de estudios de modo que al final de esos estudios pueda ser esto o aquello, para lo que se prepara.

—¿Cree usted que alguna religión es superior a las otras, honorable maestro? —pregunté tímidamente.

—Ninguna religión es mejor que el hombre que pro-

fesa esa religión. Aquí tenemos a nuestros monjes budistas; algunos monjes budistas son hombres buenos y otros no lo son tanto. La religión es algo personal, cada persona practica la religión de una manera diferente, cada persona ve diferentes cosas en su religión. No tiene importancia que un hombre sea budista, hindú, judío o cristiano. Lo único que importa es que una persona practique su religión con el máximo de su fe y el máximo de su capacidad.

—Maestro, ¿está bien que una persona cambie de religión, está bien que un budista se haga cristiano o que un cristiano se haga budista?

—Mi opinión personal, Lobsang, es que, salvo en circunstancias muy extraordinarias, una persona no debe cambiar de religión. Si una persona ha nacido cristiana y vive en el mundo occidental esa persona debe conservar la fe cristiana, porque uno absorbe las creencias religiosas como absorbe los primeros sonidos de su idioma, y con frecuencia sucede que si un cristiano se hace de pronto hindú o budista, ciertos factores hereditarios, ciertas condiciones innatas tienden a debilitar la aceptación de la nueva religión por uno, y con demasiada frecuencia para compensar eso uno defiende ávida y fanáticamente su nueva religión, aunque conserva bajo la superficie toda clase de dudas y conflictos no resueltos. El resultado es raras veces satisfactorio. Mi recomendación es que así como nace una persona así acepta una creencia religiosa, y por eso debe mantenerse fiel a esa creencia.

—¡Hum! Parece que mis ideas acerca de la religión eran erróneas. Parece que uno tiene que dar y no pedir nada. Uno tiene que esperar, en cambio, que alguien pida algo para él.

—Uno puede pedir comprensión, puede pedir en sus plegarias que le sea posible ayudar a otros, porque al

ayudar a otros uno se ayuda a sí mismo, al enseñar a otros se enseña a sí mismo y al salvar a otros se salva a sí mismo. Uno tiene que dar antes de que pueda recibir. Tiene que dar de sí mismo, de su compasión, de su misericordia. Hasta que uno puede dar de sí mismo no puede recibir de otros. No puede obtener misericordia si antes no muestra misericordia, no puede obtener comprensión si antes no ha comprendido los problemas de los demás. La religión es una cosa muy grande, Lobsang, demasiado grande para que nos ocupemos de ella en una charla tan breve como ésta. Pero reflexiona sobre ello. Piensa qué puedes hacer por los demás, cómo puedes proporcionar placer y progreso espiritual a otros. Y permíteme que te pregunte algo, Lobsang: tú contribuíste a salvar la vida a un pobre monje anciano que había sufrido un accidente. Si eres sincero confesarás que esa acción te causó placer y gran satisfacción. ¿No es así?

Pensé en ello y saqué la conclusión de que sí, era muy cierto que me había causado una gran satisfacción el descenso tras el honorable Minino y la ayuda prestada al anciano.

—Sí, honorable maestro, es así: sentí mucha satisfacción —contesté por fin.

Caían las sombras del crepúsculo y el manto purpúreo de la noche se extendía poco a poco sobre el valle. En la lejana Lasa las luces comenzaban a centellear y la gente se movía ya detrás de las cortinas de seda encerada. En alguna parte debajo de nuestra ventana uno de los gatos lanzó un maullido quejumbroso, al que respondió el maullido de otro gato en las cercanías. Mi guía se levantó y estiró. Parecía tener los miembros endurecidos, y cuando yo me levanté torpemente estuve a punto de caer de bruces porque había estado conversando mucho más tiempo del que yo creía y también tenía los miembros endurecidos. Juntos nos quedamos

mirando por la ventana durante unos instantes y luego mi guía dijo:

—Quizá sea una buena idea que descansemos bien esta noche, porque, ¿quién sabe?, podemos estar muy ocupados mañana. Buenas noches, Lobsang, buenas noches.

—Honorable maestro —dije—, le agradezco el tiempo y la molestia que se ha tomado para explicarme todo eso. Tengo una inteligencia lerda y supongo que perezosa, pero comienzo a comprender mejor las cosas. Gracias ¡Buenas noches!

Le hice una reverencia y me dirigí a la puerta de comunicación.

—Lobsang —me llamó mi guía y me volví hacia él—, el señor abad quedó realmente complacido contigo y eso es algo que vale la pena de tener en cuenta. El señor abad es un hombre austero y severo. Te has portado bien. Buenas noches.

—Buenas noches —repetí, y entré en mi habitación.

Rápidamente hice mis sencillos preparativos para pasar la noche y me acosté, no para dormir inmediatamente, sino para pensar en todas las cosas que me habían dicho. Y saqué la conclusión de que sí, era cierto que la correcta adhesión a la religión de uno puede proporcionar la disciplina espiritual más adecuada y excelente.

Capítulo XIV

"¡Oh! ¡Aah!" Cansado, me dí vuelta y durante unos instantes me quedé preguntándome dónde estaba. Me desperté de mala gana... o me desperté a medias. Hacia el este el cielo estaba ligeramente rosado. Cristales de hielo suspendidos a gran altura en la corriente de aire proveniente de las cimas de las montañas lanzaban destellos prismáticos con los colores del arco iris. Directamente sobre mí el firmamento tenía todavía un color purpúreo intenso que se iba aclarando poco a poco. ¡Cáspita, qué frío hacía! El piso de piedra era como un bloque de hielo y yo temblaba. Mi manta delgada me protegía mal en mi frígido lecho. Bostezando, me froté los ojos para disipar el sueño y para demorar unos pocos minutos más el esfuerzo de levantarme en aquella mañana fría.

Irritado, y todavía medio dormido, busqué a tientas mi "almohada", que de día era mi túnica. Bajo los efectos de un sueño pesado, comencé a vestirme torpemente, tratando de averiguar qué le sucedía a mi túnica. Desesperado porque no podía despertarme del todo, hice un esfuerzo desacertado y me envolví en la túnica. Con un malhumor creciente descubrí en seguida que me la había puesto al revés. Rezongando en voz baja me la arranqué. Literalmente "me la arranqué", pues el viejo paño po-

drido se desgarró a lo largo de toda la espalda. Contemplé lúgubremente la avería, desnudo en el aire frío, tan frío que el aliento me salía como una nube blanca. ¡Buena la había hecho! ¿Qué diría el maestro de los acólitos? Estropear una propiedad de los lamas, por un descuido injustificable, sólo podía hacerlo un muchacho estúpido, sabía que me diría, como me había dicho tantas veces.

No nos daban túnicas nuevas. Cuando un muchacho crecía y le quedaba corta la túnica le daban otra que había tenido que dejar otro muchacho por el mismo motivo. Todas nuestras túnicas eran viejas; algunas se mantenían sin deshacerse por fidelidad más bien que por su solidez. La mía había **terminado,** fue la conclusión que saqué contemplando sus restos miserables. Entre mi índice y mi pulgar la tela estaba rala, vacía, desprovista de "vida". Me senté tristemente y me envolví en la manta. ¿Qué debía hacer ahora? Juiciosamente, desgarré un poco más la túnica y envuelto en la manta fui en busca del maestro de los acólitos. Cuando llegué a su oficina decía ya cosas verdaderamente horribles a un niño que deseaba otro par de sandalias.

—¡Los pies fueron hechos antes que las sandalias, hijo mío, los pies fueron hechos antes que las sandalias! —gritaba—. Si me hicieran caso todos andaríais descalzos. Pero toma, aquí tienes otro par. ¡Cuídalas!... Bueno, ¿qué quieres tú? —me preguntó al verme envuelto en mi manta raída.

¡De qué manera me miró! ¡Como miraba siempre cuando esperaba que otro acólito podía pedirle algo de sus preciosas provisiones!

—Honorable maestro —le dije muy azorado—, mi túnica se ha desgarrado, pero es muy delgada y estaba gastada desde hace mucho tiempo.

—¿Gastada? —gritó—. Yo soy quien dice si una cosa

está gastada y no tú, miserable muchacho. Ahora vete a tus tareas envuelto en harapos por tu audacia.

Uno de los monjes sirvientes se inclinó hacia adelante y le dijo algo en voz baja. El maestro de los acólitos frunció el ceño y volvió a gritar :

—¿Cómo? ¿Cómo? Habla en voz alta. ¿No puedes hablar en voz alta?

El monje sirviente le contestó gritando:

—He dicho que a este muchacho lo hizo llamar recientemente el Recóndito, y también lo ha llamado aquí el señor abad, y es el discípulo del honorable maestro el lama Mingyar Dondup.

—¡Ulp! ¡Urragh! —jadeó el maestro de los acólitos—. ¿Por qué, en nombre del Diente del Buda, no me has dicho quién era? ¡Eres un mastuerzo, un imbécil, peor que cualquiera de los acólitos!

El maestro de los acólitos se volvió hacia mí con una sonrisa sintética en sus enjutas facciones, y me di cuenta de que tenía que hacer un gran esfuerzo para parecer amable.

—Déjame ver la túnica, hijo mío —dijo.

Se la entregué en silencio, con la parte de la espalda hacia arriba para que los desgarrones fueran lo primero que viera. Tomó la ropa andrajosa y tiró de ella muy suavemente. Vi con placer que el desgarrón crecía y cuando le dio un tirón final la túnica se partió por la mitad. El maestro de los acólitos me miró con la boca abierta por el asombro y dijo:

—Sí, se desgarró fácilmente, ¿verdad? Ven conmigo, hijo, y te daré una túnica nueva. —Me puso la mano en el codo y entretanto palpó mi manta—. ¡Hum! Está muy raída y has tenido que sentirte muy desdichado con tu manta lo mismo que con tu túnica. Tendrás otra nueva.

Fuimos juntos a una habitación lateral. ¿Habitación?

Más bien parecía un pasillo. Túnicas de todas clases colgaban de ganchos clavados en la pared. Las había desde las correspondientes a los lamas superiores hasta las de calidad más inferior destinadas a los obreros laicos. Tomándome del brazo me condujo a lo largo de la hilera de túnicas, con los labios fruncidos y deteniéndose con frecuencia para palpar una prenda; parecía que las amaba a todas.

Llegamos a la parte donde estaban las destinadas a los acólitos. Nos detuvimos y él se pasó la mano por la barbilla y se tiró de los lóbulos de las orejas. Luego dijo:

—¿Así que tú eres el muchacho al que el viento arrojó por la montaña abajo y luego lo elevó hasta el Techo Dorado? ¡Hum! ¿Y eres el muchacho que fue a ver al Recóndido por orden especial? ¡Hum! ¿Y el muchacho al que personalmente oí hablar con el señor abad de esta lamasería? ¡Hum! Y tú... bueno, bueno, eso es lo más extraordinario, has conseguido el favor del señor abad mismo. ¡Hum!

Frunció el seño y pareció quedarse mirando a lo lejos. Yo sospechaba que trataba de conjeturar si yo volvería a ver al Recóndito o al señor abad, y, ¿quién sabe?, inclusive un niño podía ser utilizado para apoyar los propósitos de un hombre ambicioso.

—Voy a hacer algo muy poco habitual. Voy a darte una túnica completamente nueva, una que ha sido hecha la semana pasada. Si el Recóndito te ha favorecido, y el señor abad te ha favorecido, y el gran lama Mingyar Dondup te favorece, tengo que procurar que estés vestido de modo que puedas presentarte ante ellos sin avergonzarme. ¡Hum!

Se volvió y me condujo a otra habitación anexa al gran almacén. Allí había túnicas nuevas que acababan de hacer unos monjes bajo la dirección de lamas. Buscó

en un montón de las que todavía no habían sido colgadas en los ganchos, tomó una y dijo:

—Ponte esta y veremos si te queda bien.

Me apresuré a quitarme la manta, que plegué cuidadosamente, y me puse la túnica flamante. Yo sabía muy bien que si uno llevaba una túnica nueva ello significaba para los otros acólitos, y también para los monjes, que uno gozaba de "influencia" en alguna parte y por tanto era una persona de alguna importancia. En consecuencia, me alegré de tener una túnica nueva, porque, aunque se consideraba a veces que una túnica vieja significaba que se era acólito desde hacía mucho tiempo, una recién hecha era señal de que uno era persona importante.

La nueva túnica me quedaba bien. Era mucho más gruesa y al poco tiempo de tenerla puesta me había calentado el cuerpo que antes temblaba de frío.

—Esta me queda perfectamente, maestro —le dije complacido.

—¡Hum! Creo que podemos encontrar otra un poco mejor. Espera un momento.

Volvió a revolver el montón, murmurando y rezongando, y de vez en cuando manoseaba su rosario. Por fin pasó a otro montón y sacó de él otra túnica de mejor calidad. Lanzó un suspiro que era casi un gemido y dijo:

—Esta es de una serie especial; las han hecho por casualidad con un material superior. Pruébatela; creo que causará impresión a nuestros superiores.

Sí, no cabía duda al respecto. Era una túnica excelente. Me quedaba bien y, aunque quizás era un poco larga, pues me llegaba hasta los pies, seguiría sirviéndome aunque creciera y me duraría más tiempo. De todos modos, una túnica que era un poquitín demasiado grande podía ser acortada haciéndole un pliegue, y con un

bolsillo mayor delante yo podría llevar más cosas conmigo. Dí vueltas una y otra vez mientras el maestro de los acólitos me examinaba cuidadosamente; por fin sacudió la cabeza y se tiró del labio inferior antes de observar con mucha tristeza:

—Ya que hemos llegado a esto, podemos seguramente ir un poco más adelante. Te quedarás con esta túnica, hijo mío, pero además te daré otra, porque advierto que no tienes una de reserva.

Me era difícil entender lo que decía porque hablaba en voz baja dándome la espalda mientras revolvía el montón de túnicas. Por fin sacó otra y dijo:

—Ahora pruébate esta para ver si te queda bien también. Sé que eres el muchacho al que le han dado una habitación especial en el alojamiento de los lamas, por lo que no te quitará la túnica otro muchacho mayor.

Yo estaba encantado. Tenía dos túnicas, una de reserva y la otra para el uso cotidiano. El maestro de los acólitos contempló muy disgustado mi manta y declaró:

—Sí, vamos a darte una manta nueva. Ven conmigo y trae esa.

Se apresuró a llevarme al almacén principal y llamó a un monje, que acudió con una escalera de mano. Rápidamente el monje subió por la escalera y sacó una manta de un anaquel. Contrastaba demasiado con mi túnica, por lo que, con un gemido de angustia, el maestro de los acólitos tomó la escalera y fue con ella a la habitación de al lado, de la que volvió poco después con los ojos entornados y una manta de calidad superior.

—Tómala, hijo mío, tómala —gorjeó—. Es una de nuestras mejores mantas, hecha por casualidad con un material superior. Quédate con ella y recuerda, cuando veas al señor abad o al Recóndito, que te he tratado bien y equipado magníficamente.

Con toda seriedad digo que el maestro de los acólitos se cubrió los ojos con las manos mientras gemía al pensar que se desprendía de sus materiales de mejor calidad.

—Le quedo muy agradecido, honorable maestro —contesté—. Estoy seguro —y aquí entró en juego mi diplomacia— de que mi maestro, el lama Mingyar Dondup, se enterará muy pronto de su bondad al proporcionarme estas ropas. ¡Muchas gracias!

Dicho eso, me volví y salí del almacén. Uno de los monjes sirvientes que estaba afuera me guiñó el ojo con picardía y me fue difícil no echarme a reír sonoramente.

Volví por el corredor al recinto del alojamiento de los lamas. Cuando avanzaba con una túnica y una manta en los brazos casi tropecé con mi guía.

—¡Oh, honorable maestro! —exclamé—. Lo siento, pero no podía verlo.

Mi guía se echó a reír y dijo:

—Pareces un viajante de comercio, Lobsang, como si acabaras de volver de la India por las montañas. ¿Te has hecho mercader por casualidad?

Le referí mis infortunios y como mi túnica se había rasgado de arriba abajo. Le dije también que el maestro de los acólitos le había dicho a un niño que todos debíamos andar descalzos. Mi guía me llevó a su habitación y nos sentamos en ella. Inmediatamente mi interior anunció que yo no había comido y por fortuna mi guía oyó esa advertencia, sonrió y dijo:

—¿Así que tú tampoco has roto todavía tu ayuno? Entonces, romperemos nuestro ayuno juntos.

Dicho eso, tendió la mano y tocó la campanilla de plata.

Con la tsampa delante guardamos silencio hasta que

terminamos de comer. Luego, cuando el monje se llevó los platos, mi guía dijo:

—¿Así que has impresionado al maestro de los acólitos? Tienes que haberle causado una profunda impresión para que te haya dado dos buenas túnicas y una manta nueva. ¡Tendré que ver si puedo emularte!

—Maestro, siento una gran curiosidad respecto a las ropas, pues si el maestro de los acólitos dice que todos deberíamos andar sin sandalias ¿por qué no podríamos andar sin ropas?

Mi guía se echó a reír y contestó:

—Hace muchos años, por supuesto, la gente no llevaba ropas y porque no llevaba ropas no sentía su falta, pues en esa época la gente podía hacer que sus cuerpos compensasen una variedad mucho mayor de temperaturas. Pero ahora, a causa del uso de ropas, nos hemos debilitado y hemos arruinado nuestros mecanismos reguladores del calor al abusar de ellas. —Guardó silencio mientras reflexionaba sobre el problema y luego rió y añadió—. ¿Pero puedes imaginarte a algunos de los monjes gordos de aquí yendo de un lado a otro desnudos? ¡Sería todo un espectáculo! Pero la historia de la vestimenta es muy interesante, porque en los primeros tiempos todos andaban desnudos y no existía la traición, pues cada persona podía ver el aura de las demás. Pero luego los jefes de las tribus de esa época decidieron que necesitaban algo que los distinguiera como tales y comenzaron a usar un haz de plumas colocado estratégicamente, o unas capas de pintura hecha con varias bayas. Después intervinieron en el asunto las mujeres; deseaban también adornarse y comenzaron a usar manojos de hojas colocados todavía más estratégicamente.

Mi guía rió pensando en el aspecto que tendría toda

esa gente, y yo también podía imaginarme bastante bien el cuadro. En seguida continuó:

—Cuando el jefe y la jefa de cada tribu se adornaron, los que los seguían en la línea de sucesión creyeron que debían adornarse también, y así se hicieron indistinguibles del jefe y la jefa, por lo que éstos tuvieron que aumentar sus adornos, y así continuaron las cosas durante mucho tiempo, cada cabecilla aumentando sus ropas. Con el tiempo las mujeres principales llegaron a vestirse de una manera verdaderamente sugestiva, con ropas que mostraban a medias lo que no debía quedar oculto, pues, no me entiendas mal, cuando la gente podía ver el aura no había traición, ni guerras, ni perfidias. Sólo desde que la gente comenzó a llevar ropas dejó de poder ver el aura y de ser clarividente y telepática. —Me miró fijamente y añadió—. Ahora préstame atención porque esto tiene mucha importancia para la tarea que tendrás que desempeñar posteriormente.

Moví la cabeza afirmativamente para hacerle saber que le prestaba atención, y él continuó:

—Un clarividente que puede ver el cuerpo astral de otra persona necesita ver el cuerpo desnudo si ha de poder descubrir exactamente cualquier enfermedad, y cuando una persona lleva ropas su aura se contamina.

Yo estaba algo asombrado porque no podía comprender cómo la ropa podía contaminar a un aura, y se lo dije. Mi guía no tardó en explicarme:

—Si una persona está desnuda, el aura de esa persona es el aura de esa persona y de nada más. Pero si esa persona se pone un vestido de lana de yac adquiere la influencia aúrica del yac, de la persona que esquiló al yac, la persona que cardó la lana y la que tejió el material. En consecuencia, si examinas el aura tal como se ve a través de la ropa, conocerás la historia íntima

del yac y de esas personas, que no es lo que tú deseabas.

—Pero, maestro —pregunté ansiosamente—, ¿cómo contamina la ropa un aura?

—Acabo de decírtelo: todo lo que existe tiene su campo de influencia, su campo magnético, y si miras por esa ventana verás la brillante luz del día, pero si la cubres con una cortina de seda encerada verás esa luz del día modificada por la influencia de la cortina encerada. Dicho de otro modo, lo que ves realmente es un matiz azulado de la luz, y eso no te ayudará de modo alguno a saber cómo es la luz del día.

Me sonrió un poco torcidamente y añadió:

—Es notable, en verdad, que la gente esté tan poco dispuesta a desprenderse de sus ropas. Yo siempre he profesado la teoría de que la gente conserva el recuerdo racial de que sin la ropa su aura puede ser vista y leída por otros, y al presente son muchas las personas que tienen pensamientos tan pecaminosos que no se atreven a dejar que alguien se entere de lo que piensan y, en consecuencia, se cubren el cuerpo, lo que es una señal de culpabilidad disfrazada con el nombre erróneo de pureza e inocencia —Reflexionó durante unos instantes y continuó—. Muchas religiones dicen que el hombre está hecho a imagen de Dios, pero el hombre se avergüenza de su cuerpo, lo que parece implicar que se avergüenza de ser la imagen de Dios. Le deja a uno perplejo cómo se comporta la gente. Verás en el Occidente que la gente muestra mucho la carne en ciertas partes, en tanto que se cubre otras de tal modo que automáticamente llama la atención sobre ellas. En otros términos, Lobsang, muchas mujeres llevan vestidos completamente sugestivos; y algunas partes las rellenaban cuando yo estaba en el Occidente. Todos esos rellenos tienen por finalidad hacer creer a un hombre que una mujer tiene lo que no tiene, del mismo modo que hace

sólo unos pocos años los hombres del Occidente llevaban dentro de sus pantalones unas cosas a las que llamaban vergas. Eran ciertos rellenos que tenían por propósito dar la impresión de que un hombre estaba generosamente dotado para sus actividades viriles. Por desgracia, los que se ponían más rellenos eran los menos viriles. Pero otra gran dificultad relacionada con la vestimenta es que no deja pasar el aire fresco. Si la gente llevara menos ropa y la bañara el aire, su salud mejoraría mucho; habría menos enfermos de cáncer y mucha menos tuberculosis, porque cuando una persona se cubre completamente con ropas el aire no puede circular y los microbios se multiplican.

Pensé en ello y durante un momento no pude comprender por qué los microbios se multiplicaban si una persona llevaba ropas, y expresé esa opinión. Mi guía respondió:

—Lobsang, si miras la tierra quizá no veas muchos insectos en ella, pero si levantas un leño podrido o mueves una gran piedra encontrarás debajo toda clase de cosas. Hay allí insectos, gusanos y diversas clases de animales que se crían y viven solamente en la oscuridad de lugares cerrados. Del mismo modo, el cuerpo está cubierto con bacterias, cubierto con microbios. La acción de la luz impide que los microbios y las bacterias se multipliquen y ejerce el efecto de mantener al cuerpo sano. Pero tan pronto como uno deja que se formen bolsas de aire estancado en la oscuridad de las ropas gruesas hace que se multipliquen las bacterias de todas clases —Me miró muy seriamente y añadió—. Más tarde, cuando seas un médico que atiende a los enfermos, descubrirás que si se deja sin renovar una venda durante demasiado tiempo se forman bajo ella gusanos, del mismo modo que si se deja una piedra en

la tierra se forman insectos bajo ella. Pero esta es una cuestión de la que te ocuparás en el futuro.

Se levantó, se estiró y dijo:

—Pero ahora tenemos que salir. Te doy cinco minutos para que te prepares y bajes a los establos, porque vamos a hacer un viaje juntos.

Me hizo seña para que recogiese mi túnica de reserva y mi manta y las llevara a mi habitación. Le hice una reverencia, recogí mis cosas y crucé la puerta de comunicación. Durante breve tiempo me ocupé en prepararme y luego bajé a los establos como me había ordenado.

Cuando salí al patio abierto me detuve asombrado: se reunía toda una cabalgata. Durante unos instantes avancé poco a poco a lo largo de una pared preguntándome qué significaba todo aquello. Por un momento pensé que uno de los abades se disponía a partir, pero apareció mi guía, el lama Mingyar Dondup, y miró rápidamente a su alrededor. Al verme me hizo seña para que me acercase. Me dio un salto el corazón cuando comprendí que todo aquel alboroto era por nosotros.

Había un caballo para mi guía y otro menor para mí. Además se hallaban presentes cuatro monjes ayudantes, cada uno de ellos montado en un caballo, y otros cuatro caballos más cargados con fardos y paquetes, pero de manera que no llevaban demasiado peso y dos de ellos podían en cualquier momento ser utilizados como de reserva para que los jinetes más pesados no cansaran demasiado a sus cabalgaduras. Los animales respiraban fuertemente por las narices, golpeaban el suelo con los cascos y agitaban las colas, y yo me fui acercando con el mayor cuidado de no ponerme detrás de ningún caballo, pues en una ocasión un caballo retozón me había inducido a colocarme detrás de él y luego me había plantado un casco, con considerable

fuerza, en medio del pecho, derribándome y haciéndome dar vueltas por el suelo. Desde entonces tenía mucho cuidado con los caballos.

—Bueno, vamos a subir a las montañas, Lobsang, durante dos o tres días, y tú vas a ser mi ayudante.

Los ojos le centellearon al decir eso, pues en realidad se trataba de otra etapa en mi adiestramiento. Fuimos juntos a donde se hallaban nuestros caballos y el que me estaba destinado volvió la cabeza y se estremeció al reconocerme; giró los ojos y lanzó un relincho de protesta. Yo compartía sus sentimientos, porque la verdad era que no le quería más que lo que él me quería a mí. Pero un monje palafrenero se apresuró a tender sus manos acopadas y me ayudó a montar en mi caballo. Mi guía estaba ya montado en el suyo y esperaba. El monje palafrenero me dijo en voz baja:

—Este es un caballo tranquilo. No tendrás dificultades con él... ¡ni siquiera tú!

Mi guía miró a su alrededor para comprobar que yo estaba detrás de él y que los cuatro monjes acompañantes se hallaban también en sus puestos y los cuatro caballos de carga sujetos por largas correas. Luego levantó la mano y comenzamos a descender por la montaña. Todos los caballos que me daban parecían tener una cosa en común: siempre que llegaban a un lugar particularmente empinado el maldito animal bajaba la cabeza y yo tenía que asirme fuertemente a la crin para no deslizarme por su cuello. Esta vez asenté mis pies detrás de sus orejas, lo que no le gustaba a él más que a mí que él bajara la cabeza. El camino terraplenado era abrupto, había en él mucho tránsito y yo concentraba todas mis facultades en el esfuerzo para no caerme del caballo. Pero me las arreglé al doblar una curva para lanzar una mirada a través de los

parques al que había sido en otro tiempo mi hogar y ya no lo era.

Seguimos descendiendo montaña abajo y tomamos hacia la izquierda la carretera de Linghor. Pasamos por el puente que cruzaba el río y cuando llegamos a la vista de la Misión China giramos de pronto hacia la derecha y seguimos el camino que llevaba al Kashya Linga. Yo me preguntaba por qué nuestra comitiva se dirigía precisamente a aquel pequeño parque. Mi guía no me había dicho adonde íbamos, excepto que a "las montañas", y como había montañas a todo alrededor de Lasa, encerrándonos en una especie de tazón, eso no era indicio alguno de cuál era nuestro destino.

De pronto salté de alegría, tan bruscamente que mi desdichado caballo comenzó a corvovear creyendo que le atacaba o algo parecido. Pero conseguí mantenerme en la silla y tiré de las riendas tan fuertemente que se vio obligado a levantar la cabeza. Eso hizo que se tranquilizara en seguida y así aprendí una lección: "Mantén las riendas tensas y cabalgarás con seguridad", pensé. Seguimos adelante al mismo paso y pronto llegamos a un lugar donde se ensanchaba el camino y estaban algunos mercaderes que acababan de cruzar el río en la embarcación de transporte. Mi guía desmontó y lo mismo hizo el principal de los monjes acompañantes, quien se acercó al barquero. Durante unos instantes estuvieron conversando, y luego el monje volvió y dijo:

—Todo está bien, honorable lama, y nosotros vamos ahora.

Inmediatamente se produjo gran bullicio y confusión. Los monjes acompañantes desmontaron de sus caballos y convergieron en los de carga. Les quitaron las cargas y las llevaron a la embarcación del barquero. Luego ataron a todos los caballos juntos con largas correas y dos monjes montaron en sus caballos respectivos y se

introdujeron con ellos en el río. Observé cómo lo cruzaban, los monjes envolviéndose bien en sus túnicas y levantándolas hasta más arriba de la cintura, y los caballos hundiéndose valientemente en el agua y nadando hasta la otra orilla. Vi con asombro que mi guía se hallaba ya en el bote y me hacía señas para que yo también entrara. Era la primera vez en mi vida que me embarcaba y me siguieron los otros dos acompañantes. El barquero murmuró algo a su ayudante y desatracó. Durante un momento tuve una sensación de vértigo, pues la embarcación dio una vuelta en círculo.

Aquel bote estaba hecho con pieles de yac, bien cosidas e impermeabilizadas. Luego lo inflaban con aire. Los pasajeros y sus efectos entraban en él y el barquero empuñaba los remos y remaba lentamente a través del río. Cuando soplaba un viento contrario eso le llevaba mucho más tiempo, pero siempre lo compensaba en el viaje de vuelta, porque entonces no tenía que hacer más que guiar y dejar que lo empujase el viento.

Yo estaba demasiado excitado para que me diera cuenta detallada de ese primer viaje a través del río. Lo único que sé es que me asía a los dos lados del bote de piel, con el peligro de que mis dedos, que tenían unas uñas afiladas, penetrasen en ella. En todo caso temía moverme, porque cada vez que trataba de hacerlo algo se combaba debajo de mí. Era casi como si nos apoyáramos en el vacío y no era de modo alguno como afirmarse en un buen piso de piedra sólido que no oscilaba. Por añadidura el agua estaba un tanto agitada y saqué la conclusión de que había comido demasiado, pues sentía bascas en el estómago y temía marearme delante de todos aquellos hombres. Sin embargo, conteniendo el aliento a intervalos prudentes, conseguí mantener mi honor y pronto el bote llegó a una playa guijarrosa y desembarcamos.

Nuestra cabalgata volvió a reunirse, con mi guía al frente y yo a medio caballo de distancia detrás de él, seguido por los cuatro monjes acompañantes que cabalgaban en parejas y a la cola los caballos de carga. Mi guía miró a su alrededor para asegurarse de que todos estábamos preparados y su caballo avanzó hacia la mañana.

Reanudamos nuestro viaje a trote corto. Nos dirigíamos contantemente hacia el oeste, la dirección en que iba la mañana, pues según decimos nosotros, el sol sale en el Este y viaja hacia el Oeste llevando con él a la mañana. Pronto el sol nos alcanzó y se situó sobre nuestras cabezas. No había nubes y los rayos del sol quemaban, pero cuando llegamos a la sombra de las grandes rocas el frío era intenso, pues en nuestra altitud el aire era insuficiente para equilibrar los cálidos rayos del sol y la frialdad de las sombras. Seguimos cabalgando durante una hora más o menos y luego mi guía se dirigió a una parte del camino que al parecer utilizaba como lugar de descanso. Sin ninguna señal que yo pudiera percibir, los monjes desmontaron de sus caballos e inmediatamente se pusieron a hervir agua con la boñiga seca de yac que utilizábamos como combustible y el agua de un arroyo cercano. Una media hora después estábamos sentados comiendo nuestra tsampa, y por cierto que la necesitábamos. También comieron los caballos y luego los llevaron al arroyo de la montaña para que bebieran.

Yo estaba sentado con la espalda apoyada en una peña, una peña que parecía tan grande como el templo del Chakpori. Contemplaba desde nuestra altura el valle de Lasa; la atmósfera estaba completamente diáfana, no había bruma ni polvo y podíamos ver todo con la mayor claridad. Veíamos a los peregrinos que entraban por la Puerta Occidental, a los mercaderes y

más lejos al barquero que transportaba a otro grupo de pasajeros a través del Río Feliz.

Pronto llegó el momento de seguir adelante, por lo que volvieron a cargar los caballos y todos montamos y comenzamos a ascender por el sendero de la montaña, adentrándonos cada vez más en las colinas situadas al pie de la cordilera del Himalaya. No tardamos en abandonar el camino corriente que conducía a la India y giramos hacia la izquierda, donde el camino, que era más bien un sendero, se hacía cada vez más empinado y nuestro avance mucho más lento. Sobre nosotros, posada en un retallo, veíamos una pequeña lamasería. La contemplé con gran interés, porque me fascinaba; era una lamasería de una Orden algo diferente a la nuestra, una Orden en la que los monjes y los lamas estaban todos casados y vivían en el edificio con sus familias.

Seguimos adelante, una hora tras otra, y por fin llegamos al nivel de aquella lamasería de una Orden diferente. Veíamos a los monjes y las monjas caminando juntos y me sorprendió observar que también las monjas tenían la cabeza rapada. Tenían los rostros oscuros, unos rostros que brillaban, y mi guía me explicó:

—Aquí hay muchas tormentas de arena, por lo que todos llevan una espesa máscara de grasa que defiende la piel. Más adelante también nosotros tendremos que ponernos máscaras de cuero.

Era una suerte que mi caballo tuviera las patas firmes y conociera los senderos de la montaña mejor que yo, porque mi atención se concentraba por completo en la pequeña lamasería. Veía a los niños que jugaban y me preguntaba perplejo por qué unos monjes tenían que mantenerse célibes en tanto que otros se casaban y por qué existía esa diferencia entre dos ramas de la misma religión. Los monjes y monjas se limitaron a levantar la vista cuando pasábamos y luego no volvieron

a hacernos caso; nos hicieron menos caso que si hubiésemos sido mercaderes.

Seguimos ascendiendo y sobre nosotros vimos un edificio blanco y ocre posado en lo que me pareció una saliente de la roca completamente inacesible. Mi guía lo señaló y dijo:

—Ese es el lugar adonde vamos, Lobsang; tenemos que subir hasta esa ermita. Lo haremos mañana por la mañana, porque el camino es ciertamente peligroso. Esta noche dormiremos entre las rocas.

Seguimos cabalgando a lo largo de kilómetro y medio más o menos y luego nos detuvimos entre un grupo de rocas, grandes rocas que formaban una especie de platillo. Hicimos pasar a los caballos entre las rocas y luego desmontamos todos. Atamos los caballos y les dimos el pienso; comimos nuestra tsampa y la noche cayó sobre nosotros como si hubiesen tendido una cortina. Me envolví en mi manta y atisbé entre dos rocas. Vi el centelleo de las luces del Chakpori y el Potala, la luna brillaba intensamente y al Río Feliz se le habría podido llamar muy bien el Río de Plata, pues resplandecía como una faja de la plata más pura y brillante. La noche estaba en calma, no soplaba el viento, no se advertía movimiento alguno y ni siquiera piaba un pájaro nocturno. Arriba las estrellas centelleaban con sus millares de matices. No tardé en quedarme dormido.

Descansé bien esa noche, sin interrupciones para asistir a los servicios religiosos del templo, ni interrupciones para ninguna otra cosa, pero cuando me desperté por la mañana tenía la sensación de que me había pisoteado un rebaño de yacs. Me dolían todos los huesos y no encontraba posición para sentarme con alguna comodidad. Recordé al maldito caballo y confié en que él también se sintiese dolorido, aunque tenía serias dudas al respecto. Pronto nuestro pequeño campamento se animó

con los monjes sirvientes que preparaban la tsampa. Mientras ellos hacían eso me aparté para contemplar el valle de Lasa. Luego me volví para mirar a la ermita situada a unos cuatrocientos metros más arriba. Parecía un lugar extraño, y me recordaba uno de esos nidos de pájaros adheridos a la pared de una casa y que uno espera que caigan y se rompan en cualquier momento. No veía ningún sendero ni camino alguno para llegar a la ermita.

Volví, comí mi tsampa y escuché la conversación de los hombres. Pronto, tan pronto como terminamos nuestro desayuno, mi guía dijo:

—Bueno, tenemos que ponernos en marcha, Lobsang. Los caballos y tres de los monjes que nos acompañan se quedarán aquí mientras nosotros y uno de ellos subimos.

Mi corazón desfalleció al pensar en ello, ¿pues cómo iba a poder subir caminando por la ladera de la montaña? Estaba seguro de que si los caballos no podían subir por allí yo tampoco podría. Pero tomaron unas cuerdas que llevaba uno de los caballos y las enrollaron alrededor del monje que nos iba a acompañar. Yo tomé una bolsa de no sé qué, mi guía tomó otra y el monje corpulento tomó la tercera. Los tres monjes que se quedaban parecían muy felices porque iban a permanecer algún tiempo sin vigilancia alguna, sin tener que hacer nada más que cuidar a los caballos. Partimos y comenzamos a ascender con dificultad entre las rocas, asentando precariamente el pie donde podíamos. El camino era cada vez peor y el monje sirviente iba por delante, arrojando una cuerda con dos piedras atadas en el extremo. Arrojaba la cuerda, daba un tirón rápido y las piedras se enganchaban más arriba y sujetaban la cuerda y luego tiraban de ella para ver si estaba firme. A continuación ascendía asiéndose a la cuerda y cuando llegaba

arriba la aseguraba más para que mi guía y yo pudiéramos ascender de la misma manera lenta y peligrosa. El procedimiento se repitió una y otra vez.

Por fin, tras un esfuerzo particularmente arduo, llegamos a un terraplén en la roca, terraplén que tenía quizás unos diez metros de anchura y lo había formado evidentemente algún alud hacía mucho tiempo. Lo alcancé muy agradecido por ello, me icé por el borde, me puse de rodillas y luego me levanté y al mirar hacia la derecha vi que a muy poca distancia estaba la ermita.

Durante unos instantes nos quedamos allí, jadeando, mientras recobrábamos el aliento. La vista me tenía sojuzgado. Podía ver muy abajo los Techos Dorados del Potala, podía ver también los patios del Chakpori. Veía claramente que acababa de llegar un nuevo cargamento de hierbas, pues aquello parecía una colmena en plena actividad y los monjes corrían en todas direcciones. También era muy grande el tránsito por la Puerta Occidental. Pero lancé un suspiro, pues aquello no era para mí; yo tenía que ascender por montañas empinadas para conocer a personas que vivían en ermitas en las que sólo un idiota podía vivir encerrado.

Ahora había señales de actividad, porque desde la ermita se acercaron tres hombres. Uno era muy viejo y lo sostenían los otros dos más jóvenes. Mientras ellos se dirigían hacia nosotros recogimos nuestro equipaje y avanzamos hacia la ermita.

Capítulo XV

El anciano estaba ciego, totalmente ciego. Yo contemplaba sus ojos con asombro, pues eran raros. Durante un tiempo no pude descubrir qué era lo que me hacía pensar que eran tan extraños, pero luego me enteré de cómo se había quedado ciego.

En el Tibet los ermitaños viven encerrados en celdas situadas a gran profundidad dentro de la ermita. Esas celdas están completamente a oscuras y si un hombre quiere salir de ellas, si cree que debe terminar el retiro que se ha impuesto, necesita mucho tiempo para poder hacerlo. Primeramente hacen en el techo un agujero muy pequeño, de modo que pueda entrar por él un minúsculo rayito de luz. Al cabo de varios días se agranda el agujero, para que alrededor de un mes después el hombre que está adentro pueda volver a ver, porque durante su encierro las pupilas de los ojos se abren plenamente y si la luz entrase súbitamente el hombre quedaría ciego al instante. Aquel anciano se hallaba en una celda un lado de la cual fue golpeado por una roca que al caer la derribó. En un momento dado el ermitaño estaba sentado en la celda en la que llevaba encerrado unos veinte años, y un momento después se oyó un terrible estrépito, la pared lateral de la ermita

se derrumbó y el anciano quedó mirando directamente al sol ardiente. Instantáneamente quedó ciego.

Escuché lo que el anciano le decía a mi guía:

—De acuerdo con la costumbre le suministramos la comida el primer día, y el segundo día, y el tercer día, pero la comida quedaba intacta, y como nuestro hermano no respondía, creímos que su alma había volado de su cuerpo vacío.

Mi guía tomó al anciano por el brazo y le dijo:

—No te preocupes, hermano, pues nos ocuparemos del asunto. ¿Podéis conducirnos a la celda?

Los otros se volvieron y nos condujeron a la ermita y a su pequeño patio. A la izquierda había una serie de pequeñas celdas, cinco según observé, muy desnudas, muy desprovistas de comodidades, pues eran más bien cuevas abiertas en la ladera rocosa de la montaña. No había mesas, ni bancos, ni nada; sólo un piso de piedra en el que el monje podía sentarse o acostarse para dormir. Pasamos por delante de ellas y entramos en una habitación grande y oscura, una habitación asentada precariamente en una saliente rocosa de la ladera de la montaña. Me pareció que se hallaba en posición muy poco segura, pero al parecer se mantenía así desde hacía doscientos años.

En el centro de esta gran habitación sombría había otra. A medida que nos acercábamos a ella la oscuridad aumentaba. Llevaron lámparas de manteca y entramos en un pequeño corredor oscuro como boca de lobo y a los pocos pasos dimos con una pared. Las lámparas de manteca arrojaban una luz muy débil que parecía acentuar la oscuridad. Mi guía tomó una de ellas y la sostuvo a la altura del pecho y entonces vi a un escotillón herméticamente cerrado. Mi guía lo abrió y tanteó en lo que parecía un armario. Golpeó fuertemente en la parte interior del armario y escuchó atentamente.

Luego introdujo su lámpara y vi lo que parecía una caja incrustada en la pared. Mi guía dijo:

—Esta es una caja, Lobsang, con dos puertas: ésta y otra interior. El ocupante de la celda espera durante cierto tiempo, luego abre su puerta y saca a tientas de la caja la comida y el agua que han dejado para él. Nunca ve la luz, nunca habla con nadie, cumple en realidad un voto de silencio. Ahora tenemos el problema de que no ha tocado el alimento durante varios días y no sabemos si está vivo o muerto.

Contempló la abertura y luego me miró a mí. Volvió a mirar la abertura y la midió con la mano y el brazo, y luego me midió a mí, después de lo cual dijo:

—Me parece que si te quitas la túnica puedes pasar por esta abertura y abrir por la fuerza la puerta del otro lado, y así podrás ver si el monje necesita atención.

—¡Oh, maestro! —exclamé muy asustado— ¿Qué pasará si entro ahí y luego no puedo salir?

Mi guía reflexionó durante unos instantes y luego contestó:

—Primeramente te levantarás de modo que tengas un apoyo. Luego, con una piedra, puedes golpear la puerta interior. Cuando la hayas abierto te deslizaremos adentro y podrás llevar una lámpara en las manos extendidas. Será lo bastante brillante para que puedas ver si el hombre necesita ayuda.

Mi guía pasó a la otra habitación y tomó tres lámparas de manteca, quitó las mechas a dos de ellas y las entrelazó con la de la tercera, que llenó cuidadosamente con manteca. Entretanto uno de los monjes había salido fuera de la ermita y volvió con una piedra de buen tamaño. Me la entregó y yo la sopesé para ver si podía manejarla.

—Maestro, ¿por qué no puede el monje responder a una pregunta? —indagué.

—Porque ha hecho voto de no hablar durante cierto tiempo —fue la respuesta.

Me quité de mala gana la túnica y me quedé temblando en el frío aire de la montaña. En el Chakpori hacía bastante frío, pero allí hacía más todavía y el frío era cortante. Conservé las sandalias porque el piso era como un témpano.

Entretanto un monje había tomado la piedra y asestado un fuerte golpe a la puerta interior, que se abrió con un gran estrépito, pero los otros, aunque se esforzaban por hacerlo, no podían ver la celda interior. Sus cabezas eran demasiado grandes y sus hombros demasiado anchos. En consecuencia mi guía me colocó horizontalmente y yo extendí las manos como si fuera a zambullirme y uno de los monjes encendió las tres mechas de la lámpara y me la puso cuidadosamente en las manos. Me deslicé hacia adelante. Encontré que el armario o pasaje era muy áspero, pero con muchos rezongos y exclamaciones conseguí llegar a la entrada parecida a una caja y retorciéndome y avanzando a sacudidas por fin logré introducir los brazos y la cabeza en la celda interior. Inmeditamente sentí un hedor nauseabundo. Era completamente fétido, el olor de carne putrefacta, de cosas echadas a perder. Era un hedor parecido al que exhala un yac o un caballo muertos conservados durante demasiado tiempo. El olor me provocaba náuseas, pero conseguí dominarme lo bastante para sostener la luz en alto y a los destellos fluctuantes que reflejaban las paredes de piedra pude ver al viejo monje. Sus ojos brillaban y me miraban fijamente y el susto me hizo dar tal salto que me desollé gran parte de la piel de los hombros. Volví a mirarle y me di cuenta de que sus ojos brillaban a causa de la

luz que se reflejaba en ellos, pero no parpadeaban, no se movían. Sacudí los pies para indicar que deseaba que me sacaran apresuradamente. Me sacaron con suavidad, pero sentía náuseas, fuertes náuseas.

—No podemos dejarlo ahí —dijo mi guía—. Tendremos que derribar la pared y sacarlo.

Terminaron mis náuseas y me puse la túnica. Los otros tomaron unas herramientas que consistían en un martillo pesado y dos barras de hierro con los extremos aplanados. Aplicaron las barras de hierro a unos nichos que había en una parte alejada de la pared y martillaron. Poco a poco fue cayendo un bloque y luego otro y otro. El hedor era terrible. Por fin la abertura fue lo bastante grande para que entrara un hombre y uno de los monjes entró con dos lámparas de manteca. Volvió en seguida con el rostro desencajado y presa de las náuseas, lo que no dejó de alegrarme.

—Tendremos que atarlo con una cuerda y sacarlo ararstrándolo —dijo ese monje—, pues se despedaza.

Un monje salió silenciosamente de la habitación y volvió poco después con una cuerda larga. Entró por el agujero abierto en la pared (donde había originalmente una puerta que había sido tapiada) y le oímos moverse y luego volvió.

—Ya está —dijo—. Pueden tirar.

Dos monjes asieron la cuerda y tiraron de ella suavemente. Pronto aparecieron la cabeza y los brazos del anciano; se hallaba en un estado terrible. Los monjes lo sacaron por completo, lo levantaron cuidadosamente y lo llevaron afuera.

Del lado más alejado de la habitación partía un pequeño sendero que llevaba montaña arriba. Los dos monjes ascendieron con su carga por ese sendero y se perdieron de vista. Yo sabía que llevaban el cadáver a una superficie plana donde los buitres no tardarían en

devorarlo, porque no era posible enterrar los cadaveres en las duras rocas de la montaña y había que recurrir al "entierro al aire libre".

Mientras se hacía eso, el monje ayudante que había subido con nosotros abrió en el lado más alejado de la pared un pequeño agujero que dejaba entrar un débil rayo de luz. Luego tomó unos baldes de agua y lavó la celda interior de la podredumbre dejada por su último ocupante. Pronto —¿cuán pronto?— habría alguien que se encerraría en esa celda para vivir en ella diez, veinte, ¿cuántos años?

Ese día, a una hora más avanzada, estábamos todos reunidos y el anciano ciego dijo:

—Puedo percibir que aquí tenemos a alguien que está destinado a hacer largos viajes y a ver muchas cosas. He recibido información acerca de él cuando mis manos tocaron su cabeza. Muchacho, siéntate delante de mí.

De mala gana me adelanté y me senté directamente frente al anciano ciego. Él levantó las manos, que estaban frías como el hielo, y las puso sobre mi cabeza rapada. Sus dedos recorrieron suavemente el contorno de mi cabeza y palparon unas protuberancias que tenía en ella. Luego dijo:

—Vas a tener una vida muy dura —Gemí para mis adentros, pues todos me decían que iba a tener una vida dura y ya me estaba hartando todo aquel asunto—. Después de que hayas padecido privaciones, pruebas y tribulaciones que suelen padecer muy pocos, antes del final conseguirás tu propósito. Harás aquello para lo que has venido a este mundo.

Ya había oído eso anteriormente. Había ido a ver a adivinos, videntes, astrólogos y clarividentes y todos ellos me habían dicho lo mismo. Después de pronunciar esas palabras el anciano movió las manos y yo me levan-

té y me retiré lo más lejos de él que pude, lo que le hizo reír divertido.

Mi guía y los otros mantenían una larga discusión sobre cuestiones muy serias. Yo no les entendía muy bien, pues hablaban de profecías y de cosas que iban a suceder en el Tibet, de los mejores métodos para preservar el Conocimiento Sagrado, y de cómo se tomaban ya medidas para trasladar los diversos libros y artículos a lugares elevados en las montañas donde quedarían ocultos en cavernas. Dijeron también que en los templos dejarían copias para que los antiguos objetos auténticos no cayeran en poder de los futuros invasores.

Salí de la ermita, fui a sentarme en una piedra y desde allí miré hacia donde estaba muy abajo la ciudad de Lasa, que ocultaban ya las sombras de la noche que se acercaba rápidamente. Sólo los picos más altos del Chakpori y el Potala se destacaban todavía a la débil luz del crepúsculo. Parecían dos islas que flotaban en un mar del color purpúreo más intenso. Mientras me hallaba sentado allí las islas se fueron sumergiendo poco a poco en la oscuridad que lo invadía todo. Luego un brillante rayo de luna que descendió por la ladera de la montaña tocó el techo del Potala y lo iluminó con destellos dorados. Me levanté, entré en la ermita, me quité la túnica, me envolví en la manta y me quedé dormido.

INDICE

ESTE LIBRO
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN ARTES GRÁFICAS
BARTOLOMÉ U. CHIESINO, S. A.
AMEGHINO 838 — AVELLANEDA
BUENOS AIRES
EL DÍA 23 DE MAYO
DE 1969

No hace falta presentar al autor de este libro. Pocos nombres son hoy tan populares como el de Lobsang Rampa. Por lo demás, quien haya leído aunque sea uno de los varios títulos anteriores de este autor —todos editados por Troquel— sabe ya perfectamente de las dimensiones creadoras que lo caracterizan. La inagotable imaginación y las auténticas experiencias vividas por Rampa, nos vuelven nuevamente a ese mundo maravilloso del Tibet, en uno de cuyos milenarios lamasterios él se educara y donde adquiriera sus extraños poderes —recuérdese **El Tercer Ojo**— que parecen increíbles, pero que los exhibe avalados por pruebas y argumentos. Con el fabuloso Potala como fondo, se desarrolla gran parte de este libro. Bajo "La morada de Dios", hombres y situaciones se mueven al conjuro mágico de una pluma privilegiada, que dñade a las virtudes ya conocidas otra no menos fundamental: un fino sentido poético. En efecto **El Manto Amarillo** es de una belleza formal poco común y gana al lector desde la primera página para no abandonarlo hasta el final. Quizá sea justo señalar que ésta es la obra más plena de Lobsang Rampa. Al lector queda reservado el juicio definitivo.





EDITORIAL TROQUEL S.A.

SAN JOSE 157 T.E. 38 - 0118/0349 BS. AS.